

Halcones de Mar



Alejandro Domínguez Araújo

Alejandro Domínguez Araújo

HALCONES DE MAR

Derechos de Propiedad Intelectual e Industrial.

Los contenidos de este libro “**Halcones de mar**” se encuentran protegidos por derechos de propiedad intelectual e industrial.

Con el número de asiento registral **03/2008/1078** y número de solicitud **SC-253-08** esta obra se haya registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual.

Únicamente se podrá descargar material contenido en las páginas, blog o canales oficiales de © **NUEVAS TENTATIVAS** y siempre para uso personal y no comercial, siempre que se respeten todos los derechos de autor, de marcas y otros derechos de propiedad.

La titularidad de los derechos de propiedad intelectual sobre la propia página Web, sus contenidos, su diseño gráfico, el código fuente en lenguaje HTML y los códigos Javascript corresponde, salvo indicación en contrario, a © **NUEVAS TENTATIVAS**; por lo que cualquier utilización no autorizada de los mismos, mediante su reproducción, distribución, comercialización o transformación para fines distintos del uso personal y privado, supone una vulneración de tales derechos.

Asimismo, el usuario reconoce que las marcas, nombres comerciales o signos distintivos contenidos en el presente libro son titularidad, salvo indicación en contrario, de © **NUEVAS TENTATIVAS**, sin que pueda entenderse que el uso o acceso al Portal Oficial de Nuevas tentativas y/o a los servicios atribuya al usuario derecho alguno sobre las citadas marcas, nombres comerciales o signos distintivos. Toda utilización no autorizada de los mismos implica la contravención de dichos derechos.

ÍNDICE

CAPÍTULO I. La aldea	4
CAPÍTULO II. El sobrino del conde	12
CAPÍTULO III. La huida	16
CAPÍTULO IV. La tripulación	22
CAPÍTULO V. El incidente	33
CAPÍTULO VI. La asamblea	36
CAPÍTULO VII. El misterioso fenómeno	43
CAPÍTULO VIII. Primera presa	47
CAPÍTULO IX. Historia del cocinero	53
CAPÍTULO X. El galeón	57
CAPÍTULO XI. Piratas contra piratas	63
CAPÍTULO XII. Un modelo de partida..... (Historia del Inca)	68
CAPÍTULO XIII. El Azar	73
CAPÍTULO XIV. Abordajes	86
CAPÍTULO XV. Socotora	100
CAPÍTULO XVI. La gran sorpresa	109
CAPÍTULO XVII. Las búsquedas	119
CAPÍTULO XVIII. Los inmortales	156

CAPÍTULO I. LA ALDEA

Oíase a lo lejos el galopar de caballos, poco tiempo después, un hombre descabalgaba ante una pequeña casa, el otro caballo perfectamente ensillado no tenía jinete.

El hombre golpeó enérgicamente la puerta, no tardando en aparecer una mujer, preguntándose, qué desgracia podía haber sucedido para que alguien llamase a su puerta de ese modo. Siempre que su marido y su hijo tardaban algo más que lo acostumbrado se preocupaba, no podía evitar que por su cabeza pasasen mil males.

Aunque el sol hacía una hora que se había ido, reconoció perfectamente las facciones del jefe de cuadra del conde, propietario de casi todas las tierras y gobernador del estado.

Supo al verlo, que nada había sucedido a su familia, sino que esa era la manera orgullosa de llamar que tenían los criados del conde en la casa de los pobres. La mujer era de buen carácter, pero no soportaba la vanidad que insulta, así que antes de que el criado hablase, le increpó ¿quieres echar la puerta abajo? ¿Crees que es mi casa una taberna? ¿Te han enseñado a cocear las mulas?.

Ante aquél recibimiento, quedó el hombre avergonzado y casi mudo. La mujer continuó en el mismo tono. -Dime lo que quieres de una vez, tengo otras cosas que hacer que estar viendo tu cara.

-Vengo a buscar al sanador. El conde me ha dicho que vaya a su palacio ahora mismo.

-Me temo que no sea posible, ha salido de visita. Respondió la mujer.

-¿A dónde ha ido? preguntó envalentonado el hombre.

-A la casa de quien lo necesita.

El criado se dio cuenta de que aquella mujer no temía al conde y mucho menos a sus criados. Cuanto más tardase en llevar con él al sanador más se exponía a la cólera de su amo. Se dijo, no soy de su agrado, si la enfado no me dirá nada sobre su marido y aquí me quedaré esperando a que llegue. Haré como que no tengo prisa.

-¿Y quién lo necesita?

-Una mujer.

-¿Y quien es esa mujer?

-Una mujer que espera un niño.

-¿Y donde vive?

-En su casa.

-¿Y donde está su casa?

-En las tierras de tu amo.

El hombre respiró con fuerza, aquella mujer se estaba riendo de él y él nada podía hacer.

-¿Cómo podría llegar a su casa?

-Sigue el camino que cruza el bosquecillo, baja al valle, es alguna de las casas que allí hay.

El criado miró a la mujer con ojos de fiera, masculló algo imperceptible, saltó sobre el caballo, cogió con una mano las riendas del otro y sin despedirse partió al galope.

La mujer vio como se alejaban hasta desaparecer en las sombras, el ruido de los cascos sobre el camino sonaba como un tambor. El diablo te lleve a ti y a tu amo, dijo, y cerró la puerta tras de si.

El sanador tenía un hijo, un joven que en los veinte años, desde pequeño acompañaba a su padre a todas partes, incluso en la pequeña barca con una vela, con la que se aventuraban a salir fuera de la ría, a pleno océano Atlántico. La embarcación, réplica de los rápidos Dakar vikingos era utilizada por los marineros en la pesca. Roberto sentía gran afición por el mar y de seguro que hubiese sido un buen marinero. Su padre le había enseñado poco a poco a lo largo de los años, a conocer las enfermedades de los animales, le había enseñado a operarlos y curarles con las hierbas del campo y del bosque. Los campesinos eran pobres, apenas tenían dinero para su sustento, el hambre era un mal que habitaba en sus casas como un miembro más de la familia, nadie se quejaba de tener hambre, porque quejarse de nada servía. El

campesino nacía con hambre, se criaba con hambre, vivía con hambre y moría con hambre. Durante la época de la cosecha había días de comer pan en abundancia, poco después el conde exigía la parte que le correspondía por trabajar en sus tierras y era tal cantidad lo que al conde le entregaban que el campesino y su familia quedaban en la miseria.

El conde, mientras tanto, gastaba con su familia en viajes, caballos, fiestas, en un lujo desmedido lo que el campesino le entregaba.

El sanador hacía funciones de veterinario, médico y farmacéutico, además de labrar un pequeño trozo de tierra. Casi nunca cobraba, ¡cómo voy a cobrar a estas pobres gentes, si apenas tienen para comer ellos! explicó a Roberto en su primera visita. Aprendió Roberto con su padre, no sólo a curar animales, sino también a personas, tomando con tanto interés y dedicación el oficio de su padre, que casi lo había alcanzado en conocimiento. No obstante, su padre deseaba que su hijo fuese a la ciudad y allí estudiase lo que con él no podía llegar a saber.

En la cabaña a la que habían ido, convivían animales y personas, solamente una pared de tablas con barro separaba la cuadra del resto que no era más que una sola pieza, en la que se desempeñaban todas las demás funciones de una casa. En su interior se respiraba un ambiente de recogimiento, miedo, esperanza y resignación.

La mujer estaba en trance de traer a este mundo un nuevo ser, el gran momento se avecinaba, pero habían surgido dificultades, debilitada por el largo proceso del parto estaba en serio peligro. Padre e hijo la atendían con todo su saber por un lado y con amabilidad por otro. El animar con amabilidad a un enfermo hace quien sabe por qué extraños caminos, que recobre aliento, que recupere fuerzas, superando a menudo el difícil momento en que se encuentra. Son los misterios de la vida cuyos límites están más lejanos de lo que suele pensarse.

Su marido esperaba fuera de la casa, sentado sobre un tronco de madera con un niño de tierna edad sobre sus rodillas.

La mujer recobró el ánimo, la vida volvió a ella, porque la naturaleza brinda su apoyo en los momentos cruciales y el traer un ser a este mundo es uno de esos grandes momentos.

-Ánimo mujer, dijo el anciano, este pequeñuelo esta impaciente como un mozo antes de una fiesta.

La mujer agradeció estas palabras, intentando sonreír entre el dolor y la angustia, se concentró en si misma, llenó sus pulmones de aire y fue soltándolo lentamente presionando sobre su vientre. Momentos después el llanto de un niño se extendía por todo el campo.

-Bienvenido seas muchachote, dijo el sanador, si llorando entras en este mundo, que la naturaleza te conceda irte de él riendo.

Dejó el niño y con su ayudante dedicó todas sus atenciones a la madre.

Lo más peligroso había pasado, ahora sólo cabía esperar, la mujer aunque joven y fuerte, estaba exhausta, el parto había sido difícil, necesita vigilancia continua durante toda esa noche.

Se hizo entrar al hombre, que abrazó a su mujer y al niño. El hombre que hasta ese momento había permanecido impasible, con esa serenidad que caracteriza a las sufridas gentes del campo ante el dolor, dio rienda suelta a sus emociones contenidas y lloraba de alegría. Lloraba de alegría, porque en el campo ante las desgracias no se llora, las desgracias se aguantan a pecho abierto y se soportan con la resignación del que conoce lo inútil de enfrentarse a lo inevitable.

¿No está acostumbrado el campesino a ver sus campos arrasados por el viento, sus cosechas destrozadas por el granizo, por la lluvia y la sequía, presagiando el hambre, la enfermedad y casi con demasiada frecuencia la muerte?. ¿No está acostumbrado a ver la muerte de un animal, su único animal de trabajo, presagio de nuevos padecimientos y miserias para su familia? ¿Y que podría hacer?. Nada, la única respuesta. Él lo sabe, ante la desgracia, su rostro se tensa, aprieta con fuerza los dientes como única manifestación pública, pero cuando está sólo, mueve la cabeza de un lado para otro con lentitud, no es actitud de negar, ni de no aceptar, sino actitud de no

comprender porque acepta la desgracia como algo inevitable, pero no la comprende ni la comprenderá jamás.

Ante la puerta se pararon los caballos, de uno de ellos bajó el criado del conde, entró sin llamar, sin saludo alguno comunicó la orden de su amo.

Bien, dijo el anciano, mi hijo te acompañará, yo soy necesario aquí, él hará lo que haya que hacer tan bien o mejor que yo.

El criado insistió. El señor conde ha dicho que vaya usted, que a la fuerza lo llevase si se negaba.

Al oír estas palabras, Roberto avanzó hacia el criado, pero su padre lo retuvo por un brazo. Tu amo esperará hasta mañana a que termine, o te acompaña mi hijo, tuya es la elección y tuya es la responsabilidad.

Por unos instantes el silencio se hizo en la habitación. ¡Que venga! Y que el conde se entienda contigo.

Partieron al galope, una hora más tarde se oía el golpear de los cascos de los dos sudorosos caballos en el patio de las caballerizas. Varios criados salieron a su encuentro, uno de ellos corrió hacia el palacio comunicando al conde la llegada del sanador.

Un hermoso caballo semental de pura raza árabe, el mejor animal de las caballerizas del conde se encontraba tumbado y respirando dificultosamente. El joven acarició al animal tranquilizándolo, luego palpó su vientre, sus ingles y su cuello, observó detenidamente sus grandes ojos, acercó el candil a sus orejas, observó también el moco de sus belfos y las heces que el animal había hecho. De pie frente a los criados les preguntó sobre la vida y comida del animal en los últimos días.

El conde acompañado de su sobrino se presentó súbitamente dando furiosas voces. Los criados en silencio no sabían que hacer. El conde a gritos, preguntaba por el sanador, el criado intentó explicarle pero un latigazo en el rostro lo hizo callar. Roberto se acercó en silencio al criado que sujetaba con sus manos la cara, apartándoselas para observar la gravedad de la herida. De espaldas al conde,

respondió, el sanador soy yo. Dirigiéndose al criado: voy a darte un ungüento que te pondrás varias veces al día, aliviará tu herida e impedirá que se forme una fea cicatriz.

¿He ordenado acaso que trajeras a un mozalbete?, dijo el conde.

Roberto cogió su maletín para marcharse. Ya que me ha hecho venir, le importaría ordenar a su criado que me dejasen en el lugar donde hace poco más de una hora me encontraron.

El conde estaba iracundo, los criados lo temían más que a un perro rabioso.

-¿Porqué no has traído al sanador?

-Atendía a una mujer en parto complicado, ha enviado a su hijo conocedor del oficio y de toda su confianza. Respondió el criado que había sido golpeado.

-¡Un mozalbete de toda confianza! ¿Por qué no lo has traído a la fuerza?.

-Se ha negado a venir, a la fuerza no lo conseguiría nunca. Su hijo ha venido en su lugar, me aseguró que sabe curar tan bien como él. Volvió a repetir humilde y temeroso el criado.

El caballo seguía allí temblando, respirando ruidosamente, sus ojos muy abiertos pedían ayuda. Roberto comprendió al animal, la vida del caballo nada tenía que ver con el estúpido conde. La situación se hizo tensa, el conde furioso, los criados amedrentados, el caballo agonizante y Roberto en medio de todos ellos sin decidirse a qué hacer. Finalmente se decidió a hablar. El caballo está gravemente enfermo, su recuperación como caballo de monta nunca será lo que hasta ahora fue, pero como semental podrá transmitir todas sus cualidades de raza a sus descendientes.

Sólo hay un único inconveniente, debido al estado en que se encuentra y en lo avanzado de la enfermedad no garantizo el total éxito de la operación que es necesario practicarle. Añadiendo. Cada segundo que pase cuenta en la vida del animal.

El conde se alarmó. ¿Tan grave es?.

-Bastante más de lo que usted cree.

-¿Puedes operarlo?, dijo el conde más calmado.

-No hay más alternativa, lo hago ahora o este caballo no verá el día.

-Haz todo lo que creas conveniente, dijo el conde impresionado por las palabras de Roberto y ante la posibilidad de perder a tan costoso animal.

El sobrino del conde, joven orgulloso de algo más edad que Roberto y que hasta ese momento había permanecido en silencio, apostilló: si no vive, rendirás cuentas de su muerte.

Roberto hizo que no oía y como si esas palabras no fuesen a él dirigidas comenzó a desplegar una actividad que al mismo conde asombró.

-Necesito agua caliente, mucha agua caliente, sábanas limpias, tres candelabros con abundantes velas, un espejo grande y tres botellas de aguardiente. Limpien bien este lugar, y después con cuidado arrastren al animal a este lado.

Dos criados trajeron todo lo que se les había pedido, mientras otros limpiaban la parte del establo indicada. Roberto extrajo del maletín un frasco con un líquido negro que dio de beber al caballo. Ante el asombro de los criados y del propio conde, rasgó las sábanas en tiras, encendió las velas, colocó el espejo de tal forma que reflejase la luz iluminando al animal, lavó sus manos minuciosamente, mandó atar fuertemente al caballo, extendió sus instrumentos sobre un trozo de tela y comenzó...

Amanecía, el sol mostraba su rostro tras las montañas, los primeros rayos de luz llegaban del horizonte y a esa misma hora, el caballo comenzaba a recuperarse, con el nuevo día naciente rechazaba la enfermedad, excepto una complicación imprevista estaba fuera de peligro, su vida estaba a salvo. Roberto se echó sobre un montón de paja, quedando al instante profundamente dormido.

Pasó la mañana lenta como un carro tirado por bueyes, pasado el medio día despertó, lavó su cara y al contacto con el frescor del agua en su rostro recuperó su viveza, despejándosele la mente de las tupidas redes que forman los laberintos del sueño. Entró en la caballeriza el conde. Ataviado con ropas de carísima tela. Destacaban sus ropas con las de los criados y la de Roberto, que eran de mal paño y en el mejor de los casos realizadas por sus familiares.

Ya he tenido noticias del éxito, comenzó diciendo, llegué a pensar que no serías capaz de lograrlo. Este animal me ha costado una fortuna, lo he comprado como

semental para mis yeguas. El conde añadió con altivez: dile a mi criado lo que se te paga.

Roberto calculó que con el dinero que había costado el caballo y su transporte en barco, podrían vivir varias familias sin pasar estrecheces. Pensó también en la humilde mujer que con su padre atendía la noche anterior, pensó en el llanto de los niños y la angustia de sus padres cuando no tuviesen comida que darles, porque el hambre hace doler el vientre, debilita el cuerpo que abre la puerta a todas las enfermedades. Veía al conde despidiendo olores de perfumes extranjeros y refinadamente vestido hasta el afeminamiento.

Con voz firme y segura le dijo: señor criado encargado de pagarme, son diez escudos. El conde que ya se alejaba se paró en seco, aquello era una cifra asombrosa, dio media vuelta encarándose con Roberto, que a su vez clavó sus ojos en los del conde.

-¿Diez escudos? ¿Quién te has creído que eres? Diez escudos es mucho dinero, sin añadir las sábanas que has cortado.

Roberto hizo un gesto con los hombros, después señaló al caballo tendido en tierra. Yo soy quien por diez escudos ha salvado de la muerte un caballo valorado en una fortuna, fortuna que el señor conde multiplicará con la venta de los potros que de él descendan. Pero si el señor conde está en apuros económicos no se los cobro, ya me lo pagará cuando buenamente pueda.

El conde reprimió a duras penas su ira, de su levita sacó una bolsa de cuero que arrojó al suelo diciendo veinte escudos!. Nunca en mi familia ha faltado dinero.

Horas mas tarde Roberto llegó a la casa de los campesinos, dejó la bolsa sobre la mesa, acarició al recién nacido niño y partió hacia su casa.

CAPÍTULO II. EL SOBRINO DEL CONDE

En el campo la vida transcurre siempre igual, pocas veces ocurre algo inesperado, los hombres del campo son de alma tranquila y paciente, su filosofía la resumen en esta frase de fatalista sabiduría, "lo que ha de ser será, y lo que ha de pasar, pasará".

Pero a veces ocurren incidentes humanos que por ser humanos y no de la naturaleza, el hombre siente su llamada de independencia, esta llamada hace dejarle a un lado su actitud fatalista y cobrar inconscientemente una actitud vital que la costumbre de la sumisión había dormido.

La condición humana puede uniformizarse, puede hacerse un solo pensamiento, un mismo comportamiento para millones de personas con asombrosa exactitud, pero esta uniformidad nunca es perfecta, de ahí que cuando se cree que el hombre es un engranaje mecánico porque su mente ha sido atrofiada y anulada su voluntad, sin motivo aparente y ante un pequeño incidente su orgullo mancillado infinitas veces, recupera la conciencia de sí mismo, despierta su voluntad, se rebela y trata de romper el yugo que lo esclaviza. Con frecuencia, la rebeldía de un solo hombre es contagiosa, de igual manera que el viento no sopla en una sola espiga, la rebelión sopla también por todo el campo levantando al hombre convertido en animal de trabajo hasta hacerle recobrar su conciencia de hombre. La rebelión de un individuo que había empezado por un pequeño incidente se convierte de la noche a la mañana en una revolución, miles de hombres que amparados en sus deseos de liberación arrasan a su paso todo lo que encuentran, no encontrando sus pasos más que castillos, palacios, conventos amurallados y casas de gente rica, que los humillaba, maltrataba y ahorcaba. Así pasó en la Roma Antigua, con la rebelión de Espartaco y sus compañeros gladiadores, igual suceso ocurría unos años antes con Eunión el Sirio, en Sicilia, más tarde la del herrero Tylor, en la Inglaterra medieval, o las revueltas de los Irmandiños gallegos.

El incidente que aquí nos trae no pasó de ser un hecho individual que variaría el curso de la vida de Roberto conduciéndolo por derroteros que jamás había imaginado.

Con su padre caminaba por bosques y valles en largos paseos, buscando hierbas y plantas con las que hacer preparados medicinales. Roberto fue iniciado por su padre en la botánica, pilar de la farmacopea para el tratamiento de enfermedades. Recogían a menudo plantas desconocidas e intentaban descubrir sus propiedades medicinales. Su madre con el propósito de que no se ausentasen de la casa y de ahorrarles fatigas, que para ellos no era ninguna, sino agradable placer, había sembrado en el huerto muchas de las plantas que necesitaban. La idea gustó tanto a su marido que aconsejaba a todos que sembrasen algunas de aquellas plantas. En pocos años las casas tenían sembradas variedad de estas plantas, cubriendo con ellas los remedios para las enfermedades más comunes, no faltando el romero, la ruda, la celidonia, espliego, hierba luisa, ortiga blanca y otras muchas. Fue está una previsión que no pocas veces sirvió de gran ayuda para conservar la salud de los habitantes de la zona.

A finales de la primavera salió Roberto de su casa muy temprano, antes de que saliesen los primeros rayos de luz, dispuesto a recoger plantas y hierbas que crecen en las montañas. Durante todo el día fue recogiénolas en abundancia y variedad, atándolas en manojillos. A su regreso se encontró con dos jinetes, uno de ellos era el sobrino del conde acompañando a su joven prima. Este orgulloso muchacho no había olvidado a Roberto desde el día que acudiera a las caballerizas de su tío. Educado como todos los hijos de nobles en el desprecio a todas aquellas personas que no fuesen nobles como ellos, consideraban inferiores a quienes trabajasen o procediesen de familia que había trabajado. Su mayor virtud era la holganza, el no hacer nada excepto cazar, diciendo de si mismos que tienen sangre azul, porque al no estar continuamente su piel expuesta al sol y al aire, adquiere su piel un cierto color azulado de las venas, tratando de ignorar con ello que la sangre es igualmente roja para todos los hombres y hasta para todos los animales.

-En estas tierras no se puede cazar sin permiso. Dijo el joven noble, añadiendo acusadoramente. ¡Eres un cazador furtivo! ¿Que llevas en ese saco?.

-Hierbas silvestres.

-¿Hierbas silvestres?, respondió desde el caballo. Abre el saco y suelta lo que llevas dentro.

Roberto echó en tierra los manojos de plantas. He aquí liebres, conejos y ciervos, toda una exquisita cena, dijo en tono irónico, que incrementó más el ridículo del pequeño noble ante su prima, a la que trataba de impresionar.

No eres cazador furtivo, eres ladrón, estás tierras no son tuyas, has robado, las gentes como tú tienen un sitio en la horca. Para impresionar a la muchacha, dio un latigazo a Roberto que no tuvo tiempo de esquivar.

La risa de la muchacha envalentonó al joven noble que comenzó a descargar latigazos. Protegiéndose como podía, consiguió Roberto arrancar el látigo de sus manos, sujetándolo después por la cintura y tras un breve forcejeo dio con él en tierra.

Al verse desmontado, traidoramente sacó un puñal. Todo sucedió muy rápidamente, Roberto le arrojó a su cara el saco de las plantas, momento que aprovechó para sujetarle el brazo y retorcerlo hasta hacerle soltar el puñal acompañado de un grito de dolor, el brazo había sido dislocado.

¡Te ahorcarán por esto! Amenazó lleno de rabia, me oyes, te ahorcarán.

Descargó Roberto con fuerza el látigo sobre la cara de quien lo increpaba; ahora ya hay un motivo más, le dijo.

Tomando conciencia de la amenaza y del peligro en que se encontraba, subió al caballo del orgulloso sobrino del conde y se alejó al galope.

Resonaban en su cabeza aquellas palabras ¡te ahorcarán! ¡te ahorcarán!, sin duda lo harían, por muchísimo menos ahorcaron el pasado año a varios hombres, pensó. Uno de ellos por intentar cazar un conejo, conejo que no cazó, pero fue ahorcado igualmente.

Llegó a su casa, introdujo al caballo en la cuadra, evitando que se enfriase. Salió a su encuentro su padre, contándole de todo lo sucedido. Puso cara de pesadumbre que pronto borró volviendo a su acostumbrado aspecto sereno y animoso. El sobrino del conde, además es hijo del juez del reino, si caes en sus manos te ahorcarán, claro que primero tendrán que encontrarte, en pocas palabras, debes huir y dejar en tu lugar al

viento. Llevarás todos mis ahorros, sin perder tiempo te irás, este es un buen caballo, en quince o veinte días estarás en Cádiz, allí podrás embarcarte.

De quedarte aquí, tu profesión y conocimientos no tardarían en delatarte, en poco tiempo darían contigo. El juez y el conde son rencorosos, no olvidarán esto mientras vivan, el hijo por lo que me has contado, lo tendrá presente toda su vida.

Entraron en la casa, elaboró el padre para su mujer una mentira piadosa, que la mujer por inteligencia disimuló que creía, pero que su intuición de madre adivinaba peligro para su hijo. Retuvo las lágrimas y actuó con entereza. Salieron a despedirlo, su padre temiendo que nunca más volvería a verlo lo apartó de su madre diciéndole: estamos orgullosos de ti, nosotros viviremos como hasta ahora, nada habrá de faltarnos, no debes volver hasta recibir aviso. Todo lo que sabía te lo he enseñado, sólo una última cosa me resta por decirte, es una norma por la que siempre he intentado guiarme: mientras vivas, hijo mío, sé justo y bueno, pero en los momentos en que no puedas ser ambas cosas, sé bueno, aunque no seas justo. Y ahora vete, el tiempo apremia.

Su madre lo abrazó y un ligero escalofrío recorrió todo su cuerpo, no pudo más y las lágrimas se deslizaron por las mejillas, pero ni un solo sollozo salía de sus labios. Su padre tragó saliva conteniendo la emoción. Instantes después la figura de Roberto se perdía en la oscuridad de la noche, solamente el ruido de los cascos del caballo sobre el camino, atestiguaban que se alejaba sin tropiezo.

Durante mucho tiempo quedaron los padres a la puerta de la casa, su madre se negaba a entrar. Volvían a estar como en su juventud, solos y comenzando de nuevo su convivencia que por fuerza tenía que ser distinta.

CAPÍTULO III. LA HUIDA

La orden de busca no sería dada hasta el día siguiente, durante días estarían haciendo averiguaciones. Podría estar oculto en las montañas, en algún pueblo cercano o en la cabaña de algún campesino, también podría haber huido, ¿pero a dónde y hacia dónde?, eso llevaba su tiempo, como tiempo llevaría encontrarle.

Disponía Roberto sin preocupación alguna de una semana sin temer absolutamente nada, a partir de ese tiempo cualquier cosa podría suceder.

Aún no era verano y las noches eran todavía frescas. Para dormir se apartaba del camino, improvisaba una cama de hojas y helechos bajo las ramas de un árbol que le protegiese del rocío nocturno, envolvíase en una manta y dormía. La primera noche tuvo un sueño muy curioso, sus perseguidores iban tras él, perseguido descendía por una montaña, la bajada era fácil, sin embargo, era incapaz de correr, sus piernas se hundían en arena y un frío glacial invadía su cuerpo, sus perseguidores estaban a punto de cogerlo. Despertó sobresaltado, todo había sido un sueño, la temperatura había descendido esa noche y su cuerpo realmente tiritaba de frío. Se incorporó, saltó un poco para entrar en calor, volvió a tumbarse, pero esta vez echando sobre si hierbas y hojas que lo protegieran del frío nocturno.

En su huída cruzó pueblos, aldeas y ciudades, rehuyendo las posadas para no ser reconocido y dejar pistas sobre su paso.

Pasaban los días y su avance hacia el sur se realizaba sin ningún tropiezo, hasta que ya en Andalucía se vio de repente rodeado por una cuadrilla de seis bandoleros. No pudo oponer resistencia alguna, hacerlo hubiese sido la muerte instantánea. Estos mismos hombres asaltaran horas antes a un carruaje, uno de los asaltantes había sido herido de un disparo. Roberto entregó su dinero y el caballo, al ver al herido dijo: ese hombre necesita que lo curen. ¿Puedes hacerlo tú? Le preguntaron. Puedo intentarlo, aunque nada garantizo, la herida es fea. El herido era el jefe del grupo, hizo que lo bajasen de la montura y con el dolor reflejado en el rostro, le dijo, haz lo que puedas muchacho.

Pasó por el fuego la hoja de una navaja barbera y las de dos cuchillos. El bandolero permanecía tumbado, Roberto le puso un pañuelo entre los dientes, explicó a los bandoleros que lo atasen y sujetasen bien. Debía extraer la bala incrustada en la parte superior del pecho y comenzó a cortar separando las carnes con los dos cuchillos, no había dañado ninguna costilla aunque se encontraba alojada cerca, muy cerca del pulmón. El jefe de bandoleros, hombre curtido parecía hecho para el sufrimiento, durante todo el tiempo que duró la operación no pronunció ni un solo quejido. La bala fue extraída con dificultad, pero al fin salió. Perdió el herido abundante sangre, pero no tanto como para que aquél hombre perdiese el conocimiento y el ánimo. ¿todo bien? Preguntó en voz muy baja. De esta saldrá usted, con unos días de reposo. Nadie le había tratado nunca con respeto, menos aún, un prisionero que lo curaba y sin pedir nada a cambio. El jefe sonrió levemente, y cerró los ojos. Buscó Roberto hierbas por el campo, las coció y tras enfriado el cocimiento las mezcló y amasó con arcilla, colocando el emplasto sobre la herida. Con otras hierbas hizo infusiones para calmar el dolor y la fiebre. A la mañana siguiente se encontraba mucho mejor, tres días después totalmente recuperado. El jefe y los bandoleros habían intimado con él, sabedores de su historia le ofrecieron unirse a ellos, Roberto prefirió si se lo permitían, seguir camino e intentar embarcarse. Si es tu deseo, respondió el jefe, debes partir cuanto antes, uno de mis hombres te acompañará para que nada vuelva a ocurrirte, te guiará por la sierra y en Cádiz buscará amigos que te embarquen lo más rápidamente posible.

Partieron al amanecer, por desfiladeros de montañas y llegaron en pocos días a la ciudad. Roberto no había visto nunca una ciudad tan grande, ¿Quién se preocupará de mí, quien podrá encontrarme mezclado entre toda esta gente?, pensaba. Acostumbrado a vivir en el campo y en aldeas, no sabía que la razón de ser de la ciudad es que a ella acude muchísima gente de todas partes, siendo por esa misma razón, donde mayor vigilancia hay, encontrándose a menudo en ciudades populosas a quien menos se espera.

Caminaron por diversas calles entre carros de mercancías, admirando las buenas y grandes casas. Su acompañante le mostró las mansiones iluminadas cuya luz se irradiaba a través de las ventanas. Eran las casas de los adinerados, de los ricos

comerciantes. Pero en otras calles había casuchas hacinadas de gente, eran obreros y marineros con míseros salarios cuyos hijos hambrientos trabajaban con el mismo horario de sus padres y con un salario cinco veces inferior. Muchos de estos niños vivían en la calle, porque ni padres tenían, hasta tal punto había llegado su desgracia y mala fortuna. Cádiz era un campo de cultivo para futuros ladrones y bandidos de toda suerte, que surgirían de estos niños desamparados, hambrientos, descalzos, apenas vestidos y sin instrucción alguna. Su única escuela era la calle, su única asignatura interna comer y subsistir como pudiesen. A los que la naturaleza había dotado de una fortaleza excepcional, superaban las enfermedades, la habilidad y el rápido aprendizaje en las pillerías callejeras lograban hacerle llegar a la edad adulta, y si el destino era benévolo con ellos, conseguirían arrastrar una vida penosa de trabajos, que los haría morir prematuramente avejentados con el organismo agotado no llegados los cuarenta años. Pero si esto no sucedía, y era lo más normal, la muerte temprana, los guardias, la cárcel y el patíbulo acabarían con ellos.

Tanta desigualdad humana, tanto bienestar mal repartido, tanta desgracia y miseria acumulada en una sola condición de gentes, mientras una minoría vivía en la opulencia era injusto y de todas maneras injustificado.

El bandolero fue en busca de un conocido, mientras tanto Roberto se dirigía con curiosidad a un grupo que hablaba en voz alta. Era una mesa de juego, apenas llegó, una mujer joven estaba apostando a un garbanzo que se ocultaba bajo tres tazas, la mujer se dirigió a Roberto para que apoyase su dedo en una de las tazas mientras ella buscaba unas monedas, varios hombres y varias mujeres hablaban a la vez, Roberto no sabía a quien atender, a la mujer le faltaba dinero con que completar la apuesta, todo el mundo gritaba, ¡está ahí!, ¡está ahí!, decían refiriéndose al garbanzo. El hombre de la mesa indicó que levantase la taza y vería el garbanzo, efectivamente el garbanzo estaba ahí, la mujer dijo que no tenía dinero de la apuesta, que se lo dejaba a él si quería, todo el mundo lo incitaba a jugar. Confuso, sacó dinero y lo dio, volvieron a subir la apuesta, la mujer y los que allí estaban lo incitaron a subirle, no sabía que hacer, ya había entregado dinero, sacó más, lo entregó, quisieron subir la apuesta. Todo el mundo

gritaba. No quiso jugar más, levantó la taza y allí no había garbanzo alguno. Quedó estupefacto, todo el mundo desapareció como por arte de magia, en ese momento llegó el bandolero. ¡Alma de Dios!, ¿qué te ha pasado? Exclamó al ver su cara. He jugado y ... ¡Has jugado y te han timado!. Cádiz en la calle es timo y robo, timo en la calle y en los negocios, robo en la calle y en los negocios, unos por miseria u otros, los peores, por avaricia. Lo tomó del brazo y siguieron caminando. Irritado consigo mismo, dijo entre dientes: soy un imbécil. No, no lo eres, todos y todo estaba en tu contra, todos ellos estaban de acuerdo para embaucarte, es la primera lección de la picaresca de la ciudad, pon atención porque si no, caerás en todos los trucos y hay mil que el estómago hambriento inventa para los bolsillos ingenuos.

Roberto fue conducido a la posada de un hombre de confianza encargado de cuidarle y embarcarlo en la mejor oportunidad.

El posadero, hombre de experiencia en el mundo de la ciudad y de los avatares que en ella surgían diariamente, tranquilizó a Roberto, llevándolo al patio que la posada tenía le dijo:

-Viniendo recomendado por quien recomendado vienes me hago responsable de tu seguridad. Enterado estoy de lo que te ha sucedido, no debes preocuparte, las órdenes de apresamiento tardan en llegar mucho tiempo y cuando lleguen yo seré de los primeros en saberlo. ¿Cómo lo sabré? Esas son cosas mías. Pero aun llegada esa orden, tendrían que reconocerte, localizarte y finalmente apresarte. Todas esas cosas son muy difíciles teniendo amigos y en una ciudad como Cádiz.

Le puso una mano sobre el hombro y amistosamente añadió, no debes preocuparte lo más mínimo, disfruta de la ciudad, a esconderte tienes tiempo y si quieres y es tu deseo, no te faltará ocasión de que puedas corresponder a lo que por ti pueda hacer.

No entendió Roberto a lo que con aquellas palabras querría referirse el posadero, prefirió no preguntar, y esperar a ver como se desarrollaban los acontecimientos.

La posada era frecuentada por gentes de paso y de desigual condición, hidalgos y nobles venidos a menos que se embarcaban hacia tierras lejanas. Hombres que venían a negociar con gentes de ultramar y también truhanes y gentes del hampa estos no dormían, se reunían para beber, comer e intercambiar noticias de los asuntos de Egipto que es como se referían a sus secretos asuntos de los que el posadero estaba enterado y era sabedor de buena parte de ellos.

Roberto pasó a ser un personaje más del mundo de la posada y tratado con afecto, sobre todo después de que en un par de ocasiones, el posadero le pidió si tenía a bien y quisiera curar a un buen amigo suyo de un mal que padecía a causa de un accidente. Así se refería el posadero a heridas de bala, cuchilladas o descalabro por golpes o caídas de muros ventanas y tejados de casas.

No le faltó a Roberto nada ni siquiera respeto y consideración, nadie le dirigió una frase que pudiese molestarlo, siempre había un vaso de vino para él en cualquier mesa.

Más tarde se enteró que el posadero era hermano del bandolero que había curado en la sierra y que otros que había curado con éxito eran hombres de influencia en el mundo del hampa.

Comentó Roberto a su amigo el posadero, como se empeñó en que así lo llamase, que deseaba trabajar de carpintero en la construcción de barcos.

-Eso quieres -le dijo con la mirada de quien conoce bien las intenciones de los hombres-.

Sí, quiero trabajar en el astillero y conocer bien ese oficio, respondió con firmeza.

Veré, que puedo hacer. El posadero siempre respondía de la misma manera cuando se le pedía algo, y muy rara vez no pudo hacer lo que se le pedía.

Esa misma tarde Roberto conoció en la posada a un maestro carpintero en los astilleros, el vino era por cuenta de la casa.

Al día siguiente se incorporó a su nuevo trabajo. Aprendía con rapidez preguntando los pormenores de la construcción de cuadernas y quillas, interesándose por los lugares más débiles del barco y otros muchos detalles.

El trabajo fortaleció su cuerpo, sus brazos ganaron en musculatura y sus manos se hicieron fuertes. El maestro carpintero vio en Roberto un muchacho inteligente, bien dotado de virtudes y lo invitaba con frecuencia a comer a su casa. Tenía en ella además de su mujer, dos hijas que con él vivían cada cual más bonita y poseedoras de esa gracia andaluza que las mujeres de Cádiz poseen.

Roberto se dio cuenta que el maestro carpintero y su mujer albergaban la esperanza que entre él y alguna de sus hijas naciese una atracción y así poder colocar a una de ellas en su momento. También se dio cuenta que a ellas tanto a una como a la otra no las importaría amar y ser amadas por Roberto.

Había cogido cariño por aquél hombre honrado y trabajador y observando él que tarde o temprano tendría que marcharse precipitadamente de Cádiz decidió no volver más por su casa.

Pasaron los meses, el tiempo transcurría lentamente, un día llegaron rumores de búsqueda y captura de un hombre joven de sus características. El posadero llamó a parte a Roberto y con tono solemne le comunicó lo que sucedería, indicándole que lo mejor que convenía, sin prisas y sin temor alguno, pero que era necesario su partida con nombre y documentación falsa que él se encargaría de traerle, para que embarcase entre la tripulación de algún barco que se dirigiese a las costas mejicanas. Y que él como buen amigo que era se encargaría de buscarle. Añadiendo, veré lo que puedo hacer.

CAPÍTULO IV. LA TRIPULACIÓN

Los marineros en su totalidad analfabetos, eran hombres curtidos por la vida marina, sufridos, pacientes, de cuerpos robustecidos por el trabajo, en su mayoría alegres. La dureza de la vida en la mar les había contagiado esta cualidad y ellos, aunque solidarios eran de carácter duro. Entrando el barco en el puerto, tocando tierra sus cuerpos, daban rienda suelta a su entusiasmo bebiendo y cantando hasta la embriaguez que casi siempre acababa en peleas y trifulcas. En el barco, quitando las bromas pesadas que por ser novato y joven Roberto recibía, eran excelentes compañeros, incluso le protegían y ayudaban, los mismos marineros que le ayudaban poco después se reían de él volviendo a hacerle bromas de muy mal gusto. Una vez en compinchamiento con el cocinero salaron su comida horriblemente durante tres días, sus compañeros decían que la suya también lo estaba, hasta que le mostraron el engaño; la de ellos no estaba con exceso de sal.

La comida no fue fácil de asimilar por su malísima calidad, el propio cocinero la llamaba bazofia. La compañía por ahorro económico proporcionaba una horrorosa comida que repetía día tras día. Advirtió el capitán que no se volviese a llamar bazofia a la comida, ordenando darle tres latigazos al cocinero como castigo ejemplar. De nada sirvió, el cocinero, siguió llamándola bazofia.

Los camarotes del capitán y oficiales eran cómodos y con ventilación, no así los de la tripulación que no tenían más que literas y sucios jergones en lugares sin abertura al exterior donde se hacinaban por turnos. El olor de los cuerpos y respiraciones convertían aquél lugar en desagradable y propicio a todo tipo de enfermedades. Algunos de los marineros preferían dormir en la cubierta, pero el capitán lo tenía terminantemente prohibido. Cuando se construyó el Santa Cruz se pensó en todo menos en la comodidad, descanso y salud de la tripulación. La compañía contrataba a los marineros por un trabajo, su salud y comodidad nada importaba, consideraban al marinero como animal de trabajo del que había que extraer el mayor beneficio posible. Esto, unido a las severas leyes de la mar hacían de este trabajo un suplicio, ni un sólo

hombre de ciencias ni de letras levantaba su voz o escribía sobre la vida tan dura de estos hombres con el fin de que suavizasen sus leyes, incrementasen sus comodidades y fuesen considerados como hombres.

Entre la tripulación había un árabe de estatura y corpulencia descomunal, sus músculos sobresalían de su camisa a la que hubo que cortar las mangas porque sus brazos no cabían en ellas, su barba negra le proporcionaba un aspecto feroz. Los fardos los cogía como si fuesen plumas, daba la impresión de que para él no existían pesos, tenía además otra cualidad característica de los hombres de su raza, esta era la agilidad, su cuerpo de coloso se movía con agilidad sorprendente.

La verdad es que Abdul era un hombre pacífico, nunca descendía del barco, una sola vez bajó a tierra y en una taberna bebió hasta emborracharse, se puso sentimental acudiendo a su memoria recuerdos de su infancia, de la vida en el desierto, las largas caravanas de camellos y el recuerdo de su amada. Entonó canciones árabes que a todos parecían tristes y debían serlo porque a Abdul se le deslizaban lágrimas por sus mejillas.

Era en un puerto italiano, Abdul estaba ebrio, cantaba desde hacía tiempo, unos marineros también bebidos le dijeron que se callase, Abdul ni los oyó ni quiso oírlos, sus canciones monótonas siguieron resonando en el local. La taberna entera fue hacia él, Abdul despertó de su letargo, aún no se había puesto en pie cuando ya tenía cogido a uno de sus atacantes por el cuello mientras con la otra mano lo izaba en el aire, instantes después el pobre infeliz caía como lluvia del cielo sobre sus compañeros. Abdul de un tirón arrancó el largo mostrador, cruzó los brazos sobre su pecho y mirando fijamente a sus adversarios siguió cantando hasta que se cansó sin que nadie se atreviese a abrir la boca.

Abdul era el único marinero que no había recibido ninguno de los arbitrarios castigos del capitán, éste hacía como que Abdul no existía, aunque tenía ganas de jugarle una mala pasada.

El gran amigo de Abdul era el cocinero si Abdul era coloso, el cocinero era mas bien bajo, si Abdul era pacífico y tranquilo como los grandes perros mastines, el

cocinero era inquieto y siempre estaba gastando bromas, uno era árabe, el cocinero era gallego, dos cosas tenían en común, ambos intentaban ayudar a quien podían y que el gallego, como llamaban al cocinero, lloraba también cuando tocaba las canciones de su tierra con una gaita.

El barco había zarpado de Cádiz con sus bodegas repletas de vino andaluz y de la Rioja, trigo y aceite, el resto del campamento eran fusiles, pistolas, sables, seis cañones, uno de ellos muy pesado y de largo alcance, abundante pólvora y proyectiles, destinado esto último para un fuerte español en Méjico. Su primera escala sería en Canarias, de ahí se dirigiría a Méjico.

El tiempo era bueno y el viento soplaba de popa hinchando las velas con fuerza, el barco así impelido surcaba el mar con la misma facilidad que un arado arrastrado por robustos bueyes abre la tierra en un campo de labor.

La carga estaba bien distribuida, nada hay más peligroso en un barco que una carga mal distribuida o mal sujeta un golpe de mar podría enviar el barco al fondo de las aguas en pocos minutos el barco sería engullido sin quedar más restos de él que los cuerpos de los marineros ahogados flotando junto con otros objetos de madera, siendo para la mar un todo igual, materia que una vez que ha perdido el hálito vital, debe servir de vida a otros seres vivientes.

Si la carga no estuviese bien sujeta, un deslizamiento de ella provocaría la inclinación del barco sobre uno de los costados y la catástrofe sería segura. El capitán y los oficiales aunque déspotas y arbitrarios eran del todo escrupulosos tocando este punto. Pero también lo eran los marineros, ellos conocían mejor que nadie los peligros de la mar y por seguridad propia realizaban el trabajo a conciencia. Varios miembros de la tripulación habían sufrido naufragios, salvando sus vidas unas veces por azar y otras por la misericordia de Dios, pero otros compañeros habían muerto sin volver a saberse nunca más de ellos.

A los dos días de abandonar el puerto de Cádiz y pasados los días del intenso ajetreo que dura el cargamento, todo se convierte en calma repentina que es difícil de asimilar el cuerpo se encuentra acostumbrado a un ritmo acelerado y no acepta

fácilmente la inactividad casi total comparándola con la frenética actividad anterior. Y fue en uno de estos períodos muertos cuando el cocinero contó a Roberto la historia de Abdul.

Abdul era hijo de un jefe guerrero beduino, los hombres de su tribu nacidos en el desierto y al desierto hechos, soportan las altas temperaturas del día sin apenas llegar a beber un vaso de agua, el sol no calcina sus rostros porque los llevan protegidos con velos, por la noche las temperaturas descienden a varios grados bajo cero, el frío es intenso e igualmente lo soportan con ropas ligeras. El abuelo de Abdul le había enseñado a dormir desnudo con las bajas temperaturas nocturnas. La técnica consistía en una relajación total de los músculos del cuerpo, los órganos dejaban prácticamente de funcionar excepto el corazón y los pulmones que lo hacen muy lentamente, tan lentamente que quien viese un hombre acostado a esa temperatura lo tomaría por muerto. El despertar se hace muy despacio, con frecuencia les lleva cerca de una hora lograr ponerse en pie y comenzar a moverse.

Abdul aunque joven era el guerrero predilecto de su tribu, se enamoró perdidamente de una muchacha a la que quería más que a su propia vida, a nadie habló de su amor. Abdul esperaba tener un poco más de edad y poder estar a su lado, mientras esto esperaba, la muchacha fue vendida para engrosar el harén de un príncipe.

Enterado Abdul, tomó sus armas y marchó en busca de su amada para traerla consigo. Su padre le echó en falta sospechando su empresa, partió tras él con varios guerreros escogidos a fin de impedirle cometer una locura. Demasiado tarde esa misma noche Abdul escaló la muralla del palacio, tres guardias le hicieron frente y los tres quedaron sin vida en un abrir y cerrar de ojos, dos guardias más acudieron al jardín atraídos por el ruido, cogidos por sorpresa, el sable de Abdul no les dio tiempo ni a que de sus bocas saliese un solo grito.

La puerta del palacio se hallaba cerrada, franquearla era del todo imposible, rodeó el edificio buscando una entrada, la oscuridad protegíale de ser visto topó de frente con un criado que al verlo de súbito quedó paralizado, instantes que aprovechó

para sujetarlo con una mano mientras con la otra esgrimía su cuchillo curvo. El criado medio muerto de miedo siguió todas las indicaciones de Abdul que sin soltarlo seguía, descendieron por una escalinata que daba a las cocinas, de allí subieron al piso superior. Al doblar la esquina de un pasillo un guardia hízole frente, Abdul sin soltar el criado descargó su sable sobre el infeliz. Su cuerpo quedó exánime.

Más muerto que vivo, el criado señaló una puerta. Prohibido, susurró, además eunucos armados. ¿Cuántos?, cuatro, volvió a susurrar.

La puerta era de un grosor impresionante y cerrada por dentro, era la entrada a la antesala del harén que servía de sala de guardia a los robustos eunucos, celosos vigilantes con ordenes de dar muerte a todo aquel que penetrase en ella, excepto al príncipe y a las esclavas sirvientes.

La guardia eunuca estaba especialmente adiestrada en la lucha con sable y cuchillo, tenían una consideración especial dentro del palacio, motivo por el que abusaban de su privilegio, sus comportamientos eran los de un déspota para con todos los demás sirvientes. Mimaba el príncipe a su guardia eunuca, ésta le era fiel y servil hasta la muerte. Por su propia condición de eunucos eran gentes resentidas y caprichosas, albergando dentro de sí maldad y odio contenido. Para ellos, el príncipe era su amo, su dueño y señor, si una mujer huyese, si alguna mujer abandonase sus estancias sin permiso, si algún otro hombre que no fuese el príncipe penetrase en el harén, a la guardia eunuca completa, sin excepción alguna, les sería cortada la cabeza.

Ese temor lo habían transformado en fiereza, el resentimiento y odio contra el hombre, en crueldad contra todo ser viviente. Robados de niños por hombres sin conciencia, otras veces vendidos por sus propios padres por algunas monedas, monedas que aliviarían el hambre de sus hermanos durante algún tiempo.

Pero las más de las veces vendidos sin escrúpulo alguno por el noble y propietario de las tierras y propietario a su vez de todo ser vivo en ellas, desde la liebre al corzo, de la familia del jabalí a la familia del siervo, que no solamente agotaba sus vidas con el trabajo, con la miseria y con el hambre, sino también vendiéndoles a sus hijos. Esta historia, no es la historia, porque la historia está hecha por historiadores que ensalzan

al estado, que enaltecen la aristocracia y la nobleza, que enaltecen la riqueza y al hombre enriquecido también, que encumbran como portadores a todos ellos de los dones divinos y de los valores humanos. Historiadores así ocultan lo que no debe ni puede ocultarse, porque la vida en su acontecer, en su evolución, necesita para un futuro claro un pasado visto con claridad también, sin ocultamiento de las vergüenzas y para que sirvan de lecciones éticas al discurrir de la humanidad.

Por fortuna hay historiadores que superando su condición de historiador del poderoso, se convierte en historiador de la humanidad contribuyendo, haciéndola más humana.

Estos historiadores escasos como los oasis en los desiertos, son un manantial inagotable a través del tiempo de la historia de la opresión del rico sobre el pobre, y nos muestran como estos niños robados, comprados y vendidos, eran horriblemente mutilados en sus genitales a muy corta edad, los que sobrevivían a las infecciones, posteriormente se vendían como esclavos de lujo, no solo por occidente sino también para oriente y la india. La iglesia católica también los necesitaba y los apreciaba como niños mutilados y los compraba, y los vendía sino les servían para sus coros de voces blancas en sus misas solemnes, he aquí a Roma y en ella al Vaticano y en él a los espíritus más refinados y más cercanos a dios.

La importancia llegó a ser tal, que hasta compositores por encargo o sin encargo alguno de nobles y reyes, papas y cardenales, escribían sus partituras, canciones y óperas, pensando en voces de los llamados castrati.

Los castrati servían así de diversión pública en el escenario, algunos de ellos fueron famosos como famosos fueron algunos bufones de corte.

Dicho esto volvemos a nuestra historia.

Cada ocho horas la guardia eunuca era renovada por otra nueva, dos permanecían en pie ante la puerta del harén, mientras los otros dos esperaban sentados en la antesala. Abdul sabía el peligro que entrañaba luchar contra cuatro robustos guardias especialmente entrenados. Si estuviese con él uno de sus compañeros, habría alguna probabilidad, él sólo no tendría ninguna, cuatro guardianes tan expertos como él en la

lucha, ocho brazos contra dos, cuatro sables contra uno, cuatro dagas contra una. La desproporción era demasiado grande para salir con éxito y no había más opciones, vencerlos o morir en sus manos.

Una circunstancia imprevista vino en ayuda de Abdul, el criado repentinamente dio una patada a la puerta. El puño de Abdul cayó sobre la base del cráneo del criado que se desplomó pesadamente al suelo. Instantes después, ruidos de cerrojos indicaron que la puerta se abría. Su corazón latía con fuerza, su cuerpo en tensión y su mente iluminada por una sola idea, el número de enemigos ya no contaba. La pesada puerta se abrió, el vigilante que la traspuso, sintió tan solo una extraña sensación en el cuello que puso fin a su vida. Abdul penetró en la antesala como una tormenta de arena, su cuerpo parecía cubrir toda la amplia cámara, parecía estar en todos los lugares al mismo tiempo. El segundo guardián cogido por sorpresa, apenas tuvo tiempo de reaccionar. Los otros dos superado los primeros instantes, desenfundaron los sables pero no atacaban, se defendían de un atacante que más parecía un vendaval que un hombre. Abdul era más alto y fuerte, había eliminado a dos de ellos por sorpresa, los que quedaban eran expertos luchadores. El sable de Abdul iba de un sable a otro arrancando chispas del acero, su cuerpo de gigante no lo era tanto ante los eunucos que tenían también elevada estatura. Abdul hizo una finta y uno de ellos golpeó en vacío, golpe de sable fatal, la respuesta de Abdul no se hizo esperar y un cuerpo rodó por el suelo, el otro lo hirió a su vez en el brazo izquierdo, pero perdió unos instantes en ver a su compañero muerto. Nada debe despistar a un guerrero en combate, suceda lo que suceda, el guerrero sólo ve enemigos ante sí, los suyos no importan, el enemigo es al único que hay que ver. El eunuco no era guerrero, no había participado en batallas, no estaba acostumbrado a los horrores de los cuerpos mutilados, al dolor de los heridos moribundos, a presenciar las horribles heridas del combate ni la vista macabra de cuerpos sin vida y de otros pidiendo ayuda, aún sabiendo que no la recibirían nunca, donde a la vida se la hizo huir y en su lugar se enseñorea a la muerte, la muerte en su faceta más feroz, más cruel y con frecuencia más inútil.

Este tiempo aunque ínfimo, fue aprovechado por Abdul para golpear con la rapidez fatal del rayo a su contrincante. El camino estaba libre, tomó las llaves de un cofre de oro con piedras preciosas incrustadas y abrió la puerta del harén. El príncipe tenía en el a 37 mujeres. El brazo de Abdul manaba sangre abundantemente, él no se apercibía, una sola idea lo ocupaba, una sola idea retumbaba insistentemente en su cabeza. En el harén las mujeres quedaron estupefactas, no daban crédito a lo que veían, un hombre ante ellas, un hombre en el harén, era imposible. La mayor parte de ellas habían ingresado allí siendo casi niñas, ahora eran jóvenes esposas esclavizadas de un príncipe. Abdul excitado por el combate, necesitaba tranquilizarse para poder pensar, respiró profundamente, expulsó todo el aire de su pecho y sostuvo la respiración algún tiempo, cuando volvió a coger aire se encontraba más relajado, la mente como por arte de magia se había trastocado en clara y con capacidad de valorar fríamente. Este es el estado natural del guerrero antes de la batalla, estado natural que debe recuperar tan pronto ésta finaliza, durante ella no hay más que ardor, ceguera, locura y muerte. Su padre le había enseñado que la mente clara y fría no comete errores, le enseñó la técnica del control de si mismo, antes de que empuñase por primera vez un sable. Con ello conseguía pasar en breves momentos de la excitación al relajo, sin transición intermedia alguna.

Corrió entre gritos de mujeres los velos de las estancias pronunciando el nombre de su amada, quien apenas lo vio, corrió hacia él como si hubiese visto al mismo Alá. La tomó de una mano y sin decir palabra, salieron al pasillo del palacio. Al pasar por la antesala, Abdul abrazó a su amada, poniendo su enorme mano en sus ojos mientras caminaban por ella, lo mismo hizo ante la presencia del eunuco del pasillo que yacía degollado, no vio nada la muchacha, tanto era así que no se explicaba como había entrado tan fácilmente. Solo la herida del brazo, las ropas y el sable ensangrentado le hacía suponer una terrible lucha, pero ella no había visto ni una sola gota de sangre, excepto la de él.

Todos estos acontecimientos habían sucedido en un corto periodo de tiempo, al igual que en cortos períodos de tiempo suelen suceder las cosas más importantes.

Salieron al jardín, escaló Abdul el muro con su amada sujeta al cuello y ya en el exterior subieron al brioso caballo árabe, galopando protegidos por la oscuridad, y arropados por el manto de estrellas que en lo alto del firmamento servían de guía y promesa en el camino de los atrevidos amantes.

No tardaron en salir en su persecución, la noche les puso dificultades. Estaban en pleno desierto, el palacio y los perseguidores lejos, de momento podían considerarse a salvo, el caballo necesitaba descansar. El frío había puesto su helada mano sobre el desierto, la muchacha sin velo y con ropas suaves, apretaba su cuerpo tembloroso de frío contra la espalda de Abdul. Bajó él del caballo, quitó sus ropas y las puso sobre el cuerpo de ella. Caminó toda la noche, el caballo llevado por las riendas y con el peso de la muchacha estaría fresco al día siguiente. Dos horas más tarde se vieron rodeados por siete jinetes. Abdul, sable en mano se aprestó a la lucha, repitieron su nombre una y otra vez, finalmente los reconoció como hombres de su tribu, era su padre quien pronunciaba su nombre.

Vendaron la herida de su brazo y sabedores de lo sucedido, admiraron su valor pero reprocharon al joven su ímpetu descontrolado y sobre todo el transgredir las leyes.

Las únicas leyes que no deben transgredirse son las leyes de Alá, les dijo. Los hombres dictan leyes a su conveniencia, la ley de Dios no podría transgredirse por mucho que el hombre lo intentase. El Corán dice, -Abdul lo interrumpió-, el Corán es un libro muy sabio pero un libro al fin y al cabo y aunque escrito por el profeta, hombre bueno y sabio, no dejaba de ser profeta, hombre y sabio. Si hubiese transgredido la ley de Dios, Alá no sólo no hubiese permitido el éxito, sino que sería fulminado en el instante mismo del intento.

Nadie respondió a sus palabras, no sabiendo que admirar más aquellos experimentados guerreros del desierto, si el arrojo del joven o su buen juicio. El silencio y la reflexión reinaron en todos ellos. La crítica situación les hacía ver una muerte segura de caer en manos del príncipe, y éste daría con ellos tarde o temprano.

Su padre habló apesadumbrado, he cometido locuras en mi juventud, todas ellas juntas no alcanzarían ni la mitad de lo que tu has hecho, por otra parte, si antes eras orgullo para mi ahora lo sigues siendo y doblemente por el coraje y la nobleza de corazón que muestras. Si nuestra familia es respetada por su valor y nobleza, tú lo serás aún más porque de lo uno y lo otro posees. Ahora es necesario buscar una solución urge poneros a salvo, es dolorosa mi propuesta que someto a juicio de todos. Debéis permanecer separados durante cierto tiempo, ella permanecerá en la tribu que adentraremos en el desierto, oculta entre nuestras mujeres nunca será descubierta, al no estar tú nadie la buscará allí. Sin embargo y se me parte el corazón al decirlo, debes irte lejos, muy lejos, tan lejos como puedas para que la distancia venza por ti los deseos del amor, al menos durante dos años, transcurridos los cuales podrás volver ocultamente a la tribu.

Abdul negó con la cabeza, su padre volvió a hablar; como padre te lo pido, saber que estás vivo, no es igual que saber que estás muerto; como jefe te lo ordeno, yo se mejor que tú, lo que conviene y no conviene hacer. Se puso en pie, clavó su sable en la arena, hizo un corte con la daga en ambas caras de su mano derecha que apoyó en su empuñadura. Como guerrero juro por Alá que mientras mis ojos puedan ver la luz y un solo átomo de aliento anime mi cuerpo, mi brazo defenderá a tu amada ante quien intente hacerle el menor daño. De no cumplir este juramento, que la tierra desaparezca bajo mis pies y el cielo caiga sobre mi cabeza.

Uno tras otro, los seis guerreros hicieron un corte en sus manos y apoyados en sus sables realizaron el mismo juramento.

Abdul volvió a negar con la cabeza. La muchacha le tomó de la mano, diciéndole, es lo más sensato. De no separarnos nuestra muerte es segura como el Sol cada día calcina las arenas del desierto, Alá todo misericordioso nos ayudará. Pero antes de irte, prométeme que finalizado ese tiempo vendrás a mí, si pasado ese tiempo no vinieses en mi busca, estos guerreros deben quitarme la vida con tu daga que guardaré como el más preciado tesoro, porque en ella estarás tú continuamente a mi lado.

Abdul marchó, y la única forma que tiene de evitar volver antes del tiempo establecido, es permaneciendo en el mar y evitar pisar tierra, concluyó el cocinero.

El barco hizo escala en Canarias, se avitualló de agua fresca, víveres y frutas, era la única escala para la larga travesía, y partió a los tres días.

El tiempo seguía siendo bueno y favorable a la navegación, era verano y el viento soplaba con la fuerza suficiente para que el barco avanzase insaciable milla tras milla.

Roberto asediaba a preguntas a los pilotos que gustosos respondían complacientes a sus preguntas, que a su vez Roberto volvía a replantear con situaciones hipotéticas y de peligro.

Así aprendía de ellos y con ellos cual era la mejor forma de navegar con bolina y barlovento, que tipo de velas debían desplegarse y que tipo de ángulo era el idóneo para un mayor avance contra el viento. Estas y otras muchas explicaciones, junto con el experimentado conocimiento que había adquirido en los astilleros, hicieron de él en muy poco tiempo un experto conocedor del barco y su manejo.

Si la intención primera había sido desembarcar en tierras de ultramar, ahora rondaba en su cabeza, la idea de seguir navegando. El mar siempre le había atraído a pesar del duro y peligroso trabajo, plegando y desplegando velas, cargando y descargando las mercancías. En el mar se sentía contento y seguro de si mismo.

CAPÍTULO V. EL INCIDENTE

El cocinero seguía llamando bazofia al contenido de sus marmitas, uno de los oficiales ordenó amenazadoramente rectificar ese nombre ¿Cómo debo llamarle? ¡Comida! Respondió enérgicamente. ¿Quién sabe de mar, señor oficial, usted o yo? ¡Yo! Respondió arrogante el oficial. Respondiendo con arrogancia también el cocinero, de comida soy yo quien más sabe, esto es bazofia, señalando la marmita, como es bazofia, bazofia es su nombre y bazofia la llamo. Algunos marineros asintieron, pero la mirada del oficial los dejó mudos y atemorizados. El incidente hubiese quedado ahí si el oficial no hubiese denunciado el intrascendente hecho al capitán.

Su reacción no se hizo esperar, el segundo turno de comida fue interrumpido ordenando retirar lo ya servido y prohibiendo comer durante cuarenta y ocho horas a la tripulación, excepto, claro está, a los oficiales.

Nadie se atrevió a responder, nadie se atrevió a hablar, estas medidas preludiaban otras de mayor severidad, necesitaban alimento y los estómagos se quejaban de manera aparatosa, el hambre era grande, tan grande como la ira contenida, pero mayor era aún el temor, que acallaba hambre e ira como si no existiese.

Pasadas las cuarenta y ocho horas el capitán formó a la tripulación en cubierta, ¿qué nuevas cosas tendrá pensado ahora? Comentaban entre si los marineros. Sacarnos el agua, respondió uno y otro a su vez, la vida, más bien parece.

Sable colgante, pistola al cinto al igual que los oficiales, mandó atar al cocinero ordenando veinte latigazos, a partir de ese número seguir hasta el fin de su vida o hasta que en voz muy alta y clara dijese ¡comida!. Todos sabían que después de veinte latigazos nadie es capaz de hablar en voz alta.

La tripulación estaba amedrentada, el miedo al castigo, el miedo al palo, miedo con el que habían vivido y con el que habían sido alimentados desde la cuna, el miedo como hábito, como rutina, era en definitiva el miedo a la autoridad, miedo con el que habían sido educados y con el que habían de morir, siendo ese mismo miedo con frecuencia, la causa de su muerte. Sin embargo, las caras estaban crispadas y los

músculos tensos. La brisa no limpiaba de la cubierta la pesadez ambiental que aplastaba el barco como una gruesa plancha de plomo.

El cocinero avanzó sonriente hacia la argolla, con esa peculiaridad que tienen los gallegos de sonreír a la adversidad y ponerse melancólicos aún en situaciones de mayor alegría. Nunca mejor aplicado, les estaría a ellos el dicho, de a mal tiempo buena cara y a buen tiempo mala cara, yendo lo uno por lo otro.

Abdul valoró mentalmente la situación, tres oficiales armados de pistola y sable, con la tripulación no debía contar, es más, de seguro que estaría en su contra. Nada podía hacer por su amigo.

Con el torso y espalda desnuda, atado a la argolla, estaba allí el cocinero con la piel blanca, contrastando con su rostro y cuello curtidos por el sol y los aires del mar.

El capitán rizando el rizo del sadismo de la ejemplar lección, indicó que fuese Abdul quién diese los latigazos por la propia mano y quien por propia mano llevase hasta el umbral de la muerte, o hasta la muerte misma a su mejor amigo.

El rostro de Abdul no se inmutó al oírlo, saliendo de la fila se dirigió a recoger el látigo que uno de los oficiales tenía en su mano. El oficial se adelantó tres pasos y extendió su brazo, Abdul con sus enormes manos cogió el látigo y la mano del oficial todo a la vez empujándolo hacia sí, levantó su cuerpo en el aire y lo arrojó como un fardo sobre los dos oficiales restantes y el capitán. Sin darles tiempo a desenfundar sus pistolas, comenzó una lucha feroz y solitaria, todo transcurrió vertiginosamente, la tripulación no se movía, el cocinero gritaba que lo soltasen.

El oficial que había volado por los aires yacía aturdido en el suelo, otro estaba fuera de combate, el tercero iba a ser arrojado por la borda cuando la pistola del capitán apuntaba a la espalda de Abdul. Se oyó un disparo.

En el momento del disparo un cuchillo lanzado por un marinero cortó la vida del capitán desviando la dirección de la bala. El oficial aturdido puesto en pie y con la pistola en mano fue desarmado e inmovilizado por Roberto.

Dos marineros tomaron partido por el capitán, sus compañeros los arrojaron al mar, el que había lanzado el cuchillo, tomó en sus manos las pistolas diciendo, allí donde

vaya seré ahorcado, debo proporcionales motivos. Al que se me acerque, dijo a sus compañeros, lo dejo seco. Obligó a saltar al mar a los dos oficiales y arrojó por la borda al capitán.

Ahora, exclamó, que sea lo que Dios quiera y dejó caer las pistolas. El barco avanzaba suave cortando las olas, atrás quedaban cuatro hombres llenos de rencor y maldad y dos infelices que sin culpa, a causa del miedo, educación de toda su vida, sería la causa de su muerte.

Abdul y el marinero que lo ayudó fueron tomados como héroes. Roberto fue felicitado por la valentía mostrada, momentos que aprovechó para sugerir que los dos marineros no eran oficiales, nada habían hecho, eran sus compañeros y debían estar con ellos. No somos asesinos, añadió, somos hombres que defendemos nuestras vidas. El timonel giraba ya en redondo para el rescate.

Los dos hombres se mantenían a flote agitando los brazos y pidiendo a gritos que los sacasen del agua. No se veía a nadie más, el mar con pequeñas olas era lo único que se movía, el capitán y los oficiales habían sido tragados por el mar, hundiéndose en el abismo de sus entrañas, sólo un abismo insondable como el mar podía digerir tanta maldad concentrada en esos hombres.

CAPÍTULO VI. LA ASAMBLEA

Estaban fuera de la ley, la mitad de la tripulación sería ahorcada, la otra mitad serían encerrados en insanos calabozos padeciendo sufrimientos y penalidades hasta apagárseles lentamente la vida.

Las leyes del mar duras de por sí, eran terribles para el motín y más aún si había habido muerte de oficiales.

El barco quedaba en manos de hombres cuyo trabajo estaba en el mar, en él pasaron la mayor parte de su vida y en él estaban condenados a vivir mientras sus familias en tierra subsistían con el mísero sueldo que estos podían entregarles.

El destino cambia con frecuencia la vida de los hombres, cambios que hacen variar el sentido y comprensión del mundo, a menudo esta nueva orientación convierte a personas honradas en perseguidos, desarrollándose en ellos resentimiento y odio, convirtiéndoles en malvados a veces hasta el exceso. Otras veces el destino orienta la vida de estos seres en un camino de intachable comportamiento, porque muy pocas personas son totalmente la maldad o la bondad perfecta. Así es el destino, pero el azar también juega en el gran juego de la vida por medio de insignificantes contratiempos, contratiempos que son a su vez motivadores dinámicos de grandes avances en el espíritu del hombre y de la sociedad, otras, por el contrario, truncan la vida del hombre en instantes. Es el misterio de la vida y de la creación. Los oficiales y el capitán desaparecieron porque atentaban contra la naturaleza, la vida misma, y la vida y la naturaleza acaban por hacerlos desaparecer.

La vida es sabia y la naturaleza tan sabia como ella, el destino está escrito en el cielo, pero en el cielo solamente está escrito el destino espiritual, no el terrenal, el destino de los cuerpos de los hombres los escriben los poderosos, los acaudalados y los reyes. Por eso el azar como viento imprevisible desmorona ese destino terrenal, burda imitación del destino del cielo.

Así sucedió con estos hombres de mar que se convirtieron en amotinados, perseguidos por leyes implacables. De marineros, de hombre sin valor alguno, tratados

con menos consideración que los animales, pasaron a hombres independientes, libres de miedos y cadenas, dueños de un buen barco lleno de mercancías. Eran ahora piratas con precio puesto a sus cabezas, teniendo más valor para las autoridades de muertos que en vida.

Toda la tripulación ocupó la cubierta, permanecían sentados y silenciosos, era urgente conocer el rumbo de sus vidas, el del barco sería mera consecuencia de ella. Pocas alternativas quedaban, volver significaba enfrentarse con los jueces y la horca, entregarse no mitigaría en nada el resultado final. Estaban todos de acuerdo. Seguir era una posibilidad ¿pero a dónde y cómo?. No tenían instrucción alguna, siempre habían sido mandados y siempre habían obedecido. Mandarse a si mismos, obedecerse a si mismos, ser libres era una sensación que nunca habían tenido que ahora los llenaba de incertidumbre.

Roberto permanecía callado, como él permanecía Abdul, la misma actitud el cocinero y así toda la tripulación. El recuerdo de sus familias y la nueva situación les impedía meditar, cuando hablaba alguno de ellos lo hacía con torpeza, timidez y más que aportación sus palabras eran lamentos.

Roberto repentinamente se puso en pié, todos fijaron sus ojos en él, sabían que era instruido, sabía leer, conocía los vientos del Atlántico, entendía los mapas marinos y era valiente, había dado también muestras de gran sensatez sugiriendo el rescate de los marineros. Sus compañeros esperaban algo de él, no sabían qué, una salida, una luz, una esperanza al menos.

Roberto iba a sentarse de nuevo, su mirada se cruzó con la de sus compañeros, el silencio era acompasadamente roto por el barco en su rozar con las aguas.

Llenó los pulmones de aire y habló con voz alta, sus palabras llenas de energía, fueron poco a poco comunicadas a la tripulación. Para todo hay salidas, comenzó diciendo, la vida tiene la muerte por salida, la muerte tiene la suya, que por ser suya no nos preocupa. Nuestra situación tiene su salida, a mi modo de ver es la única, os la propongo, con calma valoremos sus ventajas y desventajas, si de desventajas puede

hablarse en nuestra situación. Os ruego que no aceptéis mis palabras a la ligera, medita lo que oigáis, contrastémoslo con lo de otros y decidamos.

Somos dueños del barco, sus bodegas repletas, la venta de las mercancías puede hacernos sino ricos, con más dinero del que jamás podríamos tener en toda una vida de duro trabajo. Volver no podemos hacerlo, adónde vayamos darán con nosotros salvo que lo hagamos de forma secreta y confidencial a algún lugar fuera de toda sospecha.

La mayor parte de la tripulación tiene familia y a menudo padres o hermanos viviendo en la miseria con el hambre por compañera las veinticuatro horas del día. Para ellos hay también una salida. Pero antes debemos tomar una decisión, pongo a Dios por testigo, que no es voluntaria sino empujada por la maldad de algunos hombre que no nos han dejado más alternativa que morir o vivir como podamos.

El cocinero aplaudió, con él todos. Expresaban con aplausos lo que sus corazones sentían, ahora si que estaban seguros de que había una salida, de que él la tenía.

No somos criminales, ni lo seremos nunca, continuó, diga quien lo diga, jamás seremos criminales; lo que jueces y leyes dicten poco debe importarnos, al contrario, más debemos importarles nosotros a ellos.

Esta vez la tripulación se puso en pie. ¡Bien, bien, bien! gritaban a coro.

¡Fugitivos! ¡Fugitivos!, ¡No! -gritó Roberto, elevando su voz sobre la de ellos-, ¡Fugitivos no!, ¡Piratas!

No había dejado de hablar, cuando se levantó el cocinero gritando ¡piratas!, le siguió Abdul ¡piratas!, la tripulación entera ¡Piratas! ¡Piratas! ¡Piratas!.

Debemos elegir un capitán del barco y al cabo de mar. Dijo con voz firme Roberto, que fue elegido por unanimidad capitán del Santa Cruz, los pilotos los que ya lo eran, y por cabo de mar al cocinero. Su primera orden fue para su amigo el cocinero. ¡Danos de comer o moriremos de hambre!. ¿Bazofia o comida? Interrogó el cocinero con sorna. Tú sabrás, capitán eres en la cocina, y como cabo de mar, eres el representante de la opinión e interés de todos nosotros que somos tripulación.

La época del año propiciaba el buen tiempo, con él y sin contratiempos avistaron las costas mejicanas. Los papeles estaban en regla, los sellos eran buenos, Roberto

tomó uno de los trajes del capitán y disfrazó con el de un oficial a otro de sus marineros. Exigió el pago de las mercancías en metálico en el momento mismo de comenzar su desembarco, alegó que era la orden recibida y para apoyar sus palabras enseñó un papel en el que estaba escrito tal petición.

Las mercancías hacían falta en Méjico, donde todo lo que venía de España era recibido con alegría y vendido varias veces por encima de su precio de compra. Todo salió como se esperaba, solamente hubo un pequeño contratiempo, un oficial con soldados vino a buscar las armas, cañones y pólvora a su fuerte destinados. Roberto extremó su amabilidad, hízole subir al barco, le ofrecieron una garrafa de vino generoso andaluz, poniendo después cara de extrañeza dijo que en las bodegas de su barco no había ningún cargamento militar. El oficial comentó que esperaban el material y que preguntaban a todo barco que llegaba por si venía en él.

Hablaron de múltiples cosas, en Méjico, de sus costumbres y del comercio con España, el vino hizo efecto en la cabeza del oficial, haciéndole locuaz. De aquel puerto partía un galeón con oro y plata cada tres o cuatro meses aproximadamente con destino a Sevilla, el oro era almacenado en la fortaleza.

Rogó Roberto que el oficial llevase unas botellas de vino y que las disfrutase con sus compañeros. Aceptó el oficial con sumo agrado el obsequio. Así finalizó este pequeño contratiempo.

El Halcón fue descargado en diez días, sus bodegas quedaron vacías, casi vacías, porque Roberto indicó que dejasen un poco de lo que a él le pareció más interesante y que podía hacer falta, ni que decir tiene que las armas y municiones estaban ocultas.

Cargó agua, carne salada, vegetales, legumbres y frutas tanto frescas como secas en cantidades abundantes. Almacenándolo en la mejor disposición previendo su prematuro deterioro, destinó a un hombre la responsabilidad de vigilar su estado y preservar su conservación.

Se hizo a la mar el Halcón, trece días después de haber llegado a puerto. Con las bodegas vacías el Santa Cruz navegaba con la rapidez del viento, sus maniobras se hacían con facilidad, el barco obedecía pronta y mansamente. La tripulación era eficaz,

rápida y enérgica, no era necesario ordenar, la tripulación conocía su oficio y lo ejercía con habilidad y destreza.

A las pocas horas de abandonar el puerto quedaba en la lejanía la tierra, Roberto reunió a la tripulación mostrando el balance de la venta. Con este dinero, cada uno de nosotros tiene ya una posición económica varias veces superior a la que anteriormente teníamos, el botín es y será en el futuro dividido a parte iguales porque ningún hombre es más que otro hombre. Si os parece bien, sino agregó Roberto, yo me quedo con todo por ser capitán y vosotros con nada por ser tripulación.

Volaron los gorros por el aire, aquél era un gran día de fiesta, las cosas comenzaban bien y lo que bien comienza por fuerza bien debe acabar.

A ningún lugar habían llegado noticias de lo ocurrido con el Santa Cruz, de momento nada habían de temer, con un poco de astucia podrían permanecer en esta situación un año, tal vez más.

El Santa Cruz estaba dotado con doce cañones, se hicieron arreglos en los costados del barco para instalar tres cañones a babor y otros tres en estribor. El cañón de largo alcance, una magnífica y moderna pieza de artillería, la puso a babor.

Contaba ahora el Santa Cruz con diecinueve cañones uno de ellos único en el mar.

Fueron los artilleros, los encargados de conservar en perfecto estado la pólvora y municiones, así como de la buena conservación de las armas y cañones. Eran hombres que habían sido artilleros en la guerra, conocían el arte de disparar, su misión consistía también en reparar, fabricar armas e inventar o adaptar alguna si así fuese necesario, cosas que tuvieron que aprender por si mismos, montando y desmontando pieza por pieza hasta descubrir sus más recónditos mecanismos.

Cuando al hombre se le hace responsable, cuando su actividad es por él considerada importante, capacidades antes desconocidas se le desarrollan, inteligencia, perspicacia, imaginación y método. La voluntad dormida en un hombre esclavizado por la rutina es despertada como el aguacero despierta la tierra reseca o la primavera a los dormidos frutos.

Los artilleros tuvieron por misión enseñar el manejo de las armas de fuego, toda la tripulación debía saber utilizar cañones, culebrinas, pistolas y escopetas, así como



mantenerlos en perfecto estado.

Armas de fuego las había en abundancia. Todo lo que tenemos, dijo Roberto, tiene valor, lo que tiene valor se guarda y se cuida, las armas con mayor motivo porque de ellas y del barco dependerán nuestras vidas.

En una de las asambleas para decidir el rumbo decidieron cambiar el nombre del barco, buscando un nuevo nombre más adecuado. Sugirieron el peregrino gavilán, la castaña flotante, dijo el cocinero y cesta de mar; que a todos hizo reír. Finalmente se decidió cambiar el nombre de Santa Cruz por el Halcón.

Roberto construyó en la cubierta, con maderas que había en la bodega, ingeniosos sujetos fusiles, sujetos pistolas y lugares donde colocar pólvora y munición de arma de fuego corta.

Todos estos preparativos los hacía en previsión, de que siendo pocos hombres para realizar o sufrir un abordaje debían de hacer uso de las mayores ventajas que pudieren. Teniendo los hombres de cubierta varias armas preparadas para su uso inmediato en el caso de ser necesario.

El barco navegaba con rumbo indeciso, dentro de un mes un galeón navegaría con oro y plata en esta misma ruta. Mientas tanto navegaban sin un rumbo fijo, siguiendo tan sólo las rutas más comerciales y a la espera del avistamiento de alguna presa.

Se ejercitaba la tripulación en el manejo del sable y en la lucha cuerpo a cuerpo. Roberto como buen capitán previsor vio claramente la desventaja en que estarían en caso de enfrentamiento, lo hizo saber y la tripulación en pleno se ejercitaba en la

lucha. Nadie mejor que Abdul como maestro, el entrenamiento fue intensivo y pudo decirse que en pocas semanas pasaron de marineros a convertirse en hombres aguerridos y especialistas en la lucha en barco y a distancias cortas.

Un barco con hombres disciplinados, entrenados en el manejo de armas blancas y de fuego, hombres que nada tienen que perder excepto el retraso de su horca. Esa fue la conciencia que en su entrenamiento en las tácticas y simulacros de abordaje tuvieron, y no se equivocaron porque quienes fuesen en su busca se encontrarían con hombres entrenados en la lucha y ardientes para el combate, se consideraban ya muertos y partiendo de esta consideración el miedo desaparecía de sus mentes, y esta y no otra, es la concepción secreta de los héroes.

CAPÍTULO VII. EL MISTERIOSO FENOMENO

Navegaron por el Golfo de Méjico a la altura del trópico de Cáncer. Esta zona está sujeta a vientos y tifones que se forman a veces en breve tiempo. Sin embargo, nada de eso ocurrió, el tiempo era bueno y las condiciones de navegación idóneas.

Ascendieron al norte atravesando el estrecho de Florida, dejando Cuba a la derecha y la península de Florida a la izquierda, siete días después avistaron las islas Andros en las Bahamas, donde se abastecieron de agua, fruta y carne fresca. La tripulación tuvo días de esparcimiento, beneficiándose con el clima y con el trato hospitalario de los habitantes.

Partió el Halcón en dirección a la Gran Bahama con intención de avanzar más al norte entre el paralelo 30° y 35° para controlar la ruta de los barcos ingleses y holandeses que se dirigían a Carolina y a Virginia.

Pasaron las islas Bikini que dejaron de verlas con la oscuridad de la noche, el mar gozaba de una calma deliciosa la mayor parte de los marineros dormían, el turno de guardia permanecía en cubierta atendiendo a sus quehaceres. De repente, sonó la campana de alarma y combate, cada cual como estaba saltó de su catre semidesnudo, empuñando lo que más a mano tenía y todavía con el sueño en los ojos, subieron a cubierta. Roberto salió precipitadamente también, empuñaba dos pistolas, un resplandor iluminaba al barco envolviéndolo en una inmensa bola de luz. La tripulación se tapaba la cara evitando aquél brillo cegador, los objetos de metal, las cuerdas, los mástiles, las velas, todo el barco y los cuerpos mismos de los hombres brillaban con luz de intensidad desconocida.

Roberto disparó al aire sus dos pistolas, de ninguna de ellas salió el menor sonido, habían dejado de funcionar. Corrió hacia uno de los cañones y lo cargó, hicieron los mismo con dos más, ninguno pudo ser disparado. ¡Todos con sable! Gritó. Los ojos fueron acostumbrándose a la luz que apenas resultaba ya molesta, más bien al contrario, resultaba agradable. Cada hombre ocupó su puesto en espera de un ataque, ¿un ataque de quien?, esa pregunta no se la habían hecho, solamente sabían que aquello

podía entrañar un gran peligro y fuese quien fuese era poderoso, mil veces más poderoso que ellos.

Así estuvieron largo rato, nada se veía, los ojos acostumbrados a la extraña luz comenzaron a percibir que cada marinero resplandecía con luminosidades de colores, todos tenían colores del arco iris que se extendía más allá de su cuerpo. Maravillábanse de la extraña visión que unos de otros tenían, no encontrando explicación para este misterio. El ánimo era tranquilo, estaban en sus puestos preparados ante un posible abordaje y sin embargo, se encontraban tranquilos y seguros, como sabiendo que nada peligroso iba suceder. Poco a poco la luz fue alzándose del barco y como a una distancia de media milla se sumergió en el interior del mar, no provocó ningún ruido ni siquiera el menor oleaje. Ahora la sombra nocturna y el mar rodeaban silenciosamente el barco.



¿Qué ha sido esto? Preguntaron a Roberto, que solamente se limitó a decir, algo que de haberlo querido nos habría calcinado.

El misterioso fenómeno proporcionó a los marineros una extraña sensación de seguridad, nadie era capaz de dormirse, la calma del mar se confundía con sus almas. Con una temperatura grata, permanecían todos los hombres en cubierta hablando unos, permaneciendo en pensativo silencio otros. Sin pretenderlo se encontraron reunidos en cubierta y en asamblea. Volvieron a hablar del futuro, tenían dinero y un barco, iban a incrementar esta cantidad y cuando se lograse ¿qué harían?, de que serviría todo lo que pudiesen tener si no había un lugar seguro para sus vidas.

El extraño fenómeno (*) parecía haberles dotado de mentalidad distinta, su carácter antes rudo, se había tornado amable, se preocupaban del futuro, pero no del de ellos, sino del de sus familias y aún de otras gentes. El cambio no fue por nadie

notado porque fue un cambio generalizado, en su interior cada uno de ellos sentíase distinto, transformado.

Decidieron sin excepción buscar un lugar de buen clima, bien situado, de buenas tierras de labor y bosques, con río y manantiales de agua, comprar la mayor extensión posible de esos terrenos e instalarse en ellos con sus familias.

La idea pareció genial, todos estaban encantados, se veían ya con su mujer, con sus hijos, con sus padres o con sus futuras mujeres los que no las tenían.

Surgieron las matizaciones del proyecto, una escuela para los niños, un hospital para enfermos, un lugar para el intercambio, harían falta casas, graneros, calles, plaza, herrerías, establos y muchas otras cosas, así como gentes que fuesen entendidas y prácticas en los diversos oficios para que de nada faltase. Poco a poco la imaginación dio rienda suelta a la población perfecta, donde se pudiese vivir libremente, en libertad y con libertad.

¿Habrán leyes? Preguntó un marinero. El silencio se hizo durante unos instantes, una voz respondió desde la oscuridad: estamos viviendo fuera de la ley, estamos viviendo al margen de las leyes, si las leyes nos cogen dejaremos de vivir.

La voz del marinero siguió oyéndose.

Las leyes que conozco son como el martillo, golpean de arriba abajo, el pobre siempre está abajo. Toda ley por muy buena que sea, acabará convirtiéndose en un martillo. Nunca hemos necesitado leyes para vivir, trabajábamos hasta deslomarnos, vivíamos como podíamos ayudándonos unos a otros en nuestra miseria. Es el rico quien necesita leyes, leyes con las que nos condena por cazar, recoger madera o pescar en los ríos, porque bosques y ríos de ellos son, las tierras que trabajamos, tierras tuyas son, nuestras personas y nuestros hijos tuyos son, todo es tuyo por leyes o por la fuerza.

La voz que salía de la oscuridad no era otra que la del cocinero, poco se sabía de él y sorprendió a todos tanto por su manera de hablar como por la forma de expresarse. Abdul, el de las pocas palabras, rompió su silencio. De donde yo soy, en donde yo vivía, el cielo y la arena se confunden en el horizonte, no hay árboles, hierba, ni matorral alguno, el sol nos alumbra, nos da calor y también nos mata, la noche nos

protege del sol, nos abriga del calor, nos da frío y también nos mata. Un pozo de agua es máspreciado que una mina de oro, porque no hay agua en el desierto y el hombre necesita agua. En el desierto si el hombre no se ayuda no sobrevive, esa es nuestra única ley natural, ayudarnos unos a otros, las demás son leyes que molestan más de lo que sirven, que oprimen en lugar de liberar. Por esas leyes he estado perseguido, por esas leyes ahora lo estoy, por esas leyes no debemos perseguirnos ni a nadie perseguir. En el lugar donde vivamos, añadió Abdul, la única ley que debe regirnos es esta "Haz por el otro, lo que quisieras que el otro hiciese por ti, de necesitar tu ayuda".

Un marinero preguntó ¿y si alguien no actúa de ese modo?. Abdul respondió. En el desierto quien no ayuda, no sobrevive, el agua cae de las nubes refrescando la tierra, esa misma agua en ríos va al mar, el mar la devuelve a las nubes con el calor del sol. Si tú me ayudas veinte veces ¿Por qué no voy yo a ayudarte a mi vez?. Si tú tratas bien a mis hijos ¿Por qué no habré yo de tratar bien a los tuyos?. Aún con los que nos han tratado mal, devolvemos a menudo, el bien por mal, haciéndonos bien comportándonos de esa manera, bien que por fuerza habremos de devolver. Lo mezquino que ahora hay en nuestras almas desaparecerá en gran parte en una sociedad como la nuestra. Agregando, si alguno de nosotros no se comportase adecuadamente, seremos nosotros mismos en asamblea y en votación quienes decidiríamos lo que hubiese de hacerse, como ahora mismo y hasta ahora lo hemos hecho.

Convencieron plenamente las palabras de Abdul el gigante silencioso, de aspecto temible pero de juicio y bondad extrema.

La noche dejaba paso al día, la claridad hacía retroceder las sombras cansadamente, también ellos acusaban el cansancio y como la noche se retiraron a sus literas buscando el sueño reparador, calmante de las más violentas emociones.

(*) La zona de las islas Bikini y de las Bahamas, es la zona del llamado triángulo de las Bermudas. En ella han desaparecido numerosas embarcaciones incluso aviones sin dejar rastro y sin explicación lógica del suceso. Esta zona es lugar de avistamiento de objetos voladores no identificados OVNI.

CAPÍTULO VIII. PRIMERA PRESA

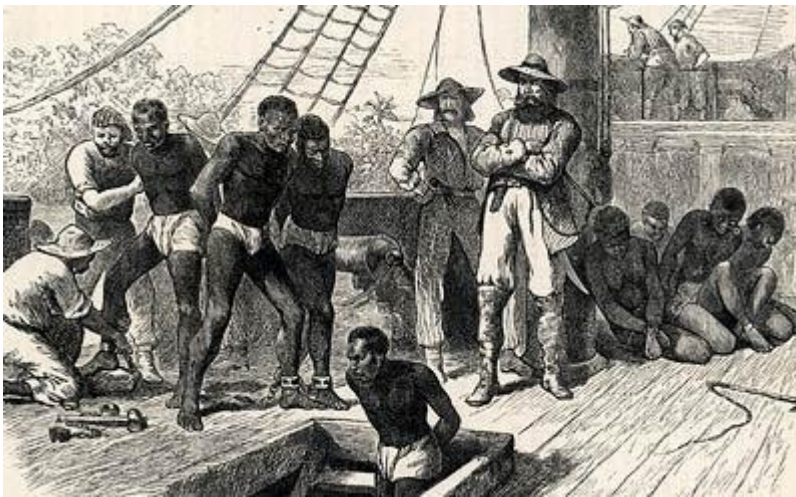
Once días después avistaron un barco en la lejanía, traía su misma dirección, seguramente se dirigía a las costas de Virginia. Prefirieron para no levantar sospechas retrasar la marcha lo más que pudiesen esperando que el barco se acercara. A media tarde el barco se encontraba a la par aunque distante. Roberto observó con su catalejo detenidamente aquél barco, tenía algo extraño que no acababa de comprender, su cubierta no era como la de los demás barcos, había en ella demasiada gente. El timonel más experimentado en el mar, aplicó su ojo al catalejo, ¡un negrero, es un barco negrero!, nunca me gustaron los barcos negreros, hacen prisioneros a pobres gentes en las costas africanas encadenándolos en bodegas y en la cubierta. Muchos mueren de enfermedades durante la travesía, los que llegan vivos son vendidos como animales para trabajar en los campos de algodón, son carne de esclavitud es el comercio de carne humana. El timonel seguía observando por el catalejo, aquí no hay botín, pero hay gloria, como me gustaría abordar ese barco. ¿Qué haríamos con los prisioneros?, preguntó Roberto. Los llevaríamos a su tierra al lugar donde los han cogido, no hay dificultad alguna en ello. Además necesitamos hombres para el Halcón, somos muy pocos. Añadió Roberto si el barco lo vale nos haremos con él.

La tripulación estaba preparada, los cañones cargados, las armas listas, los hombres con ese punto de rígida tensión que el se tiene antes de comenzar una batalla y que desaparece en el mismo momento de oír la orden de ataque. Roberto elevó la voz para que todos lo oyesen, en ese barco no hay botín, es un barco negrero cuyo vientre está repleto de infelices que serán vendidos como esclavos. No hay en él ganancias, pero si libertamos a esos hombres habremos conseguido gloria y dignidad, riqueza más necesaria que la otra.

Puso Roberto proa en dirección al barco negrero haciendo una ligera curva en su trayectoria, había que tomar el barco sin dañar a los prisioneros. El Halcón desplegó todas sus velas, navegaba ahora velozmente, pronto daría alcance a ese barco de humillación e ignominia. El cañón de largo alcance fue disparado apuntando muy alto

para que sobrepasase los mástiles, el segundo disparo lejos y por delante de la proa, el tercer disparo delante de la proa, el cuarto más cerca de ella, La intención de Roberto era Mostar que podían hundirlos de lejos, sus cañones de menos calibre no los alcanzarían, los disparos delante de la proa significaban que se detuvieran. Así lo hizo el capitán del negrero, con la seguridad de que al darse cuenta de que era un barco negrero le dejarían el camino libre.

El Halcón acercó su costado, sujetó con garfios los pasillos en ambos barcos y comenzó el abordaje, de repente la tripulación del barco negrero comenzó a defenderse disparando una culebrina situada en el puente que no dañó a nadie, hubo también descarga de fusilería. Roberto por precaución, había situado diez tiradores con escopetas cargadas de repuesto, para que en caso de peligro hiciesen fuego a discreción cubriendo el abordaje de sus compañeros. La medida fue efectiva y eficaz, en pocos minutos la tripulación del negrero había sido reducida, heridos la mayor parte de bala, otros en el enfrentamiento. La presa había sido fácil y rápida, la oposición escasa y mal organizada.



En contraposición, la miseria y el dolor que se encontró en aquél barco producía escalofríos, aquellas pobres gentes habían sido tratadas con la mayor de las inhumanidades, golpeadas, aherrojadas, desnudas, hambrientas, enfermos muchos de ellos, niños, mujeres y hombres jóvenes, amontonados como animales yacían entre ratas en las bodegas o inmovilizados por las ataduras en la cubierta. La suciedad les cubría todo el cuerpo. La entrada en el vientre de aquel barco exhalaba un olor nauseabundo, el aire irrespirable por lo viciado e infecto, fruto de los excrementos, orines y de la precaria ventilación.

Varios murieron durante la travesía, alguno más habría de morir por enfermedades contraídas. Los grilletes oxidados laceraban la carne de los tobillos y las muñecas produciendo horribles heridas y llagas infectadas, los gemidos de dolor venían tanto de hombres como de niños. Los marineros sabían las condiciones de transporte de esos barcos negreros, pero nunca se imaginaron que pudieran ser como lo que se encontraron. El espectáculo no tenía nombre, si alguno había que darle, éste no sería otro que el de infierno.

Con gestos les explicaron que nada debían temer de ellos los liberaron de grilletes y cadenas a aquellos que nunca los habían conocido, cambiándolos a manos y pies de la tripulación. Los que antes eran esclavizadores, ahora eran esclavos. Sin la menor consideración arrojarían a heridos y sanos al mar, furiosos como estaban los hombres del Halcón, los hubiesen arrojado para que los tiburones diesen cuenta de ellos, y lo hubieran hecho sino fuese por un extraño impulso de humanidad que les retuvo.

Ninguno de ellos quiso prestar ayuda a aquellos hombres despreciables pagándoles con la misma moneda que ellos pagaban a sus semejantes.

Con agua del mar hicieron lavar la suciedad de sus cuerpos, curaron sus heridas, limpiaron y ventilaron las bodegas desinfectándolo todo, evitando de esta forma el brote de enfermedades contagiosas. Casi trescientos infelices viajaban en aquel barco, propiedad de poderosos comerciantes hombres de bien en Inglaterra.

El negrero era un navío de doce cañones, era viejo, necesitaba una limpieza del casco, por lo demás estaba en buenas condiciones de navegación con unos arreglos y bien armado podía ser un buen barco. Roberto lo revisó junto con los pilotos, el carpintero y el cocinero como cabo de mar, encontrando sus maderas comidas por los gusanos.

-Este barco no merece la pena quedárnoslo ¿Qué opinas?, pregunto Roberto.

Podíamos, respondió uno de los pilotos, pero aunque lo reparáramos hay otro problema, los hombres, no hay hombres suficientes para su tripulación. La nuestra es a

todas luces insuficiente para realizar un abordaje con el Halcón, cuanto más si la dividimos en los dos barcos.

Añadió el cocinero sin contar que había que destinar hombres para la tripulación tanto de estos infelices como de una más severa vigilancia de los del barco atrapado, lo que disminuye el número de la marinería.

Roberto aclaró, si escogemos algunos hombres entre los esclavos los más diestros y voluntariosos, los repartimos entre los dos barcos, los dividimos en grupos poniéndolos bajo dirección y órdenes de uno de los nuestros, el problema quedaría solucionado en gran parte.

Ambos navíos pusieron rumbo al sur, el destino era la costa de Marfil, allí habían hecho prisioneros a aquellos hombres y a ese mismo lugar los devolvían. Roberto dividió su tripulación, una parte fue destinada al barco negrero con el fin de que fuese bien gobernado. Los que antes eran esclavos, entendieron por lo que habían visto y por las muestras de simpatía y buen trato que de nuevo eran llevados a su país. El contento y la alegría se reflejaba en sus rostros, serviciales intentaban ayudar en lo que podían siguiendo fielmente las indicaciones e imitando en el trabajo a la marinería.

Subían a los mástiles e izaban velas con destreza como consumados marineros, a pesar de los sufrimientos y la mala alimentación recibida no mostraban cansancio, hecho que admiraba la tripulación.

En la primera isla que encontraron, donde el barco pudo acercarse sin peligro, transportaron a tierra en una chalupa a los marineros del barco negrero.

Antes de transportarlos a tierra, Roberto les habló. Los que lo desearán podrían quedarse con ellos.

Esta oferta es para todos exceptuando al capitán y los oficiales que no tienen la opción de enrolarse en la tripulación de ninguno de los dos navíos. Habéis visto como somos, habéis visto como nos comportamos, los que decidan quedarse serán como nosotros, como nosotros todo lo compartirán y como nosotros habéis de ser.

Cuatro de ellos se quedaron, entre ellos el carpintero y el piloto, tanto uno como otro de gran valor como miembros de la tripulación.

Los dos barcos navegaban uno cerca del otro con luces encendidas nocturnas para no alejarse. Dos días después, una tormenta de mediana intensidad hizoles variar de rumbo buscando refugio en una bahía bien protegida de vientos y del oleaje más fuerte. Tres días estuvieron inmovilizados, el cuarto retomaron el destino que cumplieron sin ningún otro percance.

Días más tarde avistaron tierra en Costa de Marfil, los negros de ambos barcos se pusieron jubilosos por tener la suerte de volver a su tierra, sanos y libres. Mostraban sus rostros gran alegría que manifestaban con exclamaciones y frases hacia los marineros.

Roberto les dijo, al igual que anteriormente les había dicho a los marineros del negrero, que los que deseen quedarse podrían hacerlo convirtiéndose en un miembro más de la tripulación compartiéndolo todo desde ese momento. Pensadlo y bienvenidos los que decidáis quedaros y que tengáis salud los que os marchéis. Veinticuatro de ellos decidieron quedarse varias mujeres también lo deseaban. Roberto se negó rotundamente alegando que debido a la situación que tenían, tan pocas mujeres entre tantos hombres jóvenes podrían surgir desavenencias y conflictos futuros.

El cabo de mar, apoyó al capitán así como los pilotos y muchos de los marineros.

¿Quién no desea tener compañía femenina?. Les dijo. Pero acaso es un barco pirata el mejor hogar, y sus hombres dedicados a la piratería sobre los que cuelga el lazo de la horca los mejores hombres. Ni es este el mejor lugar, ni es este el mejor momento para tener relaciones amorosas.

Cada cosa en su momento, momento que habrá de llegarnos.

No obstante el cabo de mar, llamó a asamblea y en votación por mayoría, después de ardua deliberación con pros y contra, las mujeres fueron admitidas.

Se impuso una promesa colectiva, que las mujeres serían tratadas como uno más entre ellos y que se abstendrían de todo tipo de relación que no fuere la de camaradería.

-Que haríamos con mujeres embarazadas a bordo, dijo el cocinero. Que haríamos con los niños.

-Entre nosotros surgirían celos y como consecuencia rencillas y peleas. Añadiendo, propongo como condición la promesa de único trato de camaradería, reprimiendo nuestra natural atracción hasta que varíe nuestra situación actual.

Y eso fue lo que se votó con algunas oposiciones.

El barco negrero quedó vacío. Roberto hizo saber, ya en tierra su necesidad de agua, fruta, carne fresca, aves y animales vivos. Dos días más tarde, tenían abundantes provisiones de cocos, mangos y otros frutos ecuatoriales, carne de animales parecidos al buey así como aves muertas y vivas, trajeron cereales con el que hacer pan, ellos mismos transportaron las barricas llenas de agua al barco. En agradecimiento ofrecieron también máscaras, lanzas y pieles de leopardo a quienes habían sido sus libertadores.

El Halcón permaneció una semana justo en aquél lugar, tiempo que después de la larga travesía la tripulación tomó como descanso y fortalecimiento del cuerpo comiendo vegetales y frutas, principal medida par evitar el escorbuto (*).

El barco negrero era un barco viejo y de escasa utilidad, lo desguazaron aprovechando de él todo lo que pudiera servir o tuviese algún valor sus doce cañones fueron incorporados al Halcón, y distribuidos tanto a babor como estribor, colocando la culebrina en el puente de proa. Después apuntando los cañones por debajo de su línea de flotación sufrió impactos de muerte, hundiéndose poco a poco, borrando su existencia de los mares.

Otra vez pusieron rumbo al Caribe, por ser esta zona de gran tráfico marítimo con valiosos cargamentos.

(*) Enfermedad debida a la dieta exclusiva de pescado y carne salada y la carencia de vitaminas, los cítricos, sobre todo el limón es un gran remedio para este mal de la marinería. Cuando Magallanes y El Cano daban la vuelta al mundo, su tripulación se encontró aquejada de escorbuto, al recalar en las costas de Arabia, los médicos árabes les hicieron beber abundante zumo de limones, comer ajos y frutas. En pocos días la tripulación estaba restablecida.

CAPÍTULO IX. HISTORIA DEL COCINERO

El cocinero tanteó una de aquellas lanzas, quitó el afilado pedernal de su punta y comprobó la extraordinaria dureza de aquella madera pasada por el fuego, hizo unos remolinetes en el aire con ella y sonriente desafió a su amigo Abdul. Todos rieron, el más bajo de los tripulantes desafiaba en lucha a un gigante. Abdul el silencioso, rió también y no hizo caso de su amigo. El cocinero con sus dos manos sobre el palo, insistió. Abdul, esta es mi arma, soy un dieciséis puntas, prueba a vencerme.

Las risas y carcajadas fueron estrepitosas. Abdul se adelantó para evitar las risas, aunque él se reía como todos los demás. Abdul, repitió el cocinero, empuña el sable, va a hacerte falta. Llegado a este punto las risas alcanzaron su culmen, unos se tapaban los ojos, otros se sujetaban el vientre, el cocinero desafiaba con un delgado palo a un gigante que dé un manotazo lo pondría fuera de combate.

Abdul no hizo caso e intentó apresarle de un movimiento rápido, pero el cocinero dio un saltó y sujetó la vara con las dos manos a poca distancia de su punto medio. No esperó el segundo ataque, golpeó con el palo el borde izquierdo de la rodilla de Abdul, con velocidad inusitada golpeó la parte derecha de su cabeza y a la misma velocidad repitió el golpe en la parte izquierda, el palo fue dirigido seguidamente a su rodilla derecha, giró el cocinero media vuelta y con la punta le golpeó dos veces el plexo solar de Abdul, que se encogió, el palo esta vez fue dirigido a la nuca, Abdul el gigante inexpugnable cayó al suelo cuan largo era, las maderas crujieron al choque de su cuerpo.

El cocinero arrojó el palo y se precipitó sobre su amigo intentando despertarlo, Abdul estaba en las estrellas y tardó un buen rato en venir de ellas.

Nadie daba crédito a lo que habían visto, todo había sido tan rápido, que si no estuvieran viendo en el suelo a Abdul jurarían que nada había sucedido.

Abdul volvió en si desconcertado preguntando, ¿qué pasó?. Esta vez las risas fueron para Goliat.

Cada uno de aquellos golpes que hubiesen sido fatales para cualquier persona, a Abdul sólo le hicieron perder unos instantes el conocimiento. Los golpes dirigidos con la

precisión y fuerza con que el cocinero los dio no serian soportados por ninguno de los que en el barco estaban. El cráneo se le hubiese roto como una cáscara de nuez, las piernas se quebrarían como una brizna de paja. Abdul necesitó siete de estos golpes para ser derribado. Al despertar vio sobre su rostro el del cocinero que lo reanimaba.

Los siguientes días el cocinero llenó la atención del barco, en una ocasión habló de si mismo contando su historia.

Yo soy de Galicia, nací en las montañas de su interior, vivía en tierras que limitan con Portugal. Las montañas son suaves cubiertas de espesos bosques de robles y encinas, su paisaje es siempre vivo porque el agua de la lluvia mantiene la vegetación fresca y vigorosa. Los riachuelos abundan esparciéndose por todas partes como venas del cuerpo y como ellas transportan agua, que es la sangre de la tierra. Las muchachas son bonitas de suave cintura, caderas hermosas y redondeadas y sus rostros frescos como verdes prados. El clima es agradable, en invierno un poco más de frío con algunas heladas, algunas nieves y abundante lluvia, pero el invierno pasa pronto.

Toda la zona pertenece a cuatro propietarios, montañas, bosques, campos, ríos, tojales, casas, molinos, habitantes, ganados, aves y peces. Nosotros somos siervos, vivimos aislados y malamente nos alimentamos. Es lástima que en una tierra tan hermosa haya tanta miseria, la hay sin necesidad, además de hermosa sus campos son buenos produciendo abundantes cosechas. Yo cuidaba una parte del ganado, era pastor como otros, pasaba días y noches en las montañas, semanas enteras y aún meses sin bajar a la aldea. Cada cierto tiempo alguien dejaba para mi y para los grandes perros de ganado, pan, con él que debía alimentarme hasta el próximo abastecimiento. Las ovejas me proporcionaban leche, con ella hacia quesos que comíamos los perros y yo. Mi vida era tan miserable como la de cualquier otro. En dos ocasiones pasé tiempo comiendo a cuerpo de rey. El señor tenía un amigo que era poeta, solía pasar parte del verano o de la primavera en su Pazo, una vez se empeñó en que tenía que vivir un tiempo de pastor. Me ría yo de su vida de pastor, buenas ropas, buenas mantas, buenas botas de piel, carne asada, jamón, chorizos, pescado salado, pan recién hecho y vino. Como yo tocaba la gaita me cobró afecto y todo lo compartía conmigo. Mi naturaleza alegre y despierta,

templaban un poco su naturaleza melancólica, contándome él muchísimas cosas de los lugares por donde había estado. Yo nunca había salido del lugar, las montañas era lo único que conocía, ovejas lo que más había tratado. Mi curiosidad no se saciaba me enseñó a leer y me regaló un libro. Una de las veces se le antojó comer carne de oveja y quiso que sacrificase una, comimos su carne preparada de varias formas que el conocía.

Me preguntó si yo no hacía lo mismo alguna vez. ¿Yo? Respondí asombrado. Nunca se me había ocurrido tal cosa, de hacerlo y enterarse me hubiesen molido a palos y metido hasta morir en el inferniño, nombre con el que nos referíamos a las mazmorras del pazo.

Es fácil hacerlo sin que nadie se entere, añadió, matas una oveja y dices que fueron los lobos, la cosa no es tan complicada.

¿Y si se enterasen?

¿Por qué habían de hacerlo? Tú la comes y le hechas la culpa al lobo, que lo busquen y le pregunten.

La idea no cayo en terreno estéril, muy al contrario, el terreno estaba abonado por la mucha hambre, de vez en cuando venia el lobo mataba una oveja, yo la comía, los perros comían y todos tan contentos.

Todos los hombres sabíamos manejar el palo, yo era de los más diestros. Con el palo jugábamos, con él caminábamos, con él guardábamos el rebaño y con él nos defendíamos del lobo. Era yo un dieciséis puntas, que son aquellos que no han sido vencidos por nadie diez veces seguidas, y por que sus movimientos y golpes son dirigidos hacia dieciséis partes distintas del cuerpo de nuestro adversario. Decimos de nosotros, que nacimos con el palo en las manos.

El poeta calentó mi cabeza con lugares tan maravillosos que la soledad de las montañas acabó incendiándomela. Un día bajé el rebaño, maté varias ovejas, repartí su carne entre las chozas de la aldea para que se dieran un festín al menos una vez en su vida y huí por los montes antes de que me cogiesen. En la huida una manada de lobos tan hambrientos como yo, me hizo estar tres días subido a un árbol, durante este tiempo no se separaron de él, intentaron morder el tronco pero era un roble de grueso tamaño,

entonces los muy ladinos para no permanecer todos allí, se turnaban, mientras unos vigilaban, otros iban de caza. A los tres días comprobaron que yo no me dejaría comer y se fueron. Crucé Portugal, trabajé en posadas y mesones aprendiendo a cocinar, después me embarqué en el Halcón.

¿Son los lobos tan fieros como dicen?, preguntó uno de los marineros. Es el



hombre lo que les hace ser fieros, fieros a los lobos y fieros a los hombres, un lobo bien alimentado es tan bonachón como un hombre con la barriga llena.

Pero no hay que olvidar que son animales salvajes, viven de la caza, no hay animales que puedan atacarles a ellos excepto los grandes perros y el propio hombre.

Cazan en solitario pero casi siempre en grupo. Un solo lobo no podría enfrentarse a un jabalí, ni a un ciervo, ni a una vaca, ni a un caballo. Haciéndolo en manada reducen a presas muy superiores en tamaño con facilidad.

Un día cerca del anochecer me dirigía a la aldea y un lobo me seguía acercándose cada vez un poco más, me estudiaba con suma curiosidad. Las casas todavía quedaban muy alejadas y la noche caía encima, así que le arrojé un pedazo de pan lo olisqueó y después se lo comió, seguí caminando y el detrás acercándose cada vez más. No tenía más pan así que le arrojé un pedazo de queso, que se comió después de olisquearlo. Me siguió hasta la aldea a no más de veinte pasos de distancia de mí. Durante varios días me acompañó hasta la aldea pero caminaba a mi lado, yo le regalaba un buen trozo de pan y queso.

Pero no debe olvidarse que son animales salvajes.

CAPÍTULO X. EL GALEÓN



Los delfines saltaban a los costados del barco escoltándolo en su travesía. Un marinero con especiales dotes fonéticas imitaba sus sonidos, al poco tiempo empezaron a responderle. Los delfines con la cabeza fuera del agua decían cosas y el marinero apoyado en la barandilla otras, así se pasaban horas. Cuando alguno de ellos quería volver a hablar, se llamaban, unas veces eran los delfines, otras el marinero.

El marinero decía que los entendía y que a él lo entendían, insistió en que se comunicaba en su lenguaje. Nadie le creyó.

Un día se le ocurrió pedir a sus amigos que le trajeran unos peces y cual fue su sorpresa cuando aparecieron con ellos. Los marineros esta vez creyeron que de verdad hablaba con los delfines. Esto fue beneficioso, porque todos los días los delfines traían peces para la tripulación.

Vieron también ballenas con sus crías en viaje migratorio, sus cuerpos enormes impulsados con un poderoso movimiento de cola avanzaban por el mar placidamente, el agua que expulsaban al aire caía como la lluvia, animales tan grandes no eran agresivos ni comían peces, su boca abierta tragaba agua que contenía pequeños elementos orgánicos vivos. La naturaleza tiene sus motivos para hacer del animal más grande y de mayor peso de la tierra, un animal inofensivo que no se alimenta ni con la carne de otros peces.

Roberto veía todo esto, no dejando de asombrarse de los misterios que encierra la vida, porque la vida encierra muchos misterios y más para los jóvenes que la sienten en toda su plenitud pero no se explican nada de ella. Cuentan que una vez a un joven se

le apareció la muerte, llegaron a un extraño pacto, la muerte le avisaría con anterioridad el momento de venir a buscarlo. Pasaron los años, al hombre se le encaneció el cabello, después le cayeron los dientes, más tarde sufría ataques de reuma, finalmente caminaba ayudándose de un bastón. Un día vino la muerte para llevarlo consigo, el viejo exclamó asustado, ¡has roto el pacto, habías prometido que me avisarías cuando llegase el momento!. La muerte ofendida, respondió: acaso no tienes el cabello blanco, no te han caído los dientes, no necesitas un bastón para caminar ¿qué otros avisos querías?

A media tarde, desde el palo mayor el vigía anunció las velas de un barco, era un galeón que probablemente se dirigía del Perú a España. De seguro que vendría con oro y plata. El galeón estaría bien armado de cañones, su abordaje no sería nada fácil para un barco sólo y menor para el Halcón que era de bastante menos tamaño, aunque más rápido. El cañón de largo alcance podría ser disparado sin que los cañonazos del galeón les alcanzasen, pero ello traía el peligro de hundir el barco y el botín con él. Por otra parte, Roberto tenía la intención de apoderarse del barco, dividir sus hombres en ambos, enrolar más tripulación y ser dos barcos los que se dedicasen a la piratería.

Era necesario emplear una estratagema ¿pero cual?, cada vez que un barco divisaba a otro se ponían ambos en alerta, por otro lado había una ventaja, aquella no era zona de piratas y tal vez si fuese tomado por sorpresa habría alguna posibilidad, pero tampoco había islas donde refugiarse y salir inesperadamente.

Roberto planeaba atacar de noche. El posible botín compensaba el correr grandes riesgos. En la cubierta dos marineros practicaban la lucha con el palo, ambos se cubrían la cabeza con paja recubierta de lona que ataban por debajo del cuello como si fuese un casco.

Roberto al verlos asoció la idea y ordenó confeccionar gruesas ruedas de paja trenzada y cuerdas para atarlas a la barandilla colgándolos a babor y a estribor.

Decidió seguir rumbo dejando atrás el barco hasta casi perderlo de vista, se hizo de noche y no encendieron ningún farol. El galeón encendió luces haciéndose visible

desde muy lejos. Roberto ordenó girar en redondo, la noche era clara pero no había luna, no sería descubierto hasta que estuviese mismo sobre él.

Pasaron las horas, el capitán del galeón sintiéndose fuera de peligro, dejó en vigilancia los servicios acostumbrados, mientras la tripulación y los pasajeros dormían.

En el Halcón todo estaba preparado, las armas, los pasillos de abordaje y el plan de ataque ensayado repetidas veces.

Como una sombra se acercaron por la popa del galeón, el timonel lo ciñó ligeramente a su costado cuyo choque aunque débil fue amortiguado por los círculos de paja, inmediatamente colocaron los pasillos, los marineros con Roberto al frente pasaron al galeón, cuatro hombres corrieron al puente para hacerse dueños del navío inmovilizando al timonel, otros a la proa, la tripulación que estaba en la cubierta cogida por sorpresa fue incapaz de reaccionar. Veinte hombres armados descendieron a los camarotes cogiendo el pleno sueño a todo ser viviente que no dándose cuenta de lo ocurrido no opuso resistencia alguna. En pocos minutos se habían hecho dueños de un galón español, presa codiciadísima de todo pirata.

Fue llevada a cubierta toda la tripulación, ataron manos y pies de unos hombres a otros, sin excepción, tripulación, viajeros, oficiales y capitán. Varios hombres armados los custodiaban.

El barco transportaba oro y plata en sus bodegas en tal cantidad que todos comprendieron que se había acabado la piratería. Aquello era más que un tesoro, era más que una fortuna. El oro y la plata en lingotes llevaban el sello real español, a ellos iba dirigido, a engrosar su tesoro nacional extraído de las minas del Perú.

La noticia se extendió rápidamente y por turnos fueron a verlo con sus propios ojos y tocarlo por no dar crédito de ellos.

La buena suerte les acompañaba, nunca pensaron hacerse con tanta riqueza con tanta facilidad y en tan poco tiempo, en toda la historia, escasísimos piratas había hecho un botín semejante.

Lo extraño era que el galeón aunque bien armado, con treinta cañones y con una carga de tanto valor en sus bodegas no fuese escoltado por algún barco de guerra o navegar en compañía de otros navíos para hacerse fuertes en caso de ser atacados.

Todo este oro y plata, así como el de otros barcos transportados durante muchos años, eran extraídos de minas donde la enfermedad, el dolor, la esclavitud y la muerte, iban unidas al precioso metal.

La representación de la belleza y del símbolo de poder de estos metales, que las señoras con ostentación llevaban en su cuello y manos y que los hombres también llevaban con orgullo sobre sí, presumiendo todos ellos del padecimiento de niños y jóvenes indios que trabajaban hasta el agotamiento, hasta que sus cuerpos inservibles eran enterrados como el metal que antes habían extraído.

De esto presumía la nobleza y comerciantes de aquel tiempo, y de esto mismo hoy por igual se presume. El dolor y el padecimiento ajeno produce placer, placer que debe ser intenso y razón de existencia en algunas personas, cuando sus actos no se orientan hacia la mejoría de sus semejantes.

El oro en nuestra sociedad es el metal de la avaricia, y si la persona avariciosa huele mal, el olor que el oro desprende es todavía peor. Pocas personas se han detenido a oler el oro, el resplandor ha centrado toda su atención en la vista. Sin embargo su olor es nauseabundo, hagan la prueba los olfatos sensibles, penetren en el interior del alma de este metal, y no volverán a querer permanecer cerca de él jamás.

Los países conquistados por las naciones Europeas, eran tomados como lugares de explotación al igual que se servían de todos sus recursos sus riquezas extraídas no se invirtieron en industrias ni en mejoras en los países de donde se extraían, llamándoles colonias. Tampoco se invirtieron en este caso en España, porque si aún fuese así, algo mejoraría la penuria de su población. Dedicaban este oro a financiar las guerras llamadas de religión contra los protestantes en los países bajos. Otra parte financiaban los neuróticos caprichos de la aristocracia y de la realeza y, en fiestas, en jardines, palacios y construcciones que hoy llamamos arte. Pero que no es otra cosa que arte del capricho, y arte proveniente de la miseria ajena, para deleite de unos pocos.

Por eso digo, que el dolor y padecimiento ajeno, produce a algunas personas placer, sumo placer.

Después de esta pequeña digresión, volvemos al hilo de nuestra historia.

Roberto se dio perfectamente cuenta que tenían dinero suficiente para realizar varias veces su proyecto de vida ideal, continuar de piratas no tenía ya sentido alguno, quedaba tan sólo llevarlo a cabo.

Lo que restaba de la noche, apenas dos horas, se hicieron las más largas de sus vidas, querían la luz, ver el día, la noche era como si se negase a partir.

El día vino al fin, la excitación era general para los marineros del Halcón, mientras el terror y el miedo invadían a los tripulantes del galeón apresado. Temían que les diesen muerte, su temor no sería infundado de ser piratas normales, pero aquellos hombres aunque piratas, no eran piratas normales. Con el día comprobaron que había seis mujeres entre la tripulación, una era la mujer de un ex-gobernador con dos hijas suyas, las tres restantes sus criadas y doncellas. Había también diez soldados y un oficial encargados de la custodia del cargamento real, el resto de la tripulación marineros, exceptuando capitán y oficiales. El ex-gobernador temiendo la afrenta de sus hijas ofreció dinero que enviaría de España para su rescate. Roberto le preguntó irónicamente por las otras tres mujeres. No son de mi familia ni de mi posición social, respondió secamente el ex-gobernador. Sonrió Roberto, dejándolo sin contestación alguna. Un marinero del galeón, muchacho de igual edad que Roberto, en voz alta para que lo oyesen, dijo: "una de esas mujeres tiene familia señor, es mi novia, estoy dispuesto a lo que sea para que no sea molestada, dar mi vida si es preciso". Mandó Roberto que los atasen juntos por una sola mano, dejándoles los dos pies y una mano libres y les guiñó un ojo de complicidad indicándoles que nada malo iba a suceder.

¿Qué se hacía con todas aquellas personas? De dejarles en el mar era segura su muerte, no había más alternativa que dejarles en tierra, en algún lugar. ¿Y la tripulación?, Roberto necesitaba hombres para manejar el galeón, si algunos de aquellos quisieran enrollarse sería la solución. Propuso a su tripulación que invitasen a los marineros a participar en el proyecto. Acordaron que se hiciese en grupos de dos, los

marineros fueron llevados al Halcón donde se les explicó lo que pretendían, si rechazaban la oferta quedarían en libertad con el resto de los tripulantes en la primera isla habitada que encontrasen. Entre los marineros había un indio inca, cuando escuchó las palabras de Roberto sobre lo que pretendían, se alegró diciendo: cuentan mis mayores que así era la vida en Cuzco y en todo el territorio inca antes de la llegada de los españoles. Roberto tomó interés por las palabras del indio, diciéndole que tenía gran necesidad de que le hablase con detalle de su pueblo.

Veintiséis de los casi sesenta marineros dijeron que no deseaban ir, los soldados enterados por los marineros hicieron saber a Roberto que ellos estaban hartos de la milicia, que habían sido obligados a salir de sus casas y a abandonar su tierra, que si los aceptaban irían con ellos hasta el final allí donde fueran.

El joven marinero enamorado dudó pero fue su novia, que aún no era tal como después se aclaró, quien dijo que irían siempre y cuando nada tuviese que temer de la tripulación. El joven añadió: yo voy a donde ella vaya. Se conocieron en el barco y su relación no pasó de miradas, ni siquiera se habían cruzado palabras de saludo, pero el amor había inflamado el corazón del muchacho con tanta intensidad que no dudó en ofrecer su vida por la de una joven que no sabía si le correspondería en sus sentimientos, y es que la juventud es así, impulsiva, desprendida hasta con su vida cuando de amor se trata, así debiera ser siempre pero tristemente no lo es, con los años otras preocupaciones ocupan su lugar y cuando el joven se hace hombre, por amor no se desprende de nada o al menos de casi nada.

CAPÍTULO XI. PIRATAS CONTRA PIRATAS

Navegaron con viento a favor, las tripulaciones habían sido distribuidas, la mitad en el Halcón, la otra mitad en el galeón, como también dividió su carga, medida adoptada previendo un posible cambio de parecer entre la nueva marinería. Roberto seleccionó los mejores de sus hombres para el Halcón entre los que se encontraba Abdul, el cocinero y el piloto que tenía la nave a su cargo como marinero de experiencia y entendido en cosas de mar.



La misión del Halcón consistía desde este momento en dar escolta al galeón; el Halcón debía proteger el precioso cargamento, y proteger a su vez el del galeón de él dependía el que pudiesen abandonar la piratería definitivamente.

Varios cañones del galeón fueron instalados estratégicamente en el Halcón. Roberto dotó ambos juegos de artillería suficiente hasta convertirlos en unos barcos de ataque, siendo el Halcón de más fácil maniobrabilidad y rapidez en sus desplazamientos. El galeón por su estructura y peso aunque bien armado sería a lo sumo un barco defensivo o de apoyatura. El galeón quedó con algunos cañones menos no disminuyendo por ese motivo su capacidad defensiva. El cañón de largo alcance proporcionaba una superioridad artillera sobre cualquier otra embarcación, con este cañón podía hacer blanco sobre un oponente permaneciendo al mismo tiempo fuera de su distancia de tiro. Fue una suerte que este cañón estuviese entre el cargamento, como igualmente lo fue la abundante pólvora, munición y armas. A veces la casualidad se muestra generosa ofreciendo a los individuos todo aquello que necesitan, otras, por el contrario, nada les ofrece, escatimándoles en ocasiones hasta la esperanza. La casualidad o la fortuna, como

también suele llamársele, parecen ser antojadizas y comportarse caprichosamente, una reflexión profunda sobre ellas, hace cambiar de opinión a quien la haga. Todo está enmarcado en el gran camino de la vida, en el dinámico movimiento de la existencia, en el acontecer inmutable pero continuamente cambiante del universo. Un día da y otro quita, allí deshace y aquí construye, es una ley de equilibrio misterioso con normas de antemano prefijadas que tiende hacia un fin armónico.

Esta misma casualidad proporcionó los instrumentos para la vida de piratería, esta misma casualidad proporcionó un cambio en sus vidas, esta misma casualidad con el extraño fenómeno luminoso de las Bahamas proporcionó el cambio de sus mentes y sentimientos, la misma casualidad que pone en sus manos la liberación de los esclavos de un barco negrero, esta misma casualidad puede proporcionarles la ruina y la muerte con la misma facilidad que le ha proporcionado bienaventuranza y riqueza. Pero qué motivo tendría ésta para tal cosa, el capricho no es su comportamiento, hay causas que hacen distanciarles de ella, hay intenciones que hace que se aleje con su buena estrella o más aún, que ponga impedimentos insalvables. Tan falta se encuentra la vida de protección, tan falta se encuentra el hombre de ayuda, que a quien protege y ayuda, la ley cósmica universal ayuda por medio de la casualidad, que es capaz de detener lo que imparable parecía, o capaz de poner en movimiento la más absoluta de las quietudes. Su poder es total, drástico, se haya investida de todo poder, es la ejecutora de una acción que ella misma ejecutándola obedece. La casualidad los ha protegido, ¿Por cuánto tiempo? Esta respuesta solamente está en ellos pero ellos no lo saben.

Se dirigían al Caribe para desembarcar en una de las islas a los viajeros del galeón. El Halcón lo escoltaba a poca distancia detrás, éste más pesado tanto por las proporciones como por su carga se desplazaba lentamente, aunque sus numerosas velas y la habilidad del piloto poco retenían la velocidad del Halcón.

Los viajeros repartidos en ambos barcos, vigilados e instalados en dos camarotes con frecuentes permanencias y salidas a cubierta, eran respetuosamente tratados pero también era una carga humana que no dejaba de llevar consigo un posible peligro de

sublevación. Nada hacían con ellos aquellas gentes a los que nada les unía y ningún ideal con ellos tenían en común.

Cierto día de navegación, a últimas horas de la tarde, el vigía anunció barco a la vista y luego dos barcos más, su rumbo, en principio distinto, fue variado al divisar al galeón y al Halcón, comenzando una sorda y lenta persecución.

Roberto puso su barco a la altura del galeón comunicándose con el piloto, las banderas que ondeaban en lo alto de los mástiles de aquellos barcos eran inconfundibles aún en la lejanía, su color negro y calavera con tibias cruzadas indicaban quienes eran. Tres barcos piratas con piratas a bordo con las intenciones bien claras de atacarlos, conseguir el botín que pudiesen y hundir los barcos sin importarles la tripulación. Procedían del Caribe, zona en la que habitualmente se movían haciendo incursiones hacia el sur para interceptar las embarcaciones no sólo de la zona caribeña sino también de las que procedían del Perú y Chile, que del Pacífico atravesaban el estrecho de Magallanes o el cabo de Hornos en el límite sur del continente americano. Interceptarían si tuviesen ocasión, los barcos que partiendo de Argentina, Uruguay y Brasil tenían su rumbo a través del Atlántico hacia España y Portugal.

El día comenzaba a ocultar su rostro, la oscuridad les protegería momentáneamente, mientras tanto los buscarían y los perseguirían constantemente.

Tres barcos bien armados, tripulados por marineros conocedores de todas las tretas y trucos de abordaje, eran enemigos peligrosos, tanto por su número de barcos como en número de hombres.

Roberto marcó su rumbo a partir de ahora hacia Europa, encendiendo todas las luces cuando hubiese oscuridad total. En determinado momento el galeón debía apagar toda luz y torcer el rumbo en 35 grados, el Halcón por ser más rápido, intentaría despistarlos manteniéndose a la vista con una sola luz de popa, para que los siguiesen a ellos; el galeón podría de esta forma ponerse fuera de peligro.

Pareció bien al piloto y a la tripulación la maniobra, aún sabiendo que los tres barcos se abrirían en abanico no abandonando la persecución tan fácilmente.

El plan fue llevado metódicamente. El galeón varió su rumbo alejándose en la oscuridad como una sombra, mientras el Halcón mantenía el suyo. Toda la tripulación de ambos barcos se encontraba en estado de alerta con las armas preparadas para un ataque por sorpresa. No debía hacerse ruido, no debía encenderse luz alguna, se prohibió fumar en cubierta, hablar lo indispensable en susurro y a ser posible no hacerlo, todas las medidas que se tomaran serían pocas, el cargamento peligraba y las vidas también.

Muy avanzada la noche, Roberto ordenó las mismas medidas previsoras del galeón, silencio y oscuridad total con todo dispuesto para el ataque, orientó su barco en el rumbo del galeón. Abandonado en el mar un bote con una luz de farol colgada de un palo para que sirviese de señuelo, intentando con esta treta confundirles todavía más.

La tensión se acumulaba en ellos, cualquiera de los dos barcos descubiertos por separado no tendría posibilidad alguna de salir victorioso, juntos podrían realizar una resistencia eficaz y si la suerte los ayudaba, salir airoso del trance. La noche les pareció más corta que las habituales porque los ocultaba con su negro manto.

El tiempo se puso a su favor, negras nubes cubrían el firmamento ocultando la luna que con su brillantez suave podía delatarlos, además amenazaba tormenta. El galeón y el Halcón con todas las velas desplegadas intentaban salir del radio de acción de sus perseguidores, de no lograrlo esta noche no lo conseguirían nunca.

Los corsarios perseguidores siguieron la luz del barco de Roberto, después se aprestaron para un posible combate cercando el bote con un amplio círculo esperando la llegada del día para iniciar la batalla. Su sorpresa no tuvo nombre al hallarse ante un bote vacío alumbrado por un farol. Su capitán estaba furioso, de un humor insostenible, no sabía que dirección tomar, les llevaban varias horas de ventaja y con rumbo desconocido. Localizarse en el océano era más difícil empresa que localizar una aguja en un pajar. Más calmado el capitán y pasados los primeros momentos, desistiendo en una inútil búsqueda, admiró la destreza y astuta habilidad de quien fuera quien fuese su capitán oponente. Abandonó la persecución y ordenó un rumbo rutinario con el propósito de localizar algún otro barco en rutas habituales.

Ese mismo día se encontraron los dos barcos en el punto acordado, Roberto fue recibido por la tripulación del galeón con gritos de orgullo y contento. Los viajeros y el que fuera capitán del galeón no dejaron de admirar la maniobra de un consumado marinero en un muchacho tan joven, comprendiendo que aquellos hombres eran piratas pero de otro estilo, ellos recibían buen trato, las mujeres no fueron molestadas, este no era comportamiento de piratas. La curiosidad les hizo preguntar por aquellos hombres, por su pasado y por sus vidas, un silencio sepulcral se hacía ante esta pregunta, el cocinero respondió una vez "preguntárselo al viento".

En una de las numerosas islas caribeñas se abastecieron de agua y víveres, descansaron 10 días, ocultaron los barcos en una bahía, escoraron los barcos y los carenaron. Pusieron las embarcaciones a punto limpiando el casco de moluscos adheridos, repusieron las tablas afectadas por gusanos y cortaron árboles para la construcción de un bote en sustitución del perdido.

El indio inca, marinero en el galeón y ahora pirata como todos sus compañeros, contó la historia de su pueblo y como vivían según a él se lo habían contado sus padres, y a ellos los suyos y así sucesivamente. Cuando contó costumbres y la forma de vida que su pueblo tenía antes de la conquista de los españoles, la tripulación quedó admirada de lo sabiamente organizada que estaba su sociedad, aquella descripción les pareció ser el paraíso. Todos los días le hacían repetir la historia bien en grupos bien individualmente, historia que el indio contaba pacientemente con la seriedad que caracteriza al indio cuando habla y mucho más cuando habla nostálgicamente del pasado glorioso y brillante de su pueblo, que ahora estaba prácticamente desaparecido.

A las preguntas pormenorizadas y que desconocía, respondía "eso no me lo contaron".

CAPÍTULO XII. UN MODELO DE PARTIDA-HISTORIA DEL INCA

No hace muchos años, mis antepasados ocupaban todo el Perú y aún más territorios, Cuzco era la capital del reino donde residía el rey inca, hijo del Sol y de la Luna.



El interior de su palacio estaba recubierto con oro y plata, porque para nosotros el oro es el símbolo del Sol y la plata de la Luna. Cuzco era una ciudad grande y muy poblada con calles y grandes plazas para el mercado, había arrabales en los que habitaban gentes de la misma provincia o de los distintos pueblos que componían el Reino. Teníamos

leyes, pocas pero muy rigurosas, se penaba con gran rigor herir o dar muerte a un semejante, el robo era gran vergüenza como lo era la embriaguez y la pereza, estas últimas cosas rara vez sucedían, al contrario de ahora que la bebida, el robo y la pereza es la costumbre mas extendida y a veces acompañada del asesinato. Teníamos de todo porque los encargados de la administración del reino vigilaban y estructuraban todo con meticulosidad, nunca padecimos hambre, al contrario, siempre hubo abundancia de comida. Cada persona tenía derecho a un espacio de tierra suficiente para su manutención y para dar una pequeña parte del producto al gobierno, otra al templo y otra para viudas, huérfanos de soldados y ancianos.

Cuando se recogía la cosecha, primero se separaba la parte que les pertenecía, después la de necesitados y huérfanos, después la del templo, finalmente si sobraba la del Rey. Se atendían y cosechaban colectivamente tierras reales que eran siempre las últimas labores por realizar, estas funciones se hacían con gran fiesta, alegría y canciones. Si algún año la cosecha no era lo suficientemente abundante para cubrir las

necesidades de la población, se retiraba lo necesario de la parte del rey y de la parte del templo, llevándose el producto de unas provincias a otras.

El ejército era disciplinado, cada veinte kilómetros existía un edificio-depósito en el que había armas, vestimenta y vituallas para todo un ejército, de forma que no hubiese que molestar a la población para nada; si algún soldado cogía algo a un civil era castigado con gran severidad aunque peor que el castigo era la vergüenza sufrida.

Los sacerdotes eran gentes sabias, conocedoras de la matemática, conocían el movimiento de los astros, el calendario, predecían los eclipses, tormentas, el buen o mal tiempo y el exacto momento de la siembra de cada producto. Estaban los sacerdotes encargados del culto y las ceremonias religiosas, ofreciendo al Dios Sol en las ceremonias especiales un cordero en sacrificio sin mancha alguna en su lana. Eran grandes adivinadores, sabiendo leer en las entrañas del animal el pronóstico del futuro y de si sucederían cosas buenas o malas.

Tenían a su cargo los templos dedicados al Sol. El templo era el palacio en el que el Sol habitaba en la tierra, su interior estaba recubierto totalmente con planchas de oro, incluyendo paredes, techo, vigas y puertas, otras salas estaban recubiertas de plata, estas eran dedicadas a la Luna. Sus jardines tenían toda la naturaleza imitada en oro, remedando en un asombroso parecido árboles, plantas, flores, hierbas y todos los animales conocidos, incluyendo los insectos. Otros jardines eran iguales pero su imitación estaba hecha en plata. En cada provincia del reino había templos iguales, los conquistadores a su llegada a Cuzco robaron este oro, pero no el de otros lugares que fue desprendido y ocultado sin que nadie sepa ahora nada de ellos por mucho que lo intentaran averiguar los españoles.

Nos extrañó que los conquistadores diesen tanta importancia al oro buscándolo con codicia, nosotros no le dábamos valor alguno más que el respecto por representar al Sol nuestro Dios y al rey su hijo, que tampoco lo necesitaba excepto para la decoración y para el empleo en vasos y fuentes en que comía por ser hijo del Sol. Nunca exigió el rey oro, el pueblo lo daba al templo y al rey como regalo. Se extraía de las ricas minas del Perú, pero se trabajaba en ellas poco tiempo, los días de fiesta y unas pocas horas.

Los españoles obligaron a mi pueblo a trabajar día y noche en las minas hasta producirnos la muerte extrayendo aquél metal que para nosotros era un símbolo y nada más.

No conocíamos el caballo, este animal existió en la antigüedad, nos lo mostraron las piedras dibujadas, en ellas hay reproducciones de caballos. No utilizábamos carros ni transportes con ruedas, al no haber animales de tiro no se necesitaban, por otra parte el accidentado terreno no es bueno para el carro. Sin embargo teníamos grandes manadas de llamas, animal adaptado a caminar por terrenos difíciles y montañosos, largas caravanas de llamas trasladaban las cargas de un lugar a otro, la menor de las caravanas no baja de componerse de seiscientos animales. La llama por su naturaleza no permitía demasiada carga, todo lo más que transportaba era de cuarenta a cincuenta kilos de peso, si llevaba más podía tirarse al suelo y no volvía a levantarse aunque le quitasen toda la carga.

La llama proporcionaba lana para nuestros tejidos, carne para la comida y estiércol para abonar las tierras. Ahora el número de estos animales se encuentra muy reducido, siendo uno de los motivos el que los conquistadores empezaron a comer sesos de llama, matando a miles de animales solamente para cocinar su cerebro dejando pudrir su carne.

Teníamos carreteras perfectamente empedradas. Cerca de la costa para que no la invadiesen la arena de las dunas, se plantaban árboles a lo largo de su recorrido, estas plantaciones eran de muchos kilómetros quedando la arena retenida en ellos formando dunas y montículos.

Los mensajes se realizaban a pié, había mensajeros entrenados en la carrera y con desarrollada memoria para transportar mensajes cuyos puestos de relevos se situaban cada cuatro kilómetros, donde otro mensajero tomaba el mensaje de viva voz o por medio de unos cordones de diferentes colores y con nudos de diferentes tamaños. Un mensaje llegaba de un extremo a otro del reino en pocos días.

La escritura era desconocida, de ahí que la historia y costumbres de nuestro pueblo se transmitiesen de padres a hijos, repetida multitud de veces hasta que fuese grabada en la memoria.

Cuando una familia tenía un hijo, se le daba una parcela de tierra igual a la que a ellos se le había donado, así con cada hijo que tuviese, para que nunca le faltase alimento, de igual modo sucedía aunque fuesen hijas. Cuando el hijo se casaba, la parcela de tierra le pertenecía como dote para el sustento de su nueva familia, si el hijo moría su tierra era devuelta, si la hija se casaba su tierra era también devuelta, ya que su marido aportaba su parcela de tierra suficiente para el sustento de ambos.

Teníamos inspectores que podían entrar en las casas para ver si estaban bien cuidadas y aseadas, si sus campos eran bien trabajados, si no lo estaban se les imponía a los descuidados algún castigo vergonzoso, tal como en día señalado, en la plaza, mostrarlos como perezosos. Si incurrían por segunda vez, podían llegar a condenarlos a unos latigazos, porque la casa se construía con materiales gratuitos, debiendo por este motivo ser cuidada, aseada y reparada. Lo mismo ocurría si los niños no estaban bien limpios, bien vestidos o eran mal tratados. Debo decir que rara vez algún habitante del reino sufrió tales castigos, porque entre las mayores vergüenzas estaba el que les considerasen perezosos y abandonados, esforzándose todos en ser lo más diligentes y activos.

Las leyes eran sabias y no muchas, se castigaban con dureza el adulterio y con pena de muerte el asesinato si éste no tenía causas o motivos que justificasen su acto. Una ley prohibía a la mujer casarse antes de los dieciocho años y al hombre antes de los veinte, se pensaba que antes de esta edad no sabían organizar ni llevar adelante una casa.

Podría decirse que todo era común y que al mismo tiempo cada uno tenía lo suyo propio para que sus necesidades estuviesen largamente cubiertas.

La fiesta principal era la del Sol que se celebraba con gran ceremonia y fasto. Acudían a la capital los principales personajes y gobernadores de todas las provincias, así como multitud de gentes de los más apartados rincones del reino.

No hubo sublevaciones ni guerras internas, excepto la que sucedió poco antes de la llegada de los conquistadores. El rey tenía el hijo heredero, pero sentía gran afecto por otro de sus hijos y dejó parte de su reino para entregárselo.

A su muerte, este hijo invadió el territorio del legítimo heredero, coincidiendo en este momento la llegada de los conquistadores españoles que encontraron las tropas y el pueblo dividido en dos bandos. Los españoles se aliaron con uno de los hermanos, utilizaron astutamente para sus propósitos conquistadores a sus soldados y en poco tiempo, ayudados por sus armas de fuego, cañones y caballos, cosas que nunca habíamos conocido conquistaron y destruyeron el reino.

Una antigua leyenda nuestra, vaticinaba que en época de éste nuestro último rey, llegarían hombres del mar, de color blanco, barbudos y relucientes al Sol, que conquistarían el territorio. Era un antiguo augurio, el hombre blanco llegó en naves del mar, sus caras estaban ocultas por largas barbas y sus cascos y armaduras relucían al Sol.

CAPÍTULO XIII. EL AZAR

La hija mayor del exgobernador conversaba con Roberto durante esas horas de inactividad que en la vida del mar se tiene. El corazón de Roberto latía con más fuerza de lo habitual y su mente tendía a irse en pensamientos lejanos. El capitán buscaba



encontrarla y ella como joven que era, no rehuía ocasión alguna. Roberto comenzaba a enamorarse o a tener un sentimiento que le era extraño y que nunca había sentido.

Ella lo notaba, le hacía gracia, le divertía, y como mujer, su orgullo se elevaba.

Era ella de facciones bonitas, su voz era agradable, y su carácter alegre. Como mujer se sentía

halagada, pero veía en Roberto alguien que era poco para ella, que no llegaba a su posición ni condición social, aún teniéndole, eso sí, el atractivo del proscrito de vida aventurera y que además la embelesaba con sus palabras, con su conversación y con sus atenciones indirectas. Poseía la muchacha la experiencia y el arte de la seducción que en su ambiente se estilaba, en el se criaban y en el se educaban teniendo como objetivo la adquisición de lo que los padres llamaban buen partido o buena familia, sin tener en cuenta ni pensar jamar en la felicidad de sus hijos, en fin mientras ella coqueteaba Roberto se enamoraba.

Pero hasta los secretos mejor guardados tienen espías y los secretos del corazón cuanto más se ocultan mas a la luz salen. Al cocinero no se le había escapado nada de lo que al capitán le sucedía, observaba sus movimientos y sonrisas con la hija del exgobernador. Una tarde que estaban ambos en tierra, el cocinero el pregunto de improviso -¿Enamorado de la tonta de los ricitos?.

Sintió Roberto esas palabras como clavos ardientes en su cuerpo, no supo que contestar ni podía articular palabra alguna.

El cocinero también permanecía en silencio, con el rostro serio y la mirada aguda del que conoce el desenlace final pero que no obstante desea asegurarlo personalmente.

Roberto una vez repuesto y descubierta ya la atracción que por la muchacha sentía, abrió su alma contando sus penas de enamorado, las noches interminables sin poder dormir a causa de ensoñaciones, de los deseos de abrazarla, de tenerla en sus brazos, de acariciar sus cabellos y de sentir el frescor de sus labios en los suyos. Habló y habló durante largo tiempo descargando su mente de todo lo que en ella estaba dormido sin poder salir. El cocinero escuchaba atento, no pronunciaba palabra alguna, oía, observaba y callaba, Roberto seguía hablando moviendo la cabeza y las manos con la pasión que los jóvenes expresan los asuntos del corazón.

Joven también el cocinero, con algunos años más que Roberto, pero con la experiencia que enseña la aislada soledad de las montañas en las que el viento, el sol, la lluvia, el frío, los ruidos del bosque y los animales, el ladrido de los perros y el aullido del lobo son la única compañía, la nada se podría decir para algunos y el todo para los que entienden, porque para esos pocos que conocen el sonido del viento y escuchan hablar del bosque, entienden la naturaleza, la sienten haciéndose una con ella, y poco a poco lentamente llegan al fondo de sí mismo.

Sí, acabo diciendo Roberto, estoy enamorado. Mientras meditaba sobre su propia afirmación.

Después de haberte escuchado, sino te he comprendido mal, -comenzó diciendo el cocinero a modo de preámbulo- esta muchacha te atrae irresistiblemente.

Sí, eso mismo, me atrae irresistiblemente. Es la mejor definición, exclamó.

Te atraen sus bonitos ojos, sus bonitos rizos, sus labios que deseas besar y te mueres por estrechar su cintura entre tus brazos ¿no es eso?, preguntó.

Eso mismo, respondió poniendo cara de ensueño.

No sería mucho mejor, continuaba el cocinero, que acariciases sus hombros, que sintieses la turgencia de sus pechos, que tu cuerpo desnudo sintiese la suavidad de su piel y que sus muslos te acogiesen, como esta bahía acoge a nuestros barcos.

¡Oh, sería la mayor felicidad! exclamó Roberto, fuera de sí, y sin saber a donde quería llegar el cocinero. Lo tienes fácil amigo mío, da un paseo por tierra con ella, pasea por la playa, apenas vencida la resistencia de su alma, que no necesitarás mucho esfuerzo, caeréis uno en brazos del otro.

¿Así de fácil lo crees? Preguntó asombrado Roberto.

¿Porque lo que parece inalcanzable para el enamorado, no lo parece ni lo es para el que no lo está?

Así lo creo, y mi parecer es que deberías hacerlo hoy mismo, sin demora, aunque sospecho que la tontería hipócrita de la pequeña noble traspasó su condición social contagiándola a nuestro capitán, de humilde condición, haciéndole confundir a la yegua por asno, y a una mujer por una caricatura de ella.

¿Como? ¡Que me estas diciendo! Exclamó.

Ni más ni menos que lo que escuchas. Proseguía impasible el cocinero. ¿Cuántas mujeres hay, si exceptuamos a las dos que ya tienen elección echa? Responde.

Solamente ella, pero...

Le interrumpió el cocinero sin dejarle finalizar la frase.

Como solo hay una no puedes comparar, y es la más hermosa y la más atractiva, por exclusión. Si añadimos a todo esto, que es la primera vez que te enamoras según me has dicho. En estos momentos me encuentro ante el bobo perfecto que compra lo primero que se le ofrece.

Roberto estaba confuso y azorado, su mente se agitaba en mil direcciones contrapuestas sin orden alguno.

No es todo así como lo describes, balbuceó sin convicción alguna.

Claro que no es todo así, es más todavía. Ella se divierte contigo y de ti lo sabe todo y tú sufres por ella y de ella nada sabes.

¿Crees que nos acompañará?. Ni lo sueñes. Y si lo hiciese no sería más que un manantial de problemas y conflictos. En ti no ve más que lo atractivo de lo novedoso y de lo que está fuera de la ley. Ve tu en ella lo mismo y solázate con ella, al igual que ella desea hacerlo contigo.

Es un alma tan pura, respondió pensativo.

Una carcajada partió del cocinero mientras echaba las manos a la cabeza -alma pura es la tuya y el cuerpo también-, ella ni una cosa ni la otra, su mundo es la hipocresía, la mentira, el engaño, la falta de moral y en eso se educan y son consumadas maestras.

He observado las vacas, ovejas, caballos y animales de las montañas, he observado después a las personas en pueblos, en mercados y en las ciudades, todos se mueven igual en lo tocante a algunas preocupaciones. Lo dicho amigo mío, sentenció el cocinero, disponiéndose a irse, ya va siendo hora de afirmarte como varón, ella te desea y te espera como hombre, pero para nada más, ten esto presente, para nada más. Y se alejó, dejándolo sumido en un mar de confusión, dudas y miedos intensos.

Las palabras del cocinero desbarataron todos sus pensamientos anteriores, le mostraban un camino nuevo e impensable. Su mirada quedó fija en el mar y poco a poco su mente fue meciéndose al ritmo de las olas, y arrullado por ellas permaneció ensimismado perdiendo la noción del tiempo.

El cocinero llamó a la hija del exgobernador, para poder hablar a solas con ella. Te gusta el capitán, le dijo tuteándola, ¿a mí?, respondió ella -añadiendo- con que derecho me tuteas.

Con el derecho de ser pirata para el que tu cuello no tiene más importancia que una botella de vino vacía ¿Con que derecho me tuteas tu a mí, pajarillo enjaulado?.

Bajo ella los ojos sintiendo un temor indefinible ante aquel hombre fiero que no dudaría en quitarle la vida allí mismo, además nadie se atrevería a impedirlo, solamente Roberto, tal vez, y allí Roberto no estaba.

Os he observado, continuó el cocinero, y te he observado, volveré a hacerte la pregunta, te gusta el capitán.

Con los ojos bajos, no atreviéndose a levantar la mirada ante aquel hombre terrible. Respondió con voz muy baja, como en una confesión, me gusta.

El rostro serio del cocinero, sus ojos fijos en la muchacha, el tono de su voz grave y calculada, hacía que sus palabras cayesen lentamente como golpes de mazo. Ambos os atraéis, continuó diciendo, sois jóvenes, disfrutar de vuestros cuerpos y del amor que para eso está, yo sé que el capitán es para ti algo pasajero, pues como algo pasajero disfrútalo. Pero como sigas jugando y burlándote de sus sentimientos....

En este punto cogió el cuchillo que llevaba a la cintura, y lanzándolo se clavó a los pies de la muchacha que de la sorpresa solamente pudo levantar su cabeza con el rostro aterrorizados.

Escúchame bien lo que voy a decirte.

Por el capitán estáis con vida, si por mí fuera estabais muertos hace ya tiempo. Si él me diera la orden de arrojarme a los tiburones lo haría al instante, arrancó el cuchillo de las tablas del suelo, añadiendo -juega con sus sentimientos yo jugaré con tu cuello. Sin decir nada más se alejó lentamente.

La infeliz muerta de miedo casi no podía respirar, se ahogaba, en ese momento vio a Roberto que se acercaba, el aire comenzó a penetrar en sus pulmones y la vida que parecía suspendida cobró de nuevo impulso, hacia ella veía venir la tranquilidad, la paz y única diversión que tenía en el cautiverio, pero que ahora lo tomaba como el salvador de su vida ante el más fiero de los hombres.

Por su parte el cocinero, con cara resplandeciente y con una sonrisa de oreja a oreja se iba diciendo. Me parezco al mayor de los sinvergüenzas, mi poder de convencimiento por el miedo y el terror es comparable al de un ministro, un príncipe, al de un juez, al de un inquisidor. Claro está que entre parecerlo y serlo de verdad hay una buena diferencia, nunca podría llegar a ser un auténtico sinvergüenza sin entrañas. Adiós a llegar a convertirme en ministro, príncipe, juez o inquisidor.

Todo debió suceder como el cocinero había previsto, porque días más tarde Roberto volvía a tener el carácter alegre y su rostro sonriente, volvía a ser el

acostumbrado, ella se había puesto más atractiva y bonita o al menos eso le pareció al cocinero que la observó varias veces sin que ella se percatase.

Veinte días después, reparadas y abastecidas las embarcaciones abandonaron la bahía, dejando en la isla a los viajeros. Los soldados pidieron a Roberto que les permitiese acompañarlos, no se negó Roberto a que estos hombres se uniesen a la tripulación ya que esta era su voluntad. En el último momento de zarpar, las dos criadas que simpatizaron con dos marineros se embarcaron también, con gran sorpresa del gobernador y de sus hijas.

Los barcos salieron a mar abierto poniendo rumbo a Portugal. En asamblea habían decidido realizar sus proyectos en el noroeste de España, en Galicia, lugar de nacimiento del cocinero, este había pintado con tales colores su tierra que a todos contagió su entusiasmo. El primer paso previsto estaba en arribar a la costa portuguesa o gallega, varios hombres se desplazarían a la zona del cocinero, comprarían aquellas tierras y volverían a encontrarse en un lugar costero fijado de antemano, esperando allí la llegada de uno de los barcos.

Si esas tierras no quisieran ser vendidas deberían buscar otras de características similares, tan buenas o mejores que las anteriores por la misma zona. De no lograrlo buscarían en el norte de España, en Asturias o Vascongadas. La posibilidad de buscarlas en Portugal no pareció acertada, debido a las sospechas que podían levantar el que se hablase un idioma distinto, fijando sobre ellos la atención de las guardias portuguesas.

Durante ese tiempo, ambos barcos se alejarían poniendo rumbo sus proas hacia los lugares en que se encontraban las mujeres e hijos de los marineros casados, así como los que tenían enamoradas muchachas que los esperaban para traerlas con ellos, siempre que por voluntad quisieran hacerlo. La labor era mucho más fácil de lo que en principio se esperaba, la mayor parte de los marineros no estaban casados, otros no tenían inclinación amorosa por alguna muchacha en especial, varios casos hubo de marineros que fueron en busca de padres y hermanos. Todos debían guardar el secreto de su vida en la piratería, nadie debía comentar el lugar en donde se instalarían, decirlo

pondría en peligro el proyecto y sus vidas, un solemne y público juramento de cada uno de ellos los comprometía a no revelar ninguno de estos secretos.

Cada marinero fuese del galeón o del Halcón, sería acompañado por varios hombres que garantizaran su seguridad ante cualquier imprevisto. Abdul fue el más problemático, debían acercarlo a su país de origen, buscar a su tribu por el desierto y volver con su amada. Nadie acompañaría a Abdul, el sólo bastaba para defenderse, además la vida en el desierto acabaría en poco tiempo con quien lo acompañase. Abdul no veía llegado el momento de tocar tierra, su carácter cambió radicalmente pasando de ser el hombre más silencioso a ser el más hablador, su excitación no tenía límites, administraban le diariamente tazones de tisanas de hierbas tranquilizantes que Abdul bebía obedientemente pero que en nada aplacaban su ardor amoroso.

La casualidad, el azar, que siempre había estado de parte de estos marineros, quiso tal vez servirse de ellos. Un día, apenas despuntada el alba, el vigía anunció barcos a la vista por estribor. Tres embarcaciones se dirigían hacia ellos, aunque estaban muy lejos sus intenciones fueron adivinadas. Toda la tripulación estuvo alerta. Aquellos tres barcos no eran otros que los tres barcos corsarios que tiempo atrás les habían perseguido. El azar en una de sus extrañas tramas los había hecho encontrarse de nuevo. Ancho, largo e inmenso es el mar, una embarcación no es para él más que una mota de polvo, siendo más fácil que se encontrasen dos motas de polvo arrojadas cada una en extremos opuestos de una ciudad, a que estos cinco navíos se encontrasen dos veces en pleno océano.

Pero el azar, la casualidad, es así, todo lo puede y solamente hace aquello que está obligado a hacer. ¿Porqué el azar insiste en enfrentar estas embarcaciones, porqué el azar insiste en enfrentar a estos hombres?, no tiene respuesta, porque el azar no responde. Quería el azar poner fin a aquellos hombres, sería ese su destino después de vencer todas las dificultades y cuando ya tenían al alcance de sus mano la realización de sus ilusiones, querría poner fin a sus destinos en el mismo mar donde se los habían creado. Tal vez, nada está hecho al capricho, el azar es un instrumento, un medio del cual se vale la armonía cósmica para un orden natural en la tierra.

Ordenó Roberto cargar todos los cañones, cuyo blanco había de ser el casco de los barcos justo en la línea de flotación, con cada cañonazo debían abrir una vía de agua. Se trajo de las bodegas pólvora, balas y armas, que fueron situadas estratégicamente y bien aseguradas. Se trajeron todos los fusiles que había en la bodega, suficientes para un regimiento. La mitad estaban en el galeón, con pólvora y munición suficientes como para sostener un prolongado asedio. De la isla habían traído sacos y bolsas de arena que se pusieron rodeando la base de los mástiles, hizo una protección de emergencia con sacos terreros para los pilotos de ambos barcos que debían permanecer siempre acompañado por tres hombres armados que supieran manejar el timón.

Mientras esto hacían, el Halcón se acercó al galeón, se tendieron los pasillos sujetos con garfios, trasladando con rapidez pólvora, municiones, fusiles y sables, así como las últimas cosas que pudiesen ser necesitadas, Roberto habló a sus hombres, son los corsarios de los que una vez logramos huir, esta vez es imposible, la noche está lejos y el galeón es demasiado lento, hacerles frente es la única alternativa. Para animarlos y proporcionarles entusiasmo añadió, tres barcos contra dos es una proporción desigual, si ellos fuesen cuatro estaría mejor. Al ser tres, vosotros hundiréis dos de ellos y nosotros solamente podremos hundir uno, la tripulación rió y gritó. La mayor parte de los piratas estarán ebrios de ron, esto es ventaja nuestra, como ventaja nuestra es la de que mientras ellos intentarán no hundirnos haciendo blanco en nuestros mástiles, nosotros tendremos blancos mucho más fáciles en sus cascos que debemos perforar con más agujeros que un queso gruyere.

Al piloto que estaba al mando del galeón y que le pareció bien su plan, añadió que siendo el galeón de mayor tamaño y más vulnerable, debía apuntar algunos cañones a la altura de la cubierta. Los dos barcos en posición de combate esperaban el ataque por estribor, con el Halcón situado a popa. El galeón cubrió con sacos de tierra los mástiles y orientó los cañones hacia las líneas de flotación y la cubierta, se cargaron todos los fusiles y pistolas para que cada hombre pudiese disponer de varios de ellos sin perder tiempo cargando el arma. Roberto había ordenado que los cañones aunque disparasen

debajo de la línea de flotación, debían ir dirigidos a un solo punto con el propósito de abrir una gran vía de agua en el casco.

Se había concertado con el piloto del galeón los movimientos que haría, incluyendo un posible desplazamiento. Dispuso que los tres mejores tiradores de cada barco se dedicasen únicamente a abatir a quien manejase el pequeño cañón situado en la plataforma del mástil. Estos disparos actuarían como un mortero que barrería la cubierta con su metralla.

En caso de abordaje, el Halcón iría en su ayuda, por último ordenó cortar tablas de palmo y medio de longitud para que cada hombre se atase una de ellas al antebrazo izquierdo, con el fin de que si hubiese abordaje les sirviesen de escudo y pudiesen parar algunos golpes de sable.

Los tres barcos cada vez estaban más cerca, a simple vista divisaban la bandera negra, Roberto con sus catalejos observaba continuamente el movimiento en sus cubiertas no equivocándose al decir que el ron correría con profusión, costumbre que los corsarios y piratas tenían antes de iniciar un ataque. La costumbre de distribuir alcohol entre los soldados antes de una batalla era extendida en el ejército también. Tratan los generales con esta medida, infundir valor a los soldados haciéndoles perder afición a la vida, yendo estos hacia la muerte con el eufórico aletargamiento que la droga proporciona a sus mentes.

Si los corsarios estaban eufóricos y ebrios, ante las futuras presas, la tripulación del Halcón y del galeón no estaban tristes, aquella debía ser una victoria, defendían sus vidas y un barco con fabulosa fortuna, motivos suficientes para no estar tristes. Si los corsarios eran hombres hechos al combate, no lo eran menos los tripulantes del Halcón y del galeón que se habían adiestrado durante todo este tiempo en el manejo con el sable y armas de fuego, entrenándose en la lucha cuerpo a cuerpo y practicando diversas maniobras tácticas.

Aunque los hombres estaban bien entrenados los corsarios superaban su número.

El Halcón dejó que se acercaran, estaban bajo los disparos de su gran cañón pero no del resto de su artillería como tampoco lo estaban de la del galeón. Los corsarios se

acercaban para situarse paralelamente. El Halcón seguía a la par con su costado sus avances. Roberto ordenó fuego, un primer disparo no hizo blanco, el tercero la bala silbó cortando el aire cayendo sobre la cubierta del segundo barco originando gran confusión en él, el cuarto disparo hizo blanco plenamente en la popa. Los corsarios se dieron cuenta que un gran cañón los mantenía a raya, sus ánimos disminuyeron, su capitán había reconocido a los dos barcos, una vez más estaba comprobando que aquella no sería presa fácil, sus hombres ardorosos en el combate eran volubles y la cobardía podría apoderarse de ellos cuando menos lo esperase, hubo de incitarlos prometiéndoles mayor parte en el botín.

El cañón seguía haciendo fuego, varios disparos errados levantaron espuma y agua, uno de ellos rompió un mástil que cayó al mar haciendo inclinarse uno de los barcos atacantes peligrosamente, enredando en su caída, velas y cuerdas de otro de los mástiles.

Los corsarios se pusieron nerviosos, impotentes a los disparos del Halcón, eran atacados en lugar de ser atacantes, su capitán ordenó fuego para enardecer a sus hombres. Una andanada de balas salió primero de un barco, seguidamente de los otros dos, las balas caían lejos levantando cortinas de agua. Roberto siguió acosándolos con su cañón, los corsarios cargaban su artillería y volvían a hacer fuego, las balas se acercaban cada vez más, pero una nube de humo, producida por la pólvora comenzaba a cernirse sobre cada uno de ellos, tres o cuatro descargas más y no verían un barco a diez metros de distancia. La artillería del galeón y del Halcón permanecía muda y a la espera de entrar en acción, los hombres estaban tensos. El plan consistía en que se acercasen dejándoles hacer fuego repetidas veces, impidiéndoles el humo de la pólvora la visibilidad, que unido a los destrozos que pudiese originarles el cañón del Halcón les haría tener ventaja sobre ellos.

Los dos barcos estaban ahora al alcance de sus cañones que hicieron fuego, sin dar en el blanco por no estar ajustada su artillería. El cañón del Halcón voló parte de la popa de uno de ellos arrancándole el timón y dejando el barco sin gobierno. Volvieron a disparar los corsarios, perdiéndose la mayor parte de las balas en el mar, algunos

dieron en el casco del galeón y en el Halcón sin dañar sus impactos por la lejanía. La nube de humo era ahora espesa y densa, desde este momento lo harían a ciegas. El cañón del Halcón volvió a ser disparado oyéndose poco después una gran explosión, seguidamente ordenó Roberto hacer fuego al centro de la nube, una cerrada descarga de artillería partió del Halcón e inmediatamente siguió la del galeón. Crujidos de maderas y gritos de dolor venían de aquellos barcos. Respondieron los corsarios al fuego, pero sus balas disparadas sin blanco se perdían en el mar. Los disparos al centro de las nubes que cada vez eran más oscuras y espesas estaban haciendo impactos que debían ser terribles, aunque nada se veía. El cañón del Halcón agujereó el casco en la misma línea de flotación de uno de ellos rompiéndole las cuadernas, los demás impactos acabaron haciendo un gran boquete por el que el agua entraba precipitadamente tomando posesión del barco.

La lucha desigual del principio, se había tornado ventajosa para los atacados, un barco imposible de gobernar con el timón arrancado, impactos en cubierta y el casco con múltiples vías de agua estaba prácticamente inutilizado para el combate, además la explosión oída no era otra que la de un barril de pólvora que había estallado. Otro barco estaba herido de muerte, sin un mástil y sin el palo mayor, con la popa destrozada, se alejaba huyendo lentamente, perseguido por las balas implacables de los cañones del Halcón y del galeón.

De otra de las nubes que envolvían a uno de los barcos, comenzaron a propagarse olas, olas que agitaron a los navíos, uno de aquellos barcos se hundía irreversiblemente arrastrando consigo en el remolino producido a la mayor parte de sus tripulantes.

De repente vieron dirigirse hacia ellos al barco que quedaba, era como si realizase un heroico suicidio, como si hiciese una venganza fatal diciendo, os arrastraré conmigo hasta el abismo.

Los cañones se disparaban en ambas direcciones, del galeón y del Halcón partían los proyectiles que caían pesadamente sobre la cubierta y casco del barco corsario. Todas estas balas parecían no afectarle, seguía en su dirección sin control ni gobierno por carecer de timón.

Recibía los impactos como caricias, no se inmutaba con ellos. La tripulación lanzaba aullidos de dolor que se confundían con los gemidos de los heridos anteriores.

Un poco más de tiempo y el barco corsario podría realizar un abordaje. Muy poca distancia los separaba entre sí.

Estaban perdidos, los corsarios lo sabían, así que realizaron la única y última maniobra viable. Se jugaban el todo o la nada. Una descarga de fusilería partió del corsario que no se hizo esperar por parte del galeón de la que partió otra, momentos después ambos cascos colisionaban entre si, el Halcón acudió en su ayuda, el galeón soltó una andanada sobre la cubierta, varios corsarios cayeron muertos y otros heridos, ambos barcos permanecían unidos con sus costados, los corsarios se dispusieron al abordaje, en ese momento otra descarga volvió a minar el potencial humano del barco corsario, con cuerdas y plataformas cayeron sobre el galeón, los fusiles se descargaban sobre ellos, las pistolas hacían blanco también, los que intentaban luchar se encontraban con una oposición tal que no daban crédito a lo que estaban viviendo, los fusiles cargados con anterioridad eran una buena ventaja.

En la lucha cuerpo a cuerpo se defendían los corsarios más que atacaban, cuando los hombres del Halcón entraron en la refriega, no quedaban más que un reducido número de corsarios peleando por sus vidas y ni aún eso, peleando por alargar unos momentos más sus vidas.

Se rindieron poco después, pidiendo a gritos que les diesen cuartel. Abdul habló, cuando un hombre pelea por su vida, se le permite que lo siga haciendo. De donde yo vengo decimos que sea el desierto quien se encargue de ti, pero habéis vivido en el mar y gran parte de vuestra vida es el mar, que sea el mar entonces, quien de vosotros se encargue.

Las palabras de Abdul convencieron a sus compañeros que después de registrar y recoger todo aquello que les pareció de utilidad y valor, trasladaron a los corsarios heridos y sobrevivientes a su vencido y desvencijado barco corsario que pedía ayuda en la reparación de su casco herido de muerte.

Si eran diligentes obreros y el mar era generoso con ellos salvarían sus vidas.

Una vez más, el mar tenía en sus manos el destino y la vida de estos hombres.

Roberto había preguntado si entre ellos se encontraban carpinteros, albañiles o quienes habían hecho otras profesiones con anterioridad a la de marineros. Dos carpinteros, varios albañiles, otro de sastre, dos curtidores de cuero, uno de carpintero y un curtidor estaban heridos. A la propuesta de Roberto de unirse a ellos, como unos iguales y viendo estos la generosidad de su ánimo, todos decidieron quedarse, creyendo todavía que sus vidas serían vidas de piratas expoliadores del mar.

La batalla estaba ganada, nada había ya que temer. Lo que Roberto y sus hombres desconocían y que ni por un momento llegaron a sospechar, era que habían derrotado al corsario inglés George Shelwock, realizando sin querer un gran favor a la corona española.

Este corsario, al servicio de la corona inglesa cuyos intereses políticos y comerciales estaban enfrentados a la española, produjo grandes descalabros a los navíos comerciales que realizaban la ruta de las Indias a España.

Milagrosamente los barcos no habían sufrido daños de importancia, cosa rarísima en las batallas navales. Entre los marineros de los dos barcos había una docena de heridos, cuatro de gravedad, perdiendo un brazo uno de ellos.

Ambos barcos se alejaron del lugar mientras el sonido de una gaita se expandía al aire uniendo en un todo el mar y el cielo.

CAPÍTULO XIV. ABORDAJES

En asamblea decidieron cambiar de rumbo, los barcos necesitaban reparaciones que aunque no revestían gran importancia, eran necesarias y llevarían su tiempo. Otra razón era la posibilidad de explorar la isla de Madagascar y de otras islas cercanas como segundo lugar de ubicación para sus proyectos.

No llevaban dos días navegando cuando al amanecer el vigía gritó ¡barco a la vista! Roberto ordeno zafarrancho de combate y todo preparado, no para una defensa, sino para el asalto. Ordenó que se disparase si hiciese falta fuese hacia la cubierta, con el fin de dañar lo menos posible el navío. El galeón maniobró a babor dando un buen arco para situarse en la misma dirección.

El Halcón por su parte hizo la misma maniobra pero a estribor. Ambos esperaban al navío entre ellos que a su paso descargó una andanada de sus cañones. Roberto realizó varias descargas de cañón hacia la cubierta y maniobró para realizar el asalto, siendo él el primero seguido por el cocinero, de Abdul y otros marineros que cayeron sobre la cubierta de aquél navío como una tromba de agua. El barco era de compañía holandesa, la tripulación debía haber servido en la milicia porque manejaban la espada larga en una mano y la corta en la otra, con gran destreza. El cocinero asestaba terribles golpes y Abdul y sus compañeros los acorralaban a pesar de su tenaz resistencia. Roberto recibió un tiro que rozó la piel de su costado, y otro en un brazo. Viéndose perdidos los holandeses abandonaron la cubierta refugiándose en la bodega y camarotes unos, mientras otros se atrincheraban en el castillo de popa. Pidieron rendirse si respetaban sus vidas. A fin de cuentas ellos eran marineros y las mercancías no les pertenecían, excepto sus vidas, sus ropas y un mísero salario. El capitán y un oficial habían sido hechos prisioneros, pidieron a Roberto que atendiera a esa razón pues ningún beneficio obtendrían quitándoles la vida.

Les dieron cuartel y uno a uno fue dejando las armas. Admiraron la destreza de estos hombres en el manejo de las espadas.

Algunos reyes españoles, temerosos ante la idea del infierno, no dudaron en enviar al infierno mismo a miles de hombres, mujeres y niños, antes que permitir que las ideas religiosas de Lutero, Calvino o Münzer, hombre este último de profundas reflexiones, de gran mente y de espíritu elevado. Insistía Münzer en que la iluminación espiritual no tiene porque llegar de la Biblia, que no pasa de ser un libro más, hecho por los hombres, insistía que la auténtica iluminación debe llegar por la persona misma desde su interior, ese sería su verdadero encuentro y conocimiento con la Divinidad.

Fue erigido en director de los anabaptistas que liberalizaron sus costumbres haciéndolas sencillas y muy humanas, buscando la semejanza de aquél comunismo primitivo de los primeros seguidores de Jesús de Nazaret, como eran los Apostólicos que todo compartían y todo era de todos, preparando con esta actitud la venida del reinado de Cristo.

La burguesía, los príncipes alemanes y el propio Lutero viendo peligrar sus privilegios ante esta idea y actitud revolucionaria que se extendía por el pueblo, los persiguieron a muerte hasta que los vencieron en la batalla de Frankenhause. Tomás Münzer, un hombre de elevado espíritu reformador fue hecho prisionero y ejecutado como mil quinientos años antes lo había sido su maestro espiritual en Jerusalén.

Todo esto no eran otras que las ideas de la reforma y actualización de la religión católica a los nuevos tiempos que corrían. La reacción no se hizo esperar reyes católicos españoles hicieron en aquellas tierras un verdadero infierno, la inquisición con sus hogueras y torturas por un lado, las guerras y los abusos que consigo traen, junto con el hambre, las epidemias y las enfermedades que todo esto acarrea, por otro, convertían los paisajes fértiles en paisajes desolados, pueblos y aldeas con su población diezmada. Una carta del duque de Alba al rey español Felipe II llamado el caballero de la Fe, le escribía:

"Dieciocho mil personas cayeron bajo el hacha del verdugo y treinta mil emigraron. El día de ceniza se han preso cerca de quinientos hombres, a todos ellos he mandado ajusticiar. Para después de pascua temo que pasaran de ochocientas cabezas".

Así escribía este hombre de terrible memoria en Flandes y que todavía hoy en día las madres atemorizan a los niños para que se queden quietos o no griten mucho en sus juegos, les dicen: "¿Que viene el Duque de Alba!".



La técnica de lucha con las espadas la utilizaban los oficiales y muchos de los soldados de los tercios españoles. La espada larga era el arma de ataque propiamente dicha, la espada corta o daga era utilizada como arma de

defensa que haciendo función de escudo desviaba la dirección de la estocada del atacante. Su buena ejecución requiere de un minucioso entrenamiento larga preparación técnica.

Los tercios españoles estuvieron en los países bajos sosteniendo allí las llamadas guerras de religión para mantener estos territorios unidos al a corona española. Llegó a tener más de noventa mil soldados, entre caballería, artilleros, arcabuceros e infantes. Siendo la infantería con sus picas de hasta dos metros y medio de largo hechas de fresno, las que soportaban el peso del enfrentamiento. Estos hombres admirables por su valor y hechos de armas y por su disciplina en el combate estaban considerados como las mejores tropas adiestradas del mundo y como el mejor ejército existente.

No solo tenían que sofocar las rebeliones de los países y lugares en los que estaban, también debían enfrentarse a los ejércitos que Inglaterra enviaba contra ellos así como a las tropas del rey francés. Cuatro frentes abiertos a la par, guerra con Francia, con Inglaterra, guerra con los que se sublevaban y como añadido el control militar de las poblaciones y territorios.

A estos soldados se les descontaba de sus pagas el valor del armamento y ropas. Pero cuando las arcas reales se vaciaban les daban ropas de incautados, por utilizar un término suave y no llamarle robo de las poblaciones conquistadas. De ahí que con frecuencia fuesen vestidos muy indistintamente. No obstante, el jubón estaba acuchillado por colores rojo y amarillo los actuales de la bandera española.

También podían utilizar los soldados otras armas que fueren de su agrado, estas tenían que comprarlas de su propio peculio, muchos de ellos utilizaron la daga y la espada, además los oficiales, los coseletes la utilizaron en su mayoría que eran los soldados que utilizaban esencialmente la espada como arma.

Cuanto heroísmo individual y colectivo demostrado, cuanto esfuerzo derrochado, cuantas vidas humanas vanamente perdidas.

Volvamos a nuestra historia.

El cargamento que en sus bodegas transportaba el buque, consistía en sedas y especies en su mayoría junto con maderas nobles, pero también había entre sus mercancías, la mercancía humana de hombres. Ochenta esclavos con destino a la isla de Jamaica.

Se les había dado cuartel, se permitió su rendición y no les quitaron nada a los marineros que perteneciese a sus efectos personales. Pero había que vigilar muy de cerca de aquellos hombres audaces y bien preparados en las armas. Roberto nombró al cocinero capitán del nuevo barco, a Abdul su segundo y el piloto pidió voluntariamente pasar a formar parte de la tripulación.

El resto de los prisioneros fueron divididos entre los tres navíos y atados de dos en dos la mano derecha a la mano izquierda del otro, también el pie derecho de uno permanecía con una pequeña cuerda, atado al pie izquierdo del otro.

Los nativos cuyo destino no era otro que el de ser vendidos como esclavos, al ver a otros nativos de su mismo color y que eran marineros en los barcos se tranquilizaron y cobraron confianza, explicando que procedían de Etiopía, que allí habían sido

apresados por los jefes de su país y posteriormente vendidos a hombres blancos, que a su vez les habían embarcado donde ahora mismo estaban.

El cocinero tuvo un momento de rabia reflejada en su rostro, que desapareció casi automáticamente mientras decía.

Por los lugares por los que he pasado, todos los perros ladraban igual e igualmente mordían, ponerles bozal y encadenar a algunos de ellos sería una solución parcial, pues perros habrá siempre.

Roberto añadió, si eliminásemos todos los hombres perro de este mundo, cosa imposible, quedarían hombres-tigres, hombres-hienas y hombres-buitres, hombres-rata, hombres en definitiva que habían cogido lo peor de ellos y lo peor de los animales. De esa pasta, de la peor pasta están hechos los príncipes y reyes, los señores, los marqueses y duques, así como los fabricantes y comerciantes sin escrúpulos.

El cocinero añadió con especial énfasis. Te olvidas de los hombres-faldas ¿Qué quieres decir? Pregunto Roberto sin entender. Los hombres-faldas, no son otros que curas, monjes de diversas órdenes, misioneros, abades, obispos, arzobispos, monjes, papas, jesuitas y cardenales, de todas las religiones conocidas y de las desconocidas también.

Me olvidaba de ellos, que no son pocos y son bajo su inofensiva apariencia la peor de las plagas que el hombre padece. Añadió Roberto.

En nuestro proyecto no se debe permitir entrada ni debe existir cabida de gentes así. Dijo el cocinero, al que Roberto nunca había visto tan serio. Ya nos llega con lo que nosotros somos y con lo que dentro llevamos y la maldad que pueda acompañarnos es lo que han plantado en nuestro interior. Plantas que debemos arrancar arrojarlas lejos de nosotros y de todo ser vivo para que no germine en el corazón de ningún hombre.

Abdul y otros marineros que escuchaban, asentían con sus cabezas, dando conformidad a las palabras oídas que les hicieron recordar en unos instantes sus vidas,

sus padecimientos así como los padecimientos vistos en otros por la riqueza de unos pocos y la miseria de muchos.

La atmósfera de hermanamiento se extendió por todo el barco porque la avaricia divide a los hombres, las situaciones de peligro al igual que las situaciones de dolor los une, eliminando entre ellos lo absurdo de las diferencias del color de su piel o de las diferencias de estatura, cosas tan absurdas ambas para marcar diferencias entre los hombres como las de pensar que los de color negro no tienen alma o que son menos inteligente que los de color blanco. Sin saber los encargados de establecer estas diferencias que todos sin excepción procedemos de la raza negra y del centro sur africano. Pero aún más, los lunares que el hombre de piel blanca tiene en su piel, son vestigios que le quedan de su anterior piel de color negro. La nariz de fosas nasales abiertas, la tienen los habitantes de países calidos porque así el aire caliente los penetra con menor dificultad, el habitante de zonas frías y templadas en su evolución fisiológica, desarrolló una nariz más larga y de fosas nasales más cerradas, impidiendo de esta manera que el aire frío llegue directamente a los pulmones. Pero aún se podría añadir todavía más, por hablar solamente de los aspectos de evolución externa animal bípeda. Hay hombres cuyas orejas tienen gran movilidad, obedeciendo esto a nuestra anterior herencia de animal que tenía la capacidad de movimiento de sus orejas para captar mejor los ruidos y estar alerta, de la misma manera que existen hombres entre nosotros que tienen una extraordinaria elasticidad, extraordinaria fuerza o visión, no siendo todo ello más que vestigios de nuestra herencia animal.

Pero volvamos al hilo de nuestra narración. Pusieron proa a la costa oeste del continente africano, debían dirigirse a la altura del paralelo diez adentrándose en el golfo de Adén antesala del mar Rojo. Días de navegación hubo, en que pasaron las horas tumbados en la cubierta y en los puentes o entreteniéndose en ejercicios de lucha y otras pruebas que la juventud realiza para dar salida a su natural energía. Pero la mayor parte del tiempo la estuvieron dedicando a la reparación de las naves, en todo aquello que pudiese realizarse desde los mismos navíos, también estuvieron preparando

lo necesario para las posteriores reparaciones con las maderas que en sus bodegas transportaban en previsión de tales ocasiones. Al anochecer cuando los rayos de sol se ocultaban permanecían en largas conversaciones o un marinero leía en voz alta para los que no sabían leer, que eran casi la mayoría de ellos. Esto condujo a Roberto a tomar la decisión de que todos los marineros a bordo de los barcos deberían saber leer y escribir.

Los dividió en grupos, poniendo a la cabeza de cada grupo al que supiera leer de ellos y que cada día fuesen leyendo en voz alta, con el propósito de practicar y coger gusto a la lectura. Un hombre ignorante, siempre harán de él un esclavo embrutecido, decía Roberto con frecuencia, añadiendo un hombre da comienzo a su libertad por la cabeza, el retirar las cadenas de sus manos y pies es solamente cuestión de tiempo.

A veces algún marinero decía -Pero si ya somos libres- si el cocinero estaba cerca le respondía: -Estamos fuera de las cárceles, ser libres es otra cosa. Para ser libres, antes debemos conquistar la libertad y para hacerlo, antes debemos saber, conocer y sentir en nuestro interior que es la libertad. Al oírlo le respondían, eres un filósofo. El cocinero replicaba, -solamente soy un hombre que quiere ser libre y todavía no se muy bien como serlo.

Los marineros de los barcos competían entre sí en su alfabetización teniendo a gala el número de los que iban aprendiendo. Cada noche los barcos se gritaban unos a otros el número de marineros que habían aprendido a leer y a escribir, a menudo las cifras se inflaban tanto por un barco como de los otros dos, recordando el personaje del Lazarillo de Tormes cuando le regalaron al ciego un racimo de uvas, éste al compartirlo con Lázaro y para que ninguno de los dos comiese más, llegan a un acuerdo. Ninguno de los dos comerá más de una uva de cada vez. Al finalizar el racimo, el ciego sentenció -Lázaro me has engañado. Porque si yo comía dos uvas de cada vez, en lugar de una como era lo acordado y callabas, es que tú las comías de tres en tres.

En fin que las tripulaciones lejos de aburrirse y embrutecerse se formaban y al ser jóvenes casi todos ellos, más fácil era para sus mentes fortalecer sus almas con nuevos hábitos y nuevas costumbres.

Doblaron el cabo de Buena Esperanza, fuertes vientos y olas de altura se les vinieron encima, era el encuentro entre el océano Índico y el océano Atlántico que en su fraternal abrazo mezclaban sus aguas y sus vidas como dos amantes. Abrazo de violenta pasión en el que naufragaron muchos navíos. El Halcón sufrió un pantocazo tal que se creyó que se partía el casco. Roberto bajo inmediatamente a la bodega y analizó personalmente la quilla y las cuadernas de proa que resultaron no estar dañados y en perfectas condiciones.

Sin nada que destacar navegaron sin tropiezo alguno, realizando la larga travesía hasta Etiopía, en su costa desembarcaron los nativos, ninguno quiso quedarse, pero dieron grandes muestras de agradecimiento en el momento de despedirse.

Se encontraban en el golfo de Adén, frente a las costas de Yemen y se dirigían a la isla de Socotora, necesitaban víveres, agua, reparar y limpiar los cascos de los navíos, cuando avistaron dos buques que venían hacía ellos. La ruta era muy transitada por barcos que traían peregrinos y mercancías con destino a la Meca, lugar sagrado y de peregrinación para los musulmanes y mahometanos de todas las naciones.

Estos dos navíos venían de la India, uno de ellos de enormes dimensiones y lenta navegación. Roberto indicó que el Halcón atacaría al mayor de ellos, los dos galeones atacarían y abordarían utilizando los cañones solamente que para destrozar la arboladura y amedrentar a los marineros, tenían que hacerse con los barcos y tomar de sus bodegas todo lo que les fuese útil permitiéndoles después seguir su ruta.

Hicieron fuego para que se detuvieran, al no hacerlo, dispararon a los mástiles intentando desarbolarlos, así estuvieron, varias horas, dando y recibiendo cañonazos, hasta que los abordaron en maniobra rápida. A Roberto le prohibieron saltar a la cubierta del otro barco. Estaba totalmente recuperado de la bala recibida en el brazo,

pero el cocinero como cabo de mar había convencido en asamblea, que el capitán era la cabeza, ya que estaba probado su valor, no debía exponerse a peligros innecesarios, esa fue la decisión, así que Roberto dirigió las operaciones de ataque y abordaje con la cabeza muy fría aunque la sangre le hervía por la excitación del combate. A pesar de que el buque transportaba mucha gente y era mucha su marinería no opuso casi resistencia y la poca que hizo fue ineficaz y mal organizada. El otro buque se rindió ante el acoso de los otros dos barcos.

Registradas las bodegas, tomaron todo lo que les pareció de utilidad, entre otras cosas, sedas, harina, carne salada, cordaje, velas, pólvora, armas, balas así como los cañones que transportaron a sus barcos, también encontraron importantes cantidades de especies, oro y diamantes. Los buques transportaban también gran cantidad de peregrinos provenientes de la India y con destino a la Meca, entre ellos había mujeres y muchachas jóvenes, muchas de ellas de extraordinaria belleza.

Los hombres de Roberto y de los otros barcos necesitaban mujeres, allí a donde fuesen las necesitarían. Y allí las tenían, hermosas y muy jóvenes, solo tomarían las que necesitaban. Esta fue la opinión de algunos marineros. Uno de ellos, quedó amorosamente fulminado ante la presencia de una de las muchachas.

Moriré antes que separarme de ella, dijo mientras la cogió por una mano separándola del grupo con gran consternación de sus familiares que lloraban por la chiquilla mientras la chiquilla lloraba por ellos.

Varios intentaban hacer lo mismo pero sus familiares las sujetaban. Roberto disparó sus pistolas al aire, el silencio se hizo en toda la cubierta donde momentos antes no había más que gritos y llantos.

-Que hacéis miserables, se oyó decir,

-Nosotros damos libertad, no la sacamos ¿Acaso somos negreros? Yo no lo soy y no soy capitán de ninguno de ellos, pero si alguno hay entre mi tripulación seré yo mismo quien lo arroje por la borda.

Los ánimos se tranquilizaron pero el marinero no soltaba a la muchacha, estaba fuera de sí. Roberto le increpó,

-Suelta su mano y permite que vaya con su familia, le dijo Roberto.

-Ella se queda conmigo, volvió a responderle.

La tensión iba en aumento, Roberto pensaba rápidamente una solución, solución que no encontraba. Porque si bien era cierto lo que Roberto decía, también era cierto lo que los marineros decían a su vez.

El cocinero resolvió la situación muy diplomáticamente. Dejó sus dos pistolas y su espada a otro marinero y sin armas para provocar confianza, sonriendo le dijo,

-Hombre de Dios, has preguntado a esta muchacha si desea estar a tu lado, le has preguntado si desea ir contigo. El cocinero se acercó a ellos y señalándola, continuó.

-Le has preguntado, pedazo de animal, si te ama, pedazo de animal no, animal entero que eres, le has dicho al menos lo hermosa que es y que estas enamorado de ella y que te dejarías matar si os separasen y todas esas tonterías que se suelen decir los enamorados y los zopencos que como tu se encuentran en ese estado. Al llegar a este punto, la carcajada fue general, las risas se extendían por toda la tripulación, Roberto se dio la vuelta y se reía a sus anchas.

El cocinero adoptó un tono serio, su rostro cobró gravedad. Como cabo de mar propongo al capitán que todos aquellos marineros que durante el tiempo que estemos en estos barcos aquellos que logren persuadir a las muchachas que les acompañen, podrán llevarlas consigo. De no ser así, no habrá de ser de otra manera.

A todos les pareció bien las palabras del cabo de mar. Esa misma decisión se transmitió a los otros barcos. Se descargaban las mercancías y todo lo útil necesario o que pudiese servirles.

Después se pasó a la fase galante y después la despedida y embarque, ni una sola muchacha decidió acompañarles, aunque algunas de ellas, si no estuviesen acompañadas de sus padres y familiares, muy probablemente hubieran tomado otra decisión.

El marinero infectado del mal de amor, se acercó a la joven y con los ojos llorosos, tomándola de las manos se las besó, cuando se marchaba el padre de ella lo llamo sacando de un oculto bolsillo un espléndido collar de perlas y se lo puso al cuello, estrechándolo seguidamente entre sus brazos en prueba de agradecimiento.

Los barcos se separaron y cada uno siguió su rumbo los barcos indios con sus bodegas vacías tenían ahora su navegación mucho más ligera.

El marinero se situó en el puente de popa, la mirada fija en el barco que se alejaba, allí pasó las horas sin moverse, ya se habían perdido de vista los mástiles de los navíos y allí seguía con sus manos aferradas a la barandilla de popa. Roberto y la tripulación lo tenían en gran aprecio, pues era voluntarioso para cualquier trabajo, tanto ayudaba en carpintería, oficio fundamental en un barco, como en la marinería, como valeroso en el combate. Ordenó que se le vigilase a distancia por si en un rapto de locura, la mar atrayente lo quisiese celosamente para sí.

Tiempo después Abdul se dirigió hacia donde él estaba, apoyando la espalda sobre la barandilla de popa permaneció a su lado en silencio. Poco después el joven marinero lo imitó. Ninguno de los dos hablaba, era como si una comunicación telepática se entablase entre ellos cada uno inmerso en sus tormentos amorosos.

Eso era lo que sucedía porque Abdul le dijo.

-Se muy bien lo que es ese dolor, llevo años padeciéndolo, hay momentos que no siento el alma y que oigo la mar llamarme con voces tan atrayentes que he tenido que realizar verdaderos esfuerzos para no arrojarme por la borda. Solamente el recuerdo y su rostro grabado en mí me sostienen en esta larga y exasperante enfermedad.

El marinero como saliendo de un éxtasis respondió.

-Tú al menos tienes el recuerdo de un pasado y la esperanza de un futuro, yo no tengo ni lo uno ni lo otro. Lo único que poseo es la desesperación de que no volveré a verla nunca más.

Es cierto dijo Abdul, -pero apenas has estado con ella, unas horas de conversación que además no podía entenderte pues no hablabais una lengua común. Pienso que es un amor fuerte, intensísimo, pero repentino, y así como ha venido, así de repentino se irá.

Permanecieron un tiempo en silencio.

Es cierto lo que has dicho, dijo, pero hay certezas, hay seguridades internas que no se pueden razonar, que se sienten, que se saben porque se saben interiormente y nada más. Y eso es lo que a mí me ha pasado, sé que es ella y no otra y que acabo de perder la oportunidad de tenerla conmigo.

Abdul le respondió -Únicamente te falta decir que ha sido culpa nuestra. No olvides que esa muchacha tiene familia, padres, hermanos, al parecer son nobles y con muchas riquezas en su país. Muchas cosas hay entre vosotros que os separan, sin contar que ella no deseó acompañarte. Esto último debes tenerlo presente en todo momento.

-Ella sintió lo mismo que yo siento, estoy seguro, lo veía en sus ojos, lo oía en su voz, estoy totalmente seguro.

-Pero dijo que no te acompañaba. Esa es la única realidad, aunque hay que reconocer, que ella lloraba cuando te alejabas.

El marinero de un salto se puso en pie, exclamando. ¡Lloraba! ¡Lloraba! ¡Lloraba! No me enteré que lloraba.

Tú también llorabas -le dijo Abdul- y ella no se enteró tampoco. En fin muchacho, son las cosas de la vida, pocos hombres a pesar del tormento que padecemos tienen la fortuna de disfrutar las sensaciones amorosas aunque sea a través del dolor. Pues yo a esto me aferro y mi vida no es un vacío, vivir sin amor sin tener a quien amar, convierte al hombre en un ser hueco. Todo esto me lo dijo el taleb el hombre de la arena.

¿El hombre de la arena?-interrogó el joven marinero.

En el desierto hay hombres que tienen la facultad de conocer el futuro, el pasado y el presente. Este hombre había sido amigo de mi abuelo, de niños y de jóvenes mi abuelo lo ayudaba y le hacía compañía, pues el taleb era ciego y sin embargo veía más y más lejos que nosotros.

Me hizo trazar unos círculos con los dedos sobre la arena del desierto pasó rozando con su mano los dibujos trazados y comenzó a relatarme mi vida pasada, siguió después con la futura relatándome lo que iba a sucederme, llegado a este punto no quise saber más. Asustado detuve su mano y deshice los círculos trazados.

Él, con la mira fija en la arena, siguió hablando

-Joven impetuoso, hay cosas que aún estando escritas en el cielo, el hombre si pone corazón en lo que hace, estas cosas pueden variarse. Para ello es necesario que sienta el amor dentro y fuera de si, con cada inspiración debe sentir el amor de todo lo que lo rodea, lo que ve y lo que no ve, de lo que siente y de lo que no siente. Todo su cuerpo debe llenarse de este amor hasta que penetre totalmente en su alma. Con cada expiración debe proporcionar amor igualmente a todo lo que lo rodea y envuelve.

Escucha atentamente mis palabras dijo cogiéndome de la mano. No llega con las palabras, los actos tampoco llegan, es necesario llegar a la intención al pensamiento amoroso, al pensamiento puro y sin mácula alguna. En la medida que esto consigas así también podrás conseguir modificar lo inmodificable y variar lo invariable.

Quien no ama al mundo y a todo lo que lo compone, no sabe amar y son incapaces de amar, llaman amor a su interés, llaman amor a aquello que les proporciona placer, llaman amor a aquello de lo que carecen y que desean. A eso llaman amor. Puedo asegurarte que eso no es más que el egoísmo del hombre con ceguera de espíritu.

El amor del que te hablo se asemeja a nuestro sol, ilumina, proporciona lo mejor de sí y no se preocupa de nada más, ama y ya está.

Nunca se podrá amar a un semejante sino se ama a todos los semejantes. A esto se le llama tener pureza de espíritu.

-¿Pureza de espíritu?, ¿cómo puedo llegar a conseguirlo?. En ese camino yo no puedo ayudarte, nadie puede ayudarte, tu serás tu única ayuda, tu serás el único camino y tu vida la única travesía que habrás de recorrer en la más absoluta oscuridad, pero cada vez que tu espíritu haya avanzado un paso, por muy pequeño que este haya sido, un inmenso resplandor iluminará tu pasado y durante unos fugaces instantes tu futuro más próximo.

Me apretó la mano con fuerza y su rostro hasta ahora inexpresivo esbozó una sonrisa, añadiendo.

-El cielo a veces hace trampas y tiene una cosa que nosotros los hombres llamamos azar.

Abdul se puso en pie y golpeando en un hombro a su compañero le dijo, ivamos holgazán que tenemos que aprender tantas cosas en la vida, tantas cosas que no podemos perder el tiempo en lamentos inútiles hacerlo es revolcarse en el propio fango y eso a nada ni a nadie benefician! Todo aquello que no es beneficioso, no es un pensamiento amoroso y nos alejamos del camino de la pureza de espíritu.

CAPÍTULO XV. SOCOTORA



Días más tarde avistaron la isla Socotora, buscaron un buen lugar donde pudieran escorar los barcos, reponer las tablas dañadas así como limpiar bien los cascos de las embarcaciones que frenaban la marcha haciendo más lenta la navegación, habían provisto los tres navíos, con todo lo necesario, entre ellos había carpinteros y albañiles, curtidores, toneleros y gente de las más diversas profesiones incluyendo un impresor con

su prensa que Roberto hizo subir abordo. Trabajaban bien pero con calma, no teniendo prisa alguna tomaban aquello más que como un trabajo como descanso en tierra. El buen tiempo les ayudaba, intimaban con los habitantes de la isla a los que les compraban bueyes y cerdos, salaron sus carnes y las guardaron en las bodegas. Muchos se iban de caza, otros pescaban y otros se divertían con los nativos. Roberto no dejaba ni un solo momento sin buena vigilancia y buena guarda los barcos. También había advertido de no realizar afrenta alguna en ningún momento a los nativos advirtiéndoles que el alcohol no tenía cabida en hombres que deseaban ser libres.

-El alcohol oscurece las mentes, abotarga los cuerpos y embrutece las almas. Eso no es para nosotros. Y preguntaba:

-Acaso queremos volver a nuestra vida anterior.

Había en la isla abundantes plantas de Aloe que los nativos utilizaban para casi todas las enfermedades que padecían, habían clasificado varios tipos de aloe como más eficaces según las dolencias que tenían.

Entre los aloes, el aloe vera era la que al parecer tenía más virtudes y en general más propiedades curativas.

Roberto que había sido iniciado por su padre en la botánica curativa y en el conocimiento de las plantas medicinales se interesó grandemente por esta planta de la que los nativos hablaban con vehemencia. Comprobó que con el jugo gelatinoso de la hoja fresca las heridas cicatrizaban muy rápidamente y evitaban la infección, sus efectos beneficiosos sobre las quemaduras les parecieron sorprendentes. Comprobó también la hermosa piel de los nativos, no solamente en los jóvenes sino en los ancianos que tenían una piel tersa y limpia, y es que con frecuencia se bañaban juntos en el gelatinoso jugo de esta planta. Además de diversos preparados con ella, la utilizaban en pequeños trozos en la comida. Utilizándola sobre la piel para hidratarla, para evitar y aliviar las picaduras de mosquitos y en las partidas de caza para que los animales no detectasen su olor humano y huyesen.

Aprendió Roberto innumerables aplicaciones de las propiedades de esta misteriosa planta, recogió las formas de hacer aceites y extractos curativos de aloe.



Investigó y se ingenió para reducir su gelatina a polvo, para ello la seco al sol, después con un almirez la machaco y trituro hasta reducirla a un polvo muy fino. Esto hizo en cantidades considerables, así como de los aceites que distribuyó en los barcos incrementando la botica.

Algunos nativos tenían la piel mucho más clara incluso sus rasgos físicos eran diferentes, los que tenían la piel más clara vivían en el interior de la isla, acudiendo a la costa para la pesca o para adquirir e intercambiar productos. Roberto entró en relación con ellos intentando descubrir su

origen aunque sospechaba que serían descendientes de portugueses que durante años y ahora también frecuentaban estos mares para su comercio.

Le pareció extraño no obstante que de ser así, siendo hombres de mar y dedicados al comercio instalarían sus factorías en la costa y no en el interior de la isla.

Roberto, el cocinero y dos hombres más, acompañaron hasta su poblado a varios de estos nativos. La curiosidad de Roberto era grande y deseaba desvelar aquél misterio, para ello se preparó para aquel viaje.

Para su sorpresa el poblado no tenía construcciones al uso del resto de la isla, sino que estaban sólidamente construidas de materiales de adobe y de piedras y en lugar de planta circular, eran rectangulares con el tejado a dos aguas, distribuidas en calles.

Tenían alcantarillas y desagües a lo largo de ellos tapados con losetas de barro, por lo que las calles permanecieran limpias e higiénicas, lo que los dejó maravillados, pues en las ciudades occidentales distaban mucho de la limpieza que allí veían.

Los condujeron hasta la presencia de los más ancianos, que como pudieron fueron haciéndose entender unos y otros, a veces utilizaban algunas palabras con entonación diferente a los otros nativos.

Uno de los marineros que le acompañaban, exclamó:

-Aquí hay algo muy extraño, varias veces he oído palabras en griego y ciertos sonidos son del norte de Grecia, yo soy de esa zona de Tesalónica y los reconozco.

Añadiendo:

-Voy a señalar una serie de objetos con palabras griegas que ellos hayan empleado o que yo empleé, tal vez así saquemos algo en limpio.

Los resultados no se hicieron esperar, varias palabras coincidían con los objetos señalados, aunque la pronunciación variaba más ligeramente y en otros muy poco.

Ante las preguntas de aquellas coincidencias y escuchar la palabra Grecia, uno de los ancianos que hasta ese momento había permanecido en silencio observándolo todo sin perder detalle comenzó diciendo:

-No os sorprendáis, hace muchos años, nuestros antepasados venían de Grecia y Macedonia, formaban parte del ejército de Alejandro Magno, hijo del rey Filipo II de Macedonia. En sus conquistas puso su nombre a la ciudad de Alejandría, conquistó muchos territorios y países incluyendo, Egipto, Libia, Persia derrotando al rey Darío. En Babilonia quiso reconstruir la torre de Babel mientras se preparaba para la conquista de la India por mar y tierra, más de diez mil soldados trabajaron cerca de un año fabricando adobes y construyendo la torre.

De tan grande que eran las dimensiones del edificio que pasado este tiempo no se había construido más que la base y la plataforma primera. Hubo de abandonarse el proyecto para realizar campañas de conquista. Estando en la población de Gordío, encontró en un templo una cuerda anudada sofisticadamente a un yugo de bueyes. Preguntó por aquello y le explicaron que la tradición decía que aquél que consiguiese desatar el nudo estaría destinado a conquistar el mundo. Alejandro desenvainó su espada y de un tajo cortó el nudo y siguió adelante.

Cuando nosotros tenemos un problema que es difícil de resolver utilizamos la expresión este es el nudo de gordiano de la cuestión.

En el asedio de una ciudad fue herido por una flecha, la herida se le infectó cobrando un feo aspecto, su maestro Aristóteles le envió un hombre conocedor de las heridas, que le aplicó ungüentos y aceites de Aloe. Quedó tan satisfecho y maravillado de los efectos de esta planta que ordenó la conquista y colonización del lugar de donde prevenían las mejores plantas de aloe, con el fin de tenerlas siempre para las necesidades de sus soldados, heridos o enfermos. Ese lugar no era otro que la isla Socotora, lugar en el que nos encontramos. Ese es nuestro origen y esos han sido nuestros antepasados.

De nuestro rey, nuestros antepasados nos transmitieron muchas anécdotas como la de que cuando era niño y se enteraba que Filippo había conquistado una nueva ciudad o un nuevo territorio, se enfadaba y decía en voz alta, mi padre no va a dejar territorios a los que yo pueda conquistar. Lo que hacía reír a los generales y soldados.

Una vez siendo todavía adolescente, compró su padre varios caballos, pero uno no lo podían montar, al intentarlo se encabritaba sobre las patas traseras. Su padre lo rechazó. Entonces él dijo, lástima que tan hermoso animal no sea entendido por el jinete. No le pareció bien al rey aquellas frases desafiantes de su hijo, así que un tanto airado le dijo:

-Si lo montas es tuyo, Alejandro se dirigió al caballo, dirigió su cabeza frente al sol, y montando sobre la grupa del caballo, galopó y trotó ante el asombro y admiración de todos los que allí estaban. Este caballo sería el compañero inseparable de sus batallas se llamaba Bucéfalo.

Más tarde explicó, que el caballo se asustaba con las sombras de los ademanes y gestos que se producían con el sol, al estar frente a él y no haber sombras el caballo no se alteraba. Filippo decía a menudo a sus generales, mi hijo tiene las cualidades para ser un rey más grande y conquistador que yo.

No daban crédito a lo que estaban oyendo, en una isla alejada de la costa y con dos mil años de diferencia se contaban estas cosas como si hubiesen sucedido hacía poquísimo tiempo. Los ancianos vieron que Roberto y sus compañeros tenían la extrañeza y la incredulidad reflejada en el rostro. Uno de ellos se levantó, abrió un arcón extrayendo de él, varias espadas, varios cascos, puntas de laza, una coraza y dos escudos, todos ellos bien conservados por estar impregnados en grasas y porque debían ser cuidadosamente limpiados cada cierto tiempo. La evidencia no podía ya ser refutada. Roberto tomó en sus manos una de aquellas espadas, eran antiguas, muy antiguas al igual que el escudo y la coraza. Ofreció dinero o lo que quisiesen por una de las espadas, pero se negaron a vendérsela, -estas son cosas que nos unen a nuestros antepasados, no podemos venderlas, les dijeron los ancianos.

Tanto Roberto como sus compañeros estaban fascinados por lo que oían, el griego quería saber más y le preguntó porque eran las espadas tan cortas, cosa que a decir verdad les extrañó a todos ellos. Uno de los ancianos tomó la espada en su mano y he hizo con ella varios movimientos en el aire, sin fatiga aparente la depositó de nuevo respetuosamente en el arcón, comenzó diciendo, varias eran las armas que se utilizaban, la espada que utiliza un jinete debe ser por lógica más larga que la utilizada por un guerrero de infantería. La infantería, base del ejército de Filipo de Macedonia y heredada por su hijo, se componían batallones cuadrados de un frente de dieciséis hombres con un total de doscientos cincuenta y seis hombres armados. Portaban casco, escudo y coraza como defensa, como ataque, lanza larga que en los desplazamientos se apoyaba en el hombro del guerrero que iba delante y una espada corta más efectiva en el combate cuerpo a cuerpo de las batallas. Estos batallones, bien adiestrados, manteniendo bien la disciplina, eran como rodillos, en campo abierto eran invencibles como así se demostró. Esa era la razón de que la espada fuese más corta.

Alejandro Magno murió joven, aquejado de malaria, no vivió en ningún momento como rey, su vida fue la de un guerrero austero y prudente.

En la principal batalla que tuvo contra los persas y tras derrotar al rey Darío III, este tuvo que abandonar precipitadamente su campamento y huir. Al llegar Alejandro a las tiendas de Darío y ver la fastuosidad y riqueza que le acompañaban exclamó, esta es la tienda de un general o es el palacio de un rey.

Le trajeron como rehenes a la mujer y la hija del rey persa, según dicen, de extraordinaria belleza tanto una como la otra. Puso esclavos y guardias a su servicio para que en ningún momento fueran molestadas ni sufrieran afrenta alguna, y eso que el Persa había reunido tropas e intentaba hacerle frente defendiendo su reino. A pesar de ello el Macedonio le hacía llegar los mensajes de su mujer e hija, a la par que le entregaba a ellas los regalos que su marido les enviaba. A pesar de ser enemigos, entre ambos reyes surgió una secreta amistad, dando órdenes a sus soldados de que a Darío

no se le diese muerte. Uno de sus aliados para congraciarse con el conquistador, lo traicionó y dio muerte. Cuando tuvo noticias de este hecho, quedó tan consternado y enfurecido de tal manera que mando doblar dos árboles y atar a ellos los miembros de noble persa traidor para después soltar los árboles hasta que volvieron a su posición original. El rey macedónico tenía gran simpatía por el rey Persa y admiraba su valor y constancia en la guerra a pesar de las adversidades. Tenía como objetivo derrotarlo totalmente, pero también tenía en mente recompensarlo y ganárselo como amigo.

Como bien os he dicho Alejandro tenía por maestro al filósofo Aristóteles. De él había aprendido el arte de la política, el de la diplomacia y a ser tolerante y generoso con los ciudadanos de las naciones conquistadas. Sus ejércitos por un lado y su hábil política por otra, hizo que muchos territorios se le rindiesen sin necesidad de batalla alguna. Conocían que se acercaba a sus territorios y antes de que llegasen sus mensajeros o tropas de avanzada, ya le habían llegado a él tributos de pleitesía, ofreciéndole el territorio.

Él los aceptaba, dejaba a los gobernantes en su lugar, supervisados por algunos de sus generales. Se vestía, al igual que sus generales y oficiales con las ropas del lugar, adoptaba sus usos y costumbres, acudía a los templos haciendo ofrendas a sus dioses, animaba a sus oficiales para que se casasen con los hijos de los nobles, cobraba tributos aumentaba su ejercito con animales y nuevos soldados a los que adiestraba en el manejo de las armas de su ejercito y continuaba sus conquistas, llegó hasta la India, de allí trajo la peculiar forma de pensar oriental a Grecia, así como conocimientos matemáticos.

Le habían hablado de la sabiduría de los brahmanes ascetas, queriendo someterlos a una prueba llamó a diez de ellos y como procedían de una ciudad que se le había revelado le dijo que daría muerte al primero que no respondiese y así lo haría por orden intimando al más anciano de ellos que al final juzgase. Al primero preguntó, -si eran más en su opinión los vivos o los muertos, la respuesta fue,

-Que los vivos, porque los muertos ya no eran.

Al segundo preguntó, quien tenía mayores bestias, la tierra o el mar, y le respondió,

-Que la tierra, porque el mar hacía parte de ella.

Al tercero preguntó, cual es el animal más astuto, y respondió,

-Aquel que el hombre no ha conocido todavía.

Preguntado el cuarto, con qué objeto había hecho que la ciudad se rebelase, respondió,

-Con el deseo de que viviera bien o muriera malamente.

Preguntado el quinto cuál le parecía que había sido hecho primero, el día o la noche, respondió que el día había precedido a esta en un día, y añadió viendo que Alejandro se maravillaba,

-Que siendo enigmáticas las preguntas era preciso que también lo fuesen las respuestas. Mudando pues de método, preguntó al sexto, -como lograría uno ser el más amado de los hombres, y respondió,

-Si siendo el más poderoso no se hiciese temer.

Preguntó al séptimo, cómo podría cualquiera que es hombre o hijo de hombre hacerse Dios, dijo,

-Si hiciese cosas que al hombre es imposible hacer.

Preguntó al octavo, de la vida o la muerte cual podrá más, respondió,

-Que la vida puesto que esta podía soportar tantos males.

Pregunto al noveno, hasta cuándo le estaba bien al hombre el vivir, respondió,

-Hasta que no tenga por mejor la muerte que la vida.

Mandó al décimo que hiciese de juez y que se pronunciase y respondió el más anciano de ellos,

-Que habían respondido a cual peor.

Repuso Alejandro pues tú morirás el primero juzgando de esa manera. A lo que replicó,

-No hay tal ioh rey! A no ser que tú te contradigas, habiendo dicho que moriría el primero que peor hubiese respondido.

Los dejó en libertad, les hizo regalos y envió algunos de sus filósofos que fuesen a aprender lecciones de ellos.

Pasaron algún tiempo más en la isla hasta que las embarcaciones estuvieron a punto y bien abastecidas, levaron anclas, desplegaron las velas y aprovechando el viento a favor dirigieron su proa a la isla de Madagascar con el propósito de inspeccionarla y si la encontraban de su agrado instalarse o instalar en ella uno de sus asentamientos.

CAPÍTULO XVI. LA GRAN SORPRESA

Una tarde en que el viento era muy suave, vieron acercarse hacia ellos dos navíos con todas sus velas desplegadas y teniendo ellos el viento en su popa.

No veía a lo lejos su bandera, adivinando las intenciones de un posible ataque, ordenó que se estuviese vigilante y preparados, ordenó también que se pusieran en formación y que bajo ningún concepto se dispersasen. Roberto realizó estos preparativos por precaución, porque sólo un loco temerario acometería la empresa de atacar a tres navíos bien equipados de armas y hombres bien entrenados.

Se divisaban los hombres de ambos barcos, y en los dos navíos ondeaba una inexplicable bandera azul, a ninguno le era conocida dicha enseña. No obstante las intenciones de atacarlos eran ciertas, aunque los navíos no esperaban que se les recibiese de manera tan impasible así como no esperaban verles armados de cañones ni a tantos hombres en sus cubiertas preparados para el combate, que por sus movimientos supieron que sabían lo que hacían, que sabían lo que se traían entre manos y que no los temían lo más mínimo, que al contrario les hiciesen temer que de asaltantes serían ellos asaltados, les hizo sospechar a los capitanes de los navíos que había algo extraño además, esto era que ninguno de los barcos llevaba enseña ni bandera alguna por la que pudiesen identificarse.

Recibieron un cañonazo por delante de la proa en aviso de que se detuvieren. A lo que Roberto hizo contestar con dos cañonazos por delante de la proa, dos por la popa y dos por encima del velamen. Avisándoles a su vez que los hundirían si no eran ellos los que se detenían.

Identificándose todos como piratas pero que a su vez no lo eran. Arriaron de uno de los navíos un bote que a fuerza de remos llevaron hasta el Halcón varios hombres, ya abordó uno de ellos se presentó como Caraccioli, cojeaba en lugar de pierna tenía una pata de palo, su pierna la había perdido en el asalto de un barco.

-La mala fortuna de una bala que me destrozó el hueso, se cangrenó y hubo que cortarla dijo.

A lo que el cocinero añadió tenemos suerte de tenerlas repetidas, por mucho que se diga, Dios hace las cosas bien.

Caraccioli le sonrió y riéndole la gracia, añadió,

-Y los hombres nos encargamos de deshacerlas.

Entre ambos hombres se entabló al momento una intensa amistad, una sensación de camaradería que se siente inexplicablemente con algunas personas, sensación que se produce desde el primer instante que traban conocimiento y permanecerá a lo largo de sus vidas.

Caraccioli se presentó como el lugarteniente del capitán Misson, en el otro navío dijo,

-Se encuentra el capitán Tew.

Os tomamos como barcos portugueses y de fácil presa, pero ni lo uno ni lo otro. Haciendo un gesto con la mano señalando a los hombres que en ningún momento habían abandonado sus puestos, queriendo indicar a su vez lo bien armados que se encontraban y lo bien acondicionadas que se encontraban los barcos de cañones. De haber intentado atacar nos hubieseis pulverizado dijo. A lo que Roberto añadió, nos habríamos defendido hasta haceros entrar en razón, vuestros navíos son más pequeños e inferiormente armados aunque por lo que he visto sobrados de valor y arrojo.

Que planes tenéis por estos mares, si no es un secreto que no pueda ser revelado. Nosotros estamos asentados en Madagascar. Allí tenemos nuestro propio poblado en una ensenada bien defendida de posibles ataques por mar.

-Que tipo de poblado habéis hecho, preguntó el cocinero.

-Le llamamos libertalia, en ella las normas de conducta son pocas y las leyes mínimas. Buscamos la libertad, huimos del mundo de la hipocresía religiosa y de la

explotación del hombre sobre otros hombres. Entre nosotros no hay esclavos ni siervos, solamente hay hombres libres. Nuestra enseña de los mástiles no son banderas de nación alguna, ni de la negra de piratas porque tampoco lo somos, hemos tomado la bandera azul del mar, y del cielo. Respondió Caraccioli orgullosamente.

Sería posible conocer al capitán Misson y al capitán Tew y visitar libertalia. Preguntó Roberto.

Como veo que estáis interesados no solo es posible si no que estaríamos orgullosos de que fueseis nuestros invitados, a Misson y Tew les diré que se dirijan al barco.

No es necesario -interrumpió Roberto- y yo acudiré a saludarlos a su barco.

Arriaron un bote, en él partieron Roberto y varios hombres entre los que contaban el cocinero, Abdul y el doliente enamorado, Roberto lo había escogido con el fin de que el excitante encuentro le hiciese olvidar las penas de amor, al menos por unas horas. Tomó Roberto tres pares de buenas pistolas con hermosas y artísticas incrustaciones de plata y nacar en sus cachas guardándolas en una caja las puso en el bote.

Al barco de Misson acudió Tew, allí se hicieron las presentaciones. Roberto ofreció un par de pistolas a Misson, a Tew y otro par a Caraccioli. A los tres agradó el regalo, estaban con ellas en las manos contemplando la belleza de las incrustaciones, no llevaban más que unos minutos en el barco cuando se escuchó un grito de mujer en la cubierta, al girarse vieron como una muchacha corría y se abrazaba al marinero que sufría mal de amores.

Nadie de los presentes entendía absolutamente nada, los marineros del Victoire, que así era el nombre del barco de Misson, como Roberto y los suyos estaban paralizados por el asombro, asombro que se reflejaba en los rostros de todos ellos.

Los dos enamorados eran los únicos que sabían una cosa, la única que les interesaba, nada ni nadie volvería a separarlos.

El joven marinero la puso tras de sí y apoyó la mano en su espada, inmediatamente Abdul el gigante tomó la misma actitud desafiante que su compañero.

Caraccioli preguntó extrañado -que está sucediendo, porqué esta actitud.

El cocinero ya repuesto y sonriendo dijo en voz alta al mismo tiempo que exhalaba un suspiro -Son las cosas del amor, las cosas del amor Caraccioli, las cosas del amor.

Roberto ordenó tranquilidad a los desafiantes marineros y que se comportasen como hombres tranquilos y sin temor alguno que se encontraban entre amigos y no entre enemigos.

Roberto narró el asalto al barco indio que se dirigía en peregrinación a la Meca, así como las peripecias en el acaecido, y que voluntariamente estos dos jóvenes no habían podido unirse aunque al parecer lo deseaban intensamente y que desde ese momento no se había conseguido consuelo ni distracción alguna para el infeliz enamorado.

Lo que no entendía, siguió Roberto, es que hacia la muchacha abordo de este barco.

Misson y Tew, narraron a su vez que habían asaltado un gran navío que venía de la Meca y que se dirigía a la India. Como en libertalia había muchos jóvenes que no tenían mujer, decidieron embarcar algunas de ellas. Como tenían esa falta, las embarcaron por agrado o por la fuerza, no con el propósito de hacerles mal alguno o de convertirlas o venderlas como esclavas, pues ambas cosas iban en contra de las creencias de los hombres de libertalia.

-Que hermosa historia de amor-añadió enardecido Caraccioli.

El cabo de mar del Victoire llamó a asamblea a la tripulación, explicó lo sucedido proponiendo, que el Victoire apadrinase a la muchacha haciendo una fiesta en libertalia. Por unanimidad fue aceptada la propuesta y cada uno de ellos donó una simbólica moneda como dote de la muchacha.

En el camarote, hablando de anécdotas pasadas, Tew contó de cómo una vez estaban en su barco realizando una representación teatral en la cubierta. La obra había sido escrita por su cabo de mar, y en una de las escenas se realizaba un juicio y se condenaba a morir ahorcado aun reo, todos estaban sentados menos los actores, como es natural, que declinaban con grandes gestos y gran solemnidad. En ese momento sale de los camarotes muy bebido uno de los marineros muy amigo del actor que hacia de reo. Al escuchar el veredicto, -te condenamos a morir en la horca hoy mismo, bajó a la bodega y con dos marineros más que estaban curdas como él, subió de nuevo a cubierta precipitándose espada en mano y soltando un pistoletazos. Se armó una confusión y una trifulca por lo inesperado de la situación de mil demonios, porque además no había manera de hacerles entender debido ala borrachera que aquello no era realidad, que era la ficción del teatro.

Para colmo, el único herido que poco después falleció fue el actor al que se condenaba a morir, siendo el amigo que salió en su valiente defensa, el autor del disparo que acabó con su vida.

Desde entonces, se prohibió toda representación teatral en el barco así como el consumo de alcohol para evitar peleas y desatinos.

Roberto aceptó la invitación de visitar libertalia, hacer la fiesta que también se les propuso y ya en el Halcón los cinco navíos pusieron rumbo hacía Madagascar. Una vez allí Roberto se admiró lo bien defendida que estaba hacia el mar libertalia, lo bien urbanizadas que se encontraban las casas y calles.

Misson explicó que los habitantes de la colonia se llamaban todos liberi, de este modo, no había franceses, ingleses, portugueses, nigerianos, eran todos hombres liberi, es decir hombres libres, que únicamente pertenecían a la libertad y vivían en libertalia.

Roberto preguntó si el trabajo no era obligatorio. Aquí fue Caraccioli quien habló, -Nada es obligatorio en libertalia, sin embargo todos sabemos lo que debemos hacer y lo hacemos, solamente los enfermos no trabajan y no porque no lo deseen, sino

porque no pueden y porque no se lo permitimos tampoco. Donde hay juventud hay fuerza y donde hay salud el trabajo no asusta. Claro está, añadió, que aquí no se trabaja de sol a sol, ni para ningún rico propietario.

¿Y si alguno quisiera no hacerlo?- insistió Roberto.

A lo que respondió Caraccioli. En todo el tiempo que aquí llevamos no se ha dado ese caso. Pero es como si en el mar un marinero se negase a realizar sus labores de marino. Además si eso aquí sucediese, el que no trabajase tendría el desprecio de todos, sus compañeros, lo más probable es que lo abandonasen, finalmente no comería y se moriría de hambre. La libertad no tiene cabida en corazones mezquinos, anida y se desarrolla en los corazones generosos.

Quince días estuvieron en libertalia. Enterados sus ocupantes de que buscaban un lugar para realizar un proyecto semejante al que ellos habían hecho insistieron en que se les uniesen ampliando así la colonia. Roberto junto con los principales de sus hombres valoraron las ventajas y desventajas del lugar después de haber inspeccionado la zona y conocer las tribus vecinas, consideraciones estas que expuso a la tripulación de los tres barcos diciéndoles que el que lo deseara podría quedarse recibiendo su parte del dinero.

A Misson, a Tew y Caraccioli les habló también de su parecer. La colonia está bien defendida con dos fuertes a la entrada de la bahía, el ataque por mar es francamente difícil, sin embargo la defensa interior es más flaca y se encuentra expuesta a incursiones de las tribus vecinas que aunque mal armadas y en apariencia pacíficas y en buenas relaciones, he visto que siempre estáis prevenidos de un eventual ataque, ya que estáis sujetos al humor de sus reyes, que tienen costumbres y hábitos totalmente opuestos a los de libertalia.

-Estás en lo cierto. Asintió Caraccioli.

Roberto continuó,

-El clima es benigno, el lugar agradable y las tierras feraces. Pero ese constante temor a un ataque desde el interior por las tribus vecinas, que aunque mal armados, en el momento oportuno y aprovechando la oscuridad o el exceso de confianza pueden realizar una incursión que bien podría ser catastrófica.

Tew y Misson, asentían con movimientos de cabeza, pensaban lo mismo que Roberto.

Además debe tenerse en cuenta que esta es una ruta cada vez más frecuentada por navíos, holandeses, ingleses, franceses y portugueses. En un primer momento hemos pensado Madagascar como una posibilidad, pero entabla excesivos riesgos futuros.

Misson volvió a hablar. Las consideraciones que haces son muy acertadas, tal vez incrementando la población de la colonia con los hombres de vuestros barcos nos haríamos fuertes y gran parte de las dificultades desaparecerían.

Roberto respondió,

-La problemática seguiría de fondo, desaparecerían los peligros en apariencia y momentáneamente para resurgir con fuerza inusitada en el momento menos deseado. Esto bien podría suceder por iniciativa de los propios reyes nativos, celosos de su territorio o de su poder, o incitados, comprados y apoyados por un país extranjero.

Nos presentas a libertalia como un asunto lleno de escollos insalvables, no olvides que somos marinos. Apuntó el capitán Tew al mismo tiempo que poniendo su rostro serio añadió -Nuestra capacidad de respuesta a un ataque es considerable, la lección que recibirían no la olvidarían, durante mucho tiempo.

Fue Caraccioli quien respondió, -No es solución alguna Tew. No sería más que un ataque de castigo, con grandes pérdidas de vidas humanas, incluyendo las de nuestros hombres, por otra parte esto no haría más que incrementar los odios por ambas partes.

Nosotros, interrumpió el cocinero, tenemos en mente establecer varias colonias semejantes a libertalia, un lugar lo tenemos ubicado en el norte de España. Otro lo

tenemos pensado aunque todavía no decidido en las costas del Pacífico en el Perú, también perteneciente a España pero con un control muy relativo, con lo cual se podía llevar a efecto nuestra idea de vida sin grandes impedimentos. Teniendo presente además, que hay allí una tradición de solidaridad y ayuda comunitaria. Propongo que se mantenga libertalia hasta donde convenientemente se creyese viable, tan pronto hubiere conflictos que sufriesen entradas en guerras, siempre estarían los otros dos emplazamientos. Si sucediese esto a la inversa, siempre quedarían otras dos colonias.

Todos asentían afirmando, moviendo la cabeza de arriba a bajo. A fin de cuentas estaban decidiendo su futuro y el de sus hombres. Roberto volvió a hablar, -Creo que para asegurar la permanencia en el tiempo, y en tranquilidad de los emplazamientos, se debe extender lentamente la idea que nos mueve a las poblaciones vecinas, para ello hay que buscar los lugares con los vecinos adecuados, y a todas luces en esta isla los reyes nativos que están siempre en lucha entre ellos, no son los vecinos idóneos. Acabó diciendo esto último con una sonrisa.

La carcajada fue general. Entre risas se oyó la voz de Misson, -En esto se parecen a los monarcas europeos, siempre están en guerra unos con otros. Deben de tener el mismo ascendiente.

Que nos os quepa duda alguna. Añadió Caraccioli, -El diablo es quien engendró a todos ellos. La iglesia bendice y santifica ese pacto diabólico. Lo sé muy bien porque fui sacerdote en otro tiempo en que era un joven ingenuo lleno de sincero misticismo religioso.

¿Es cierto eso Caraccioli?, preguntó con asombro el cocinero.

Lo es, pero no deseo hablar sobre ese asunto, agua pasada no mueve la rueda del molino, respondió, al tiempo que adquiría una expresión seria y taciturna.

Yo hablaré en tu lugar, sino te incomoda, intervino Misson. El Victoire, buque en el que me había embarcado, se encontraba en Italia, aproveché la ocasión con el permiso del capitán excelente marino, buen hombre y amigo de mi familia, para visitar

la ciudad de Roma. La casualidad, el azar hizo que en ella me encontrase a Caraccioli que estaba de clérigo en ella, no haciendo mucho tiempo que había terminado sus estudios y tenía parientes en la jerarquía eclesiástica de la ciudad, lo que viene a ser, protectores que le facilitarían los ascensos en la carrera eclesiástica para alcanzar importantes puestos en la curia vaticana. Pero e ahí que Caraccioli, les sale honrado, espiritual y valeroso, que se entregó a la religión para elevar y mejorar el espíritu de sus semejantes. Es así, Caraccioli. Le preguntó dirigiéndose a él. Caraccioli asintió. Pero también era sensible a la miseria y al padecimiento de los hombres, su idea era eliminar también el hambre y la miseria de los campesinos, de los trabajadores, de los niños y de los ancianos y que las mujeres no tuviesen que prostituirse a cambio de unas monedas ni estar sujetas las jóvenes a los caprichos de los señores para quienes trabajaban.

¿Estoy en lo cierto Caraccioli? -volvió a preguntarle el capitán Misson. Estas en lo cierto, respondió Caraccioli.

Pero el joven sacerdote, veía como los obispos, arzobispos, cardenales, monjes y demás gentes pertenecientes a las altas esferas de la iglesia, practicaban todo menos la humildad económica, ellos mismos eran los primeros en someter al pueblo, para explotarlo económicamente, limitando sus vidas a unos pocos años y embruteciendo sus espíritus. Permitían que los poderosos hiciesen lo mismo, amedrentando a unos con el infierno si se revelaban contra los mandatos de la iglesia que no eran otros que los designios divinos, mientras a los poderosos se les prometía el cielo por que los pobres estaban ahí para que se practicase con ellos limosna.

Vio tanta injusticia en la iglesia, tanta hipocresía, tanta degeneración y vicio en los cardenales que cuando nos encontramos por casualidad, Caraccioli estaba al borde la desesperación, sintiéndose engañado hasta lo más profundo de su alma, y desde lo más profundo de su alma comenzaba a nacer como respuesta un odio terrible para con la curia romana y contra él mismo por pertenecer a ella.

Nos hicimos amigos, hablamos de planes futuros y del presente indeseable, nuestra juventud y nuestra sed de aventuras, hizo que pocos días más tarde embarcase conmigo en el Victoire.

Poco tiempo después el Victoire fue asaltado por un barco pirata, no solamente repelimos el ataque sino que nos apoderamos del barco asaltante. Nuestro capitán falleció de las heridas del combate. Al no haber capitán y yo siendo oficial, la marinería decidió quedarse con el Victoire y yo como su capitán. Así fue como el Victoire pasó a nuestras manos, yo a ser su capitán y Caraccioli el segundo de abordo.

Mucho más tiempo siguieron hablando configurando y matizando los proyectos.

La historia cuenta que el capitán Tew se retiró a una vida pacífica en América pero que algunos de sus hombres después de gastar su dinero le insistieron y convencieron de que los capitaneara en una incursión para rehacer sus fortunas, se dice que murió en el mar rojo asaltando un barco Mogol. Del capitán Missón se cuenta que su balandra naufragó con una tempestad en las costas de Nueva Guinea, pereciendo él y todos sus hombres.

Lo ocurrido en realidad, como bien se puede intuir, no ha sido así, esas historias fueron propagados para borrar el rastro de sus nombres y hechos en su vida pasada. Se puede imaginar fácilmente a donde se dirigieron y como terminaron sus vidas, pero esa es otra historia.

CAPÍTULO XVII. LAS BUSQUEDAS

Abandonaron el océano Índico, doblaron el cabo de Buena Esperanza navegando por el Atlántico sin impedimento evitando todo tipo de embarcación durante la travesía, pasaron cerca de las islas Madeira de nacionalidad portuguesa sin recalar en ellas. Una mañana avistaron la costa gallega, penetraron en una de sus rías cuya entrada estaba protegida de los embates del mar por dos inmensas puertas de piedra, las islas Cíes. Atracaron por precaución en ellas. Sus hombres descansaron recorriéndolas y abasteciéndose de agua, crustáceos, peces, frutas silvestres, huevos y carne de gaviota. Estas islas eran conocidas en la antigüedad como islas palomeras por su abundancia en estas aves.

La alimentación de la gaviota es marina, teniendo los huevos y la carne un fuerte sabor a pescado. Los marinos habían pasado largo tiempo comiendo carne y pescado en salazón, aquel cambio de dieta representaba para todos ellos un manjar mientras no le trajese el Halcón mejores avituallamientos de tierra firme.

Roberto había dirigido el barco a una de las pequeñas poblaciones costeras, compró víveres en abundancia para ambas tripulaciones. Cinco de sus hombres, entre ellos el cocinero, partieron para realizar la compra de las tierras donde instalarse, permaneciendo uno de ellos en aquél lugar a la espera de noticias o acontecimientos, sería el hombre de contacto que debería permanecer allí evitando todo tipo de problemas y sin llamar la atención.

Roberto eligió para este cometido a los hombres más discretos, menos presuntuosos y que no gustaban del alcohol, dos de los que acompañaban al cocinero eran de una astucia fuera de lo común, pacientes, escrutadores, capaces de vender si se lo propusieran el aire a quien sabe que lo obtiene gratis, tal era su labia. El cocinero sabía leer, escribir y estaba en su tierra, y sabía como tratar a sus gentes, cosa que no es fácil para el que no ha nacido en Galicia.

El gallego es ambiguo y desconfiado, un extraño pregunta por algo a un gallego y en pocos instantes el gallego lo ha interrogado sabiendo lugar de origen, dedicación, a que y para qué viene, respondiéndole él a su vez, sin concretar nada, es la pura ambigüedad personificada. Un caminante pregunta a un gallego en un cruce de caminos ¿por aquí se va a tal lugar? Y el gallego responderá "si señor, se va" ¿y por este otro? , "por este también" ¿se va por los dos entonces?, vuelve a interrogar el caminante, volviendo a responderle el gallego "por uno si", ¿y por el otro? "por el otro también".

Su desconfianza lo salva de no pocas desgracias y de no pocas humillaciones, es un recurso protector, pero una vez ganada su confianza puede obtenerse todo de ellos, son individualistas, alegres y melancólicos al mismo tiempo, primero quieren el conocimiento de la persona, después los tratos. De ahí que se diga de ellos que si encuentran un gallego en una escalera nunca se sabe si sube o baja, porque a la pregunta ¿subes? El gallego responde "no, voy".

Partieron el Halcón y los dos navíos en busca de aquellos familiares o de las personas deseadas por los marineros. Debían navegar hasta el mediterráneo rehuendo todo barco y al tocar tierra, ocultaron cañones, disimularon con tinte las velas y en la medida que pudieron, el aspecto general de ambos barcos hasta hacerlos irreconocibles, los cañones aunque ocultos, estaban dispuestos para en caso de peligro repeler un ataque en breve tiempo.

Cruzaron de noche y con gran rapidez el estrecho de Gibraltar, las corrientes superficiales marinas, debido a la diferencia de temperatura del Atlántico y del Mediterráneo circulan en dirección del primero a este último, mientras que con las corrientes internas se produce el fenómeno contrario, su dirección es del Mediterráneo al Atlántico.

Este fenómeno es conocido desde la antigüedad. Los navegantes fenicios lo salvaban ingeniosamente, cuando el viento no soplaba a su favor, arrojaban una vela cuadrada al mar sujeta por cuerdas, las corrientes internas hacían las funciones del viento arrastrando la vela y ésta al barco.

Navegaron por el Mediterráneo hasta llegar a Libia donde con alegría desembarcó Abdul. Su corazón estallaba de gozo. Abdul, no pudo contener la emoción y para que los marineros de la barca que lo habían traído hasta la playa, no lo viesen con los ojos llenos de lágrimas, se volvió de espaldas a ellos diciendo, en treinta días estaré aquí, y se alejó apresuradamente en busca de su amada.

Los navíos habían puesto rumbo a los lugares en los que algunos hombres deseaban recoger familias, solamente unos pocos lo hicieron, los marineros desembarcaban, a veces sólo un día era suficiente para aparecer con sus familias. Todo se hizo con precauciones y disimulos evitando a toda costa riesgos innecesarios. Al anochecer un bote llevaba a tierra al buscador, se marcaban tres citas para el día y la hora de recogida, por si surgían imprevistos, el bote volvía al barco y el barco se adentraba en alta mar.

Los marineros salvo excepciones son gentes que habitan en la costa, los desplazamientos a sus lugares de origen llevaban poco tiempo, de ahí la rapidez con que se realizaba la operación.

Los familiares que con los marineros venían eran gente trabajadora de los más diversos oficios, hermanos que trabajaban de albañiles o de carpinteros, padres que habían sido agricultores, herreros o artesanos. Eran gentes acostumbradas al trabajo durante dieciséis horas diarias. Por este trabajo recibían un jornal insuficiente para su manutención. La idea de una vida mejor que mejorase el bienestar de sus hijos y de ellos mismos, les animaba a realizar este sueño dorado.

La diversidad de edades, ancianos con experiencia en los oficios y jóvenes en pleno vigor físico y los niños con su alegría, convertían a los tripulantes de ambos barcos en un precioso tesoro de vida. Tanto era así, y tan industriosas eran estas gentes, que muchos de ellos portaban semillas de plantas, de hortalizas, de legumbres y frutas, desconocidas en otras regiones, pero que en la suya eran habituales.

Una de las veces, cuando iba a recogerse a los familiares, un marinero de los que le acompañaban, llegado al barco contó que el día anterior habían sido detenidos dos de ellos como sospechosos de unas muertes sucedidas hacía poco más de una semana. Él había logrado huir pero sus compañeros estaban detenidos y por las trazas que llevaba, el asunto no tenía buen cariz.

Roberto escogió un grupo de quince hombres armados, él mismo ejecutaría el plan para liberarlos.

Antes del anochecer entraron en la ciudad, las puertas aun no habían sido cerradas, penetraron en el cuartelillo de los guardias, que cogidos por sorpresa, no reaccionaron, amordazados los encerraron en las mismas oscuras y frías celdas en que ellos tenían encerrados a los marineros. Había también encerrados, dos mozalbetes mal vestidos, cuya edad no alcanzaba los quince años, habían sido apaleados con saña, su delito no fue otro que robar unas gallinas e intentar robar la capa a un noble, momento en que fueron capturados y maltratados por sus criados que estaban cerca.

En otra celda aparte, se encontraba un hombre de unos sesenta años, sus ropas estaban todavía en buen estado, y su persona aherrojada con grilletes con una cadena sujeto a la argolla de la pared. Era un preso que había sido ingresado esa misma tarde por los oficiales de la inquisición que iban de camino para llevarlo a sus propios calabozos. Caer en manos de la inquisición era caer en manos de jueces sanguinarios que por medio de torturas indescriptibles, hacían confesar al acusado todo lo que los jueces quisiesen, para finalmente acabar de morir con la poca vida que podía quedarles, en la hoguera.

Este hombre era filósofo y arquitecto, al parecer, encontraron en su casa libros árabes y alemanes, de autores prohibidos por la inquisición, así como cartas en estos idiomas. De esto se le acusaba, de poseer libros prohibidos, delito gravísimo que se condenaba con morir vivo públicamente en una hoguera. Alguien que conocía la existencia de estos libros, lo denunció. La envidia de sus conocimientos y seguramente

el participar en una parte de los beneficios de sus bienes confiscados, sería el motivo de la acción del denunciante.

Roberto indicó a los niños que se vendrían con él, tanto si querían como si no. Al filósofo le dijo que tenía libertad para ir a donde quisiera, a lo que el hombre respondió: ¡Libertad! ¿Qué es eso?, en lo de ir a donde quiera, a dónde voy a ir en mi estado, tal vez si fuese más joven intentaría huir, pero a mi edad, allí adonde vaya seré encontrado en pocos días. Mi destino está trazado, los hombres así lo quieren y el cielo parece permitirlo, razones tendrá Dios que están fuera de mi alcance comprender, este sería el final doloroso de un hombre que hace ya tiempo que dejó de ser joven.

Todos los que oyeron, impresionados por sus palabras y por su entereza de corazón enmudecieron ¿Quién podía ser aquél hombre? ¿Cómo podía llevarse a tormento y ajusticiar a un hombre así?. Le habían quitado los grilletes, pero el hombre sin inmutarse permanecía sentado resignándose ante un futuro que sabía inevitable. Roberto, no menos impresionado que los demás, en cuclillas ante él, le dijo: no es usted persona merecedora de este trato, venga con nosotros, una por salvar su vida, otra porque necesitamos un hombre con su espíritu para que nos aconseje y guíe. El hombre no comprendía a Roberto, porque nada sabía del proyecto y negó con la cabeza. Añadió Roberto, tenemos proyectado un mundo distinto en cierto lugar, muy lejos de aquí, medios no nos faltan, hombres tampoco, pero necesitamos a alguien de su sabiduría. Llegado a este punto, Roberto para causar mayor impresión con sus palabras, se puso en pie y terminó diciendo ¿porqué se empeña usted en oponerse a los destinos del cielo y del mismo Dios, que aquí nos ha traído, con el propósito de su liberación?.

Las palabras de Roberto hicieron el efecto esperado. El hombre levantó la cabeza con un movimiento rápido y nuevos pensamientos cruzaron por su mente, su rostro comenzó a ganar vida, vida que ya la había dado por perdida, se puso en pie agregando. Iré con vosotros pero temo que más bien habré de ser una carga que una ayuda.

Dos hombres más se encontraban aherrojados en la celda. Uno de ellos de aspecto agradable y parco, el otro por el contrario tenía la mirada torva y sus facciones duras, fúe a este último al que libraron de sus hierros primero. El otro al verse libre de los grilletes dirigió sus puños golpeando con brutalidad al reo liberado antes que él, y que cayó ensangrentado al suelo.

Todo fue tan rápido que nadie pudo hacer nada, ni nadie tuvo tiempo a entender. El hombre de aspecto agradable, el que propinara aquellos terribles golpes, dijo. Este se queda, y añadió con desprecio, es un daciano.

Al tiempo que el caído trataba de incorporarse, le descargó una patada en su rostro que lo dejó tumbado boca arriba con el rostro tumefacto y como muerto. No tengáis cuidado, añadió, estos no mueren fácilmente, la maldad y su crueldad los mantiene vivos cuando nadie podría vivir.

¡Don Carlos, por Dios! ¡Tened piedad! Exclamo el anciano.

Piedad es lo que tengo y continencia para no arrancarle los ojos y tullirlo de brazos y piernas. Por Dios tengo piedad y continencia, que no por mi y por mis semejantes, seres así son una afrenta a la humanidad y a la obra creadora de Dios. Y dirigiéndose a Roberto, si me lo permiten les acompañaré parte del camino.

Varios hombres con caballos de los guardias fueron a recoger a los familiares del marinero con la menor pérdida de tiempo, el resto se dirigió al lugar donde estaban los botes.

Amparados por las sombras de la noche caminaban con el mayor silencio posible, al doblar una de las esquinas entraron en una pequeña plaza, el anciano les dijo.

-La última casa que allí se ve, es la mía, tengo gran interés en entrar en ella, serán unos instantes.

Dos de los hombres lo acompañaron, mientras Roberto siguió con todo el grupo.

La puerta estaba cerrada, el anciano no tenía la llave, forzarla haría ruido y escándalo. Había poco tiempo, el anciano entristecido dijo -es inútil, marchémonos de aquí-.

No había acabado de decirlo cuando surgió de la sombra un joven que se encontraba entre unos árboles. Era su criado, al que abrazó con gran alegría. El sí tenía una llave de la puerta de la casa. Ya dentro el anciano comprobó que todo estaba todavía en perfecto orden, los registros y requisas de sus pertenencias se harían probablemente al día siguiente.

Abrió un arcón, de su tapa levantada desprendió un doble fondo, de él extrajo una capa de seda blanca con una gran cruz en ella de color rojo, extrajo también una bolsa con monedas. Del fondo del arcón tomó en sus manos otra bolsa mayor y repleta de monedas que ofreció al joven mancebo -esto es para ti por haberme servido y vete de esta ciudad, de no hacerlo serás tu quien ocupes mi lugar. Aunque tienes la posibilidad de acompañarme si lo deseas.

La respuesta no se hizo esperar.

-Yo voy a donde tu vayas. Sabes que no tengo donde ir. Me has recogido de niño, me has criado y me has educado.

El tiempo apremia, dijo uno de los hombres. Salieron apurando el paso para intentar alcanzar al grupo, se metieron por callejones, atajaron la distancia que los separaba, no tardando en volver a formar parte de él. Llegados a la playa esperaron a que llegasen los marineros con los familiares, ellos eran un buen grupo de hombres armados y nada tenían que temer, no obstante, Roberto tomó precauciones.

Mientras esperaban, Don Carlos les explicó la diferencia y variedad de los ladrones diciéndoles, que podrían resumirse en salteadores, estafadores, grumetes, apóstoles, duendes, maletos, cigarreros, cortabolsas, sátiros, devotos, mayordomos y dacianos.

Los salteadores, prosiguió, hurtan en los caminos y despoblados, muy pocas veces roban sin matar, para no ser así descubiertos.

Los modos y astucias que tienen para robar son varios, a algunos los vigilan durante días, sabiendo el día que se alejará de la ciudad con el dinero, etc.

Los estafadores son muy poco diferentes de los primeros, aunque más corteses y menos sangrientos. Buscan con el mayor desenfado a un rico mercader, en su casa, en la plaza, el mercado o en la iglesia, y en medio de mil personas se le acercan al oído fingiendo comunicarle algún negocio y mostrándole un puñal, le dicen, "este puñal pide cien ducados"; los traerás a tal lugar, tal día, si no lo haces, toma candela. El mercader no osa faltar a lo prometido, temiendo que lo maten. Y lo harán si no lo hiciese. Los capeadores, toman el nombre del hurto que es tomar capas de noche, y no tienen otra astucia que la ocasión. Otras veces se visten de lacayos entran en alguna fiesta o banquete, fingiendo buscar a sus amos, muy diestramente y a la vista de todos toman dos o tres capas sobre el hombro y se van con ellos saludando a los que encuentran.

Los grumetes toman el nombre de la semejanza que tienen con aquellos muchachos de los navíos, los cuales suben con gran ligereza por las cuerdas a lo alto del mástil, y los marineros les llaman gatos o jinetes.

Los apóstoles toman el nombre de San Pedro, porque así como el tuvo las llaves del cielo, así también estas llevan una ganzúa o llave universal, con que abren todo género de puertas.

Los cigarreros tienen por particular oficio frecuentar las iglesias, fiestas y banquetes públicos, cortan una media capa, las mangas un sayo, medio manto, un cuarto de faldellín y finalmente, lo que topan porque de todo se saca dinero.

Los devotos son ladrones a lo divino, porque no hay pascua, jubileo, ni indulgencia que no visiten. Están perpetuamente en las iglesias y conventos, muy devotos, esperando la ocasión de esconderse debajo del altar, para salir de noche y vaciar las cajetas y desnudar las imágenes de todas las joyas y oro que tienen.

Los sátiros son gente silvestre y greña, la cual tiene su distrito y habitación en los campos y bosques, robando caballos, vacas, caneros y toda suerte de animales que la ocasión les presenta.

Los dacianos, a este grupo pertenece el que hemos dejado en la celda, es un jefe, son gente cruel, despiadada y feroz, los demás ladrones los temen y no gustan de su compañía. Estos roban niños de tres o cuatro años, y rompiéndoles los brazos y pies, les dejan estropeados y contrahechos, para venderlos después a ciegos, picaros y otra gente vagabunda, que se aprovecha de su condición de tullidos y mal hechos pidiendo limosna por los pueblos, calles y plazas.

Entiéndame ahora, que la vida le hubiese quitado con gusto y aun el alma si pudiese.

Se oyeron ruidos de cascos de caballos, poco tiempo después llegaron los familiares a los que hicieron subir a los botes..

El amanecer quedaba lejos, todavía había mucha noche por delante, tenían caballos, un selecto grupo de hombres valientes y armados. Roberto preguntó:

-¿La cárcel de la inquisición queda lejos de aquí?

-No mucho, oyó decir.

Propongo, dijo, atacar la cárcel, soltar a los presos o traerlos con nosotros los que quisieran acompañarnos, ni hay botín ni hay fortuna, pero hay gloria en esta aventura, la noche es propicia, ¿que me decís?

-Estamos a tus órdenes, a donde vayas te seguiremos -le respondieron, añadiendo uno, siempre tuve ganas de ser yo quien les echase mano y no a la inversa.

Don Carlos que no tenía intención de subirse a los botes les dijo -Acometer esa empresa, es aventura loca y de las grandes.

A lo que Roberto contestó, es aventura de gloria y nos basta, si además es loca, bienvenida sea, que de tanta cordura estamos hartos.

Don Carlos replicó -Hombres decididos sabiendo lo que quieren, cárceles de la inquisición, liberar presos del horror, aventura loca, o loca aventura, ser justos aunque no justicieros y la noche protegiendo nuestros actos. Señores les ruego me permitan acompañarles, no les sobraré un hombre tan valiente como cualquiera de ustedes. Conozco el arte de la esgrima y los sucios trucos de la pelea callejera.

Roberto indicó que se dejaran los botes cerca del barco y que volvieran a la playa con algún bote más por si fuese necesario embarcar más gente.

Antes de partir, rogó a una de las muchachas que iba en uno de ellos que les haría un gran bien y serviría de gran ayuda si los acompañase.

Dividió a sus hombres en cinco grupos de cuatro hombres con un cabeza de grupo cada uno de ellos.

Llegados al sombrío edificio inquisitorial se apostaron a los lados de la puerta, golpeando con enérgicos aldabonazos -¿Quién va?- preguntó una voz desde dentro.

Yo, una mujer cristiana, respondió la muchacha nerviosa.

Se abrió la mirilla y volvió a preguntar la voz -¿Qué quieres?. Hablar con los familiares de la inquisición, para denunciar, les dijo con una voz ya algo más repuesta.

Denunciar y hablar con nosotros, dijo la voz que ahora les pareció que tartamudeaba ligeramente, lo que indicaba que estaba borracho -además eres bonita, seguro que tienes buen talle, añadió. Varias voces se oyeron dentro preguntando quien era y que por el tono parecían todos ellos ebrios.

-Una palomita que viene a su jaula, decía mientras recorría los cerrojos.

-Que entre, que entre, que le abriremos sus alas -decían riendo.

Se abrió el postigo, en ese momento entró Roberto el primero seguido de sus hombres, saltaron sobre los cuatro guardianes sólo uno pudo esgrimir una daga que de nada le sirvió. Tres más salieron de una habitación, estaban armados pero fueron reducidos sin dificultad.

Roberto dejó un grupo cerca de la puerta en el exterior haciendo guardia. Otro grupo en la parte interna haciendo guardia también. Y con el resto se disponía a recorrer el edificio cuando sintieron unos terribles gritos de mujer que les heló la sangre, provenían de los sótanos.

Están en pleno interrogatorio, preguntan en el nombre de Dios y los pobres infelices responden con gritos desgarradores, no tienen modales ni educación ninguna. Que le rompan los huesos uno a uno, que arranquen sus carnes con tenazas de hierro candente, no es motivo suficiente para contestar de ese modo -Dijo Don Carlos con sarcasmo-.

El edificio era amplio y constaba de dos plantas superiores, Roberto ordenó que todos sus hombres mas los de las puertas subiesen con él, un grupo se dirigió al primer piso, otro al superior.

En esas plantas se encontraban habitaciones de algunos de los guardias de la inquisición, otros eran despachos y archivos, los guardias jugaban y bebían sin incomodarles los gritos de los torturados.

Cogidos por sorpresa eran reducidos sin dificultad alguna. Uno de ellos opuso verdadera resistencia hiriendo a uno de los hombres y enfrentándose con su espada a dos hombres más a los que hacía retroceder. Un espadachín -dijo en voz alta Don Carlos, al tiempo que con un ademán indicaba que le dejasen a él la faena.

Bien, bien estúpido espadachín, eres el perfecto imbécil, estúpido por prestarte al oficio que tienes, y perfecto imbécil por que al enfrentarte a mí vas a recibir varias estocadas de las que lentamente tardarás en morir una semana, para que dolorosamente pongas tu alma a bien con Dios, pero no con ese Dios para el que torturáis y quemáis vivos, sino con el otro, con el que no conocéis, el del amor.

El guardia atacó, repeliendo el ataque Don Carlos con facilidad.

Sólo sabes hacer esto le increpó con sangre fría.

El guardia realizó el ataque al rostro, clásico ataque de la esgrima española, ataque que era esperado por Don Carlos ya que fue desviado con el antebrazo, al tiempo que le descargaba un golpe de espada sobre la muñeca de su adversario, que seccionó cayendo por tierra empuñando la espada, hundió después con varias estocadas su acero en distintas partes del cuerpo que no eran vitales para una muerte pronta.

A morir como puedas, en paz no creo que lo consigas.

Dicho esto, se dio la vuelta, diciendo, -Ahora a los sótanos cada momento de retraso una tortura más.

Se encontraban en el zaguán dispuestos a descender a los sótanos cuando se oyó golpear la puerta en señal de alarma, instantes después sonó la aldaba, eran monjes dominicos, inquisidores escoltados por cuatro guardias.

A penas estuvieron dentro cuando fueron atacados, uno de ellos logró huir pero en la calle fue apresado y muerto allí mismo. Lo introdujeron dentro y lo dejaron con los otros que estaban siendo atados.

Descendieron a los sótanos llevando delante de ellos a los dos inquisidores, que amenazados les iban mostrando las distintas dependencias, hay tres sótanos, les dijeron, las dos últimas celdas, el primer sótano, salas de tormento y justicia.

De la sala salían gritos desgarradores, empujaron la puerta, el espectáculo era dantesco, dos mujeres jóvenes desnudas estaban siendo torturadas, a una la tenían sujeta por las manos y tobillos con cuerdas que estiraban con un torno, dislocándole con esta operación todas las articulaciones de su cuerpo. A la otra le tenían los pies metidos en unas tablas que apretaban los talones con vueltas de un tornillo era el horrible suplicio de la bota, que aprieta los talones produciendo un dolor insoportable. De su boca salía humo, pues le acababan de introducir brasas candentes en la boca a la par que se la mantenían cerrada.

Dos verdugos realizaban las operaciones bajo los ojos atentos y escrutadores de un inquisidor y su secretario que tomaba nota de las preguntas y respuestas, más bien de alaridos pidiendo clemencia, clemencia que no obtenían.

Los verdugos no supieron que hacer en un primer momento, repuestos se lanzaron al ataque con sendas tenazas ardientes, un disparo en el pecho a uno y un tajo en la garganta al otro dejó todo en calma otra vez.

El inquisidor se levantó de su silla temblando de miedo, sospechando de que se trataba levantó el crucifijo en sus manos, diciendo, -En el nombre de Dios, no os atreváis a dar un paso más, no os atreváis a tocarme siquiera.

En el nombre de estas mujeres, yo os haré lo mismo que con ellas hicisteis, respondió Roberto que se lanzó sobre él golpeando su cabeza contra la pared, hizo desnudar a los cuatro monjes inquisidores, vio una cuerda sujeta a un peso y preguntó, para que era aquello, se sujeta al acusado, se le cuelga y se le deja caer antes de que el peso llegue al suelo se le para repentinamente, esto le descoyunta totalmente.

Bueno haced lo mismo con uno de estos miserables, ¿para que es aquel cajón con rejas y brasas encendidas?.

-En ellas se acostaba al reo.

-Pues haced lo mismo con otro de estos buenos cristianos.

-¿Para que es este ataúd que esta lleno de púas?.

-En el se introduce al reo para que sufra hasta la muerte

-Pues hacer lo propio con otro de ellos.

-¿Para que son estas tenazas al rojo vivo?.

-Para arrancar la carne de los acusados.

Como nadie se atrevía a realizar esto último, decidieron primero liberar a las dos mujeres de aquellos aterradores suplicios y poner en su lugar al inquisidor y a su secretario.

Antes de someterlos a sus propias pruebas de fe preguntarles si reniegan de la fe cristiana.

Todos ellos sin excepción pidieron clemencia llorando y gritando, y como respuesta a la pregunta realizada respondieron que si, que renegaban a la fe cristiana.

He aquí a unos herejes, empezar el tormento.

Envío a los hombres a las otras salas y a los sótanos, al poco tiempo volvieron varios de ellos pálidos.

Es el infierno, capitán, es el infierno, se lanzó sobre uno de los inquisidores y le clavó su espada en el vientre, -¡malditos asesinos!- exclamó lleno de rabia.

Encontraron en las celdas, hombres y mujeres malheridos y con sus huesos descoyuntados por las torturas padecidas, les improvisaron con mantas y tablas angarillas para transportarlos a los barcos, los guardias vivos harían el transporte junto con dos carretas que había en las cuadras.

Los gritos de los inquisidores se oían insistentemente, Don Carlos dijo -acabemos con esos gritos de una vez por todas- poco después todo estaba en silencio, solamente se escuchaban sus voces junto con las voces lastimeras de los atormentados prisioneros que se quejaban al instalarlos en los improvisados transportes.

Roberto dio orden que se prendiese fuego al edificio, serviría además como instrumento de despiste, mientras acudan a sofocar el incendio, no tendrán tiempo de fijarse en nosotros.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas, así que hubo que asaltar un puesto de guardia y abrir la puerta que daba salida al camino que les conduciría a la playa donde les esperaban dos botes. En varios viajes al barco que no se encontraba lejos de tierra debido a la marea que estaba en pleamar, fueron trasladándose heridos y hombres.

Antes de embarcar Roberto insistió a Don Carlos para que los acompañase, a lo que se negó.

-Vuestro proyecto necesita hombres de corazones puros, el mío está corrompido en demasía, tengo hábitos muy arraigados de los que además no deseo prescindir ni privarme de todos ellos mientras viva. Que la suerte os acompañe y trate bien.

Ahora debo irme, el tiempo me apremia, hacia Francia es largo el camino y París su capital más lejos queda aún.

Abrazó a Roberto, éste le dijo, tenga una vida más tranquila y sensata, con su valía y saber no entiendo su empeño en la búsqueda de compañía de truhanes y ladrones. A lo que Don Carlos añadió, y mujeres de tugurios y de muchos otros, nobles, eclesiásticos y militares, que en nada desmerecen sus actos y comportamientos de los anteriores, puedo asegurártelo.

Roberto deposito una bolsa con dinero en su mano, que Don Carlos sopesó y guardó. Dio las gracias y montando en uno de los caballos desapareció en las sombras.

Roberto se interesó por la vida de Don Carlos. El anciano le dijo, se llama Don Carlos García, es médico, hombre de buen saber y experiencia pero gusta del juego en demasía, de la bebida, de la comida y de todos los placeres que la noche y el día pueda ofrecerle. Huye de la responsabilidad y de la sensatez como liebre de un cazador.

A pesar de todo, es un hombre honrado de noble corazón que no dudaría en hacer mil favores a quien de él necesitase.

Le he visto, continuó el anciano, dar su bolsa con el mayor respeto y humildad a una mujer indigente que traía un niño de pecho en brazos y dos mocosos cogidos a sus faldas, él quedarse sin blanca y seguir su camino como si nada hubiese ocurrido.

Roberto exclamó, ¡que pena haberlo dejado marchar!

Los otros navíos realizaban su cometido al igual que el Halcón; el Halcón al igual que los otros dos navíos utilizaba banderas de identificación de su nacionalidad y que se correspondía con la documentación oficial del país, por si en caso necesario hubiese necesidad de mostrarla.

Se dirigían a algún punto de Italia y Grecia allí debían recoger familiares, amigos o amadas, Roberto insistía algo en broma, algo en serio, intentad traer muchachas jóvenes, somos muchos hombres jóvenes y no tenemos a quien entregar nuestros corazones.

Se encontraban entre Grecia y Turquía. No muy lejos de aquí habló el anciano, se celebró la batalla naval de Lepanto, una de las grandes batallas navales de la historia.

Trataban de pasar los días al paio mientras no transcurría el tiempo de recoger en tierra a los desembarcados, así que la tripulación entera se puso a escucharlo.

El emperador turco asaltaba con sus naves el mediterráneo impidiendo con ello el lucrativo negocio de los comerciantes venecianos, de los negocios del Vaticano, de la Orden de los Caballeros de Malta y de los comerciantes españoles en el Mediterráneo y de sus reinos en Nápoles, Sicilia, Milán y Génova.

Se hizo una liga naval militar para enfrentarse a los turcos.

Los españoles aportaron la mitad de la flota, la otra mitad fue aportada por el Vaticano, la Orden de Malta y la República de Venecia.

El total de los efectivos humanos reunidos por la liga contra los turcos ascendían a cincuenta mil marineros entre los que se encontraban los galeotes o condenados a remar en galeras y treinta y un mil soldados, de los que veinte mil eran españoles, ocho mil venecianos, dos mil del Vaticano y mil mercenarios.

Todos ellos iban a bordo de doscientas ocho galeras de guerra, noventa españolas, ciento seis venecianas doce pontificias. Apoyados por seis galeazas bien armadas venecianas, y ochenta navíos españoles entre naos, fragatas y bergantines.

Al mando de la escuadra de la Liga estaba Don Juan de Austria joven de veinticuatro años de excelente fortaleza física, pues podía nadar con la armadura puesta. Era hermano bastardo del rey Felipe II y éste puso a su lado expertos hombres de mar que lo asesorasen.

La galera es un navío que se utilizó en el mar Mediterráneo, cuyas aguas son más tranquilas que los del océano Atlántico, su uso se remonta a la época de los fenicios y griegos, de las que fueron grandes constructores.

Eran largas y estrechas su borda no sobresalía más del metro y medio fuera del agua, se impulsaba a vela cuando había viento y cuando no, a golpes de remo. De ahí que solamente se utilizasen en las estaciones de buen tiempo. Los remos medían doce metros de largo y pesaban ciento treinta kilos que manejaban cinco hombres por remo, tenían una plataforma a proa y otra a popa donde se instalaban cinco cañones en cada una de ellas, la proa tenía los espolones que servían como arma de choque rompiendo los remos enemigos o introduciéndose en su vientre rompiendo el casco con el impacto.

Los que manejaban los remos eran los galeotes, hombres que habían sido condenados a las galeras, su vida en ellas era extremadamente dura, permanecían atados a sus bancos día y noche, comiendo un poco de potaje y pan, les proporcionaban dos litros de agua y si había mucho esfuerzo, un litro de agua cada hora para reponerlos del sudor perdido. Sus necesidades más primarias las hacían a menudo en el mismo lugar en el que se encontraban, el olor era inmundito, sin contar, chinches, pulgas y piojos o los latigazos del vigilante que caían sobre la espalda del que se encontraba agotado. Las manos de estos hombres a fuerza de remar desarrollaban unas callosidades y unas deformaciones que les daban aspecto leñoso.

Debe señalarse un hecho de gran valentía de un corsario turco, que se infiltró una noche con una pequeña embarcación pintada de negro para con el fin de espiar y contar las naves de la liga. Se confundió en la cuenta lo que transmitió a los suyos creyendo que las fuerzas oponentes eran muy inferiores a la real.

La escuadra turca tenía doscientas treinta y cinco naves frente las doscientas nueve de la liga, treinta y cuatro mil soldados turcos frente a treinta y un mil de la liga, trece mil marineros y cuarenta y cinco mil remeros turcos frente a doce mil marineros y cuarenta y tres mil de la liga.

Se enfrentaban los dos ejércitos mas temibles del mundo, los jenízaros y los tercios españoles aunque estos últimos acostumbrados en los combates en tierra.

El día de la batalla tenían los turcos el viento a favor, era una gran ventaja, de esta forma no se cansaban los remeros, de repente, el viento cambió su dirección y tuvieron estos el viento en su contra. Las galeazas que iban muy bien provistas de artillería y mucho más altas y robustas que las galeras, iban adelantadas, se introdujeron entre la línea de sus barcos haciendo fuego con sus cañones, y desbaratando su formación de ataque después comenzó el combate embistiéndose las quillas de unos galeras contra otras, así trabadas se convertían en plataformas de lucha que se asemejaba a los combates en tierra firme, lo que daba paso al abordaje y la intervención de la infantería.

Los turcos disparaban flechas envenenadas, los de la liga arcabuces y mosquetes. Sucedió un hecho muy sonado, llegado a un punto del combate en algunas de las naves turcas se le habían terminado las flechas y no habiendo otra cosa, arrojaban a los soldados españoles naranjas y frutas que transportaban en sus bodegas.

Los españoles se los devolvían riéndose de ellos, pero sabiendo que la lucha continuaría, feroz y sin tregua alguna por ambas partes.

Las pérdidas humanas sufridas por los otomanos ascendieron a treinta y cinco mil bajas entre muertos y heridos, también se había recuperado la libertad de doce mil remeros galeotes cristianos prisioneros en su escuadra.

La liga había perdido únicamente doce galeras teniendo diez mil muertos, muchos de ellos por flechas envenenadas y veintiún mil heridos. Entre los heridos estaba Miguel de Cervantes, en esta batalla Cervantes perdió su mano izquierda y recibió además dos balas de arcabuz en el pecho.

La tripulación estaba absorta y en perfecto silencio escuchándole, como nadie se movía, el anciano tuvo que añadir.

-Esto es todo, poco más puedo decir, excepto que los turcos extendieron su influencia a otra zona del mediterráneo y que España y los españoles no se beneficiaron en nada.

-Y la Armada Invencible, dinos algo de la Armada Invencible, se oyó una voz de entre ellos.

Los ingleses atacaban a los barcos españoles que se dirigían a Flandes, se construyó entonces una flota numerosa y formidable que recibió el nombre de Armada Invencible. Se componía de ciento treinta bajeles, dos mil cuatrocientos treinta cañones y veintinueve mil hombres de desembarco junto con los treinta mil que tenía Farnesio en Flandes y que iban a recoger, de no haberse interpuesto la escuadra inglesa y holandesa.

La Armada Invencible fue deshecha por las tempestades y por los navíos ingleses bajo el audaz y experto corsario Drake.

La flota española la mandaba el duque de Medina Sidonia que era un inexperto marino al que habían dado el mando al fallecer el marques de Santa Cruz que sí era este un experimentado hombre de mar.

El rey español al saber lo ocurrido se limitó a decir -No envié yo unas naves a luchar contra los elementos. El rey prudente y defensor de la fé como le llamaban, no tuvo en ningún momento una frase de lamento por tantos hombres heridos y muertos.

Y esto es todo, mi vigor no es el vuestro que sois jóvenes y yo viejo, y me encuentro cansado.

Roberto lo acompañó, sentados en el puente de popa disfrutando los últimos rayos luminosos del día.

-Me han dicho que has recogido en tu casa una capa de seda con una cruz y una pequeña bolsa, todo ello oculto en los fondos de la tapa secreta de un arcón. Solamente es la curiosidad que me mueve a preguntarte por tales cosas, no hay en mis palabras otra intención.

El anciano hizo una seña para que lo acompañase, entre sus cosas buscó la capa que puso sobre sus hombros.

-Nunca he podido llevarla en público, y mostrarla tan solo a muy pocas personas. Hoy tengo una buena oportunidad.

Con ella puesta ascendió por la escalera, la capa con la cruz roja se movía agitada a medida que ascendía cada peldaño. Caminaba despacio, solemne, todos los que estaban en la cubierta lo miraban asombrados, llegado al puente de popa apoyo una de sus manos sobre la barandilla.

El color blanco resplandecía con los últimos rayos de sol, destacando sobre el pecho una cruz roja que al igual que la de la espalda terminaba cada esquina en forma puntiaguda ligeramente curvada.

El anciano con su barba bien cuidada y la capa que la brisa marina mecía y agitaba, tenía ahora un aspecto imponente, irradiaba fuerza y poder, seguridad y conocimiento.

Su visión imponía y sobrecogía, no estaban viendo un hombre vestido con una capa, estaban viendo algo más que un hombre, eso se sentía, en esa postura desafiante con su mirada puesta en la lejanía y cercándolo ya las sombras nocturnas. De repente una luz poco a poco fue saliendo de su cuerpo hasta convertirse en una bola luminosa almendrada que lo rodeaba totalmente a un metro de distancia de su cuerpo.

Tiempo después, la luz fue disminuyendo hasta quedar únicamente el reflejo blanco de su capa.

Más tarde explicó a Roberto el significado de todo aquello.

-Pertenezco a la orden de los caballeros del Templo de Jerusalén, o como solían llamarnos, caballeros templarios. Antiguamente nos cubríamos con la capa de seda blanca y la cruz de ocho puntas en la espalda, estas ocho puntas, son Aquí el anciano pareció meditar unos instantes, todavía es demasiado pronto para hablar de estos asuntos.

Puedo decirte que la orden a los cien años de su creación tenía inmensos territorios, castillos, ciudades y puertos distribuidos por España, Francia, Inglaterra, Portugal, Alemania, Chipre, Siria, teníamos gran poder político, económico y militar. En la orden del temple, seguíamos la austeridad de la orden religiosa del Cister con la que nos unía una relación espiritual, en aquél tiempo éramos caballeros nobles y monjes guerreros.

Nuestra orden dividía a sus componentes en dos grupos bien diferenciados, los guerreros hombres de armas, de probado valor que rayaba con frecuencia en el heroísmo mítico. A su par se encontraban los guerreros del conocimiento, hombres que investigaban sobre el espíritu y el conocimiento oculto de la naturaleza y el universo.

Conocíamos lugares de la tierra con características especiales, en estos lugares se cruzaban ejes de energías telúricas, importantes cruces de corrientes de agua o cruces de grandes vetas minerales que convierten a estos lugares en idóneos para la unión del espíritu con el universo entero. Sabíamos esto, tanto por transmisiones de conocimientos de los antiguos druidas, conocimiento al cual teníamos acceso, también del oriente de los sabios árabes, sabios judíos y sobre todo con los místicos sufíes.

En nuestras construcciones incluyendo las militares, utilizábamos mediciones que se correspondían con cálculos astronómicos, sobre todo en las religiosas, aprovechando a menudo lugares y santuarios cuya antigüedad se remonta a veces a los orígenes del hombre.

Aquí Roberto lo interrumpió. Descendemos de Adán y de Eva y ellos fueron creados directamente por las manos de Dios insuflándoles vida con su propio aliento.

El anciano esbozó una leve sonrisa, casi triste podría decirse.

-Esa es la mayor de las tonterías de todas las tonterías que el hombre tiene en su cabeza.

La biblia es una recopilación de libros que narran la historia de un pueblo, la del pueblo judío, historia que además está escrita por ellos mismos. Se divide en dos

partes, el antiguo testamento que significa antiguo contrato y el nuevo testamento que significa nuevo contrato. El nuevo contrato o nuevo testamento está basado sobre la vida de Jesús de Nazaret hombre de gran conocimiento secreto y de un espíritu superior, su desarrollo fue tal que la Divinidad lo eligió como a otros hombres superiores, lo eligió como mensajero divino. Jesús de Nazaret nada escribió, nada dejó escrito, lo que de él se cuenta está escrito muchos años después, los evangelistas no lo conocían, excepto Juan y esos escritos fueron retocados, los otros escritos del nuevo testamento se refieren en su mayoría a los hechos de los apóstoles, a cartas y epístolas de Pablo. Este Pablo era un fanático perseguidor de los cristianos, posteriormente se convirtió al cristianismo pero siguió siendo un fanático, esta vez contra todo el que no fuese cristiano. Se dedicó a hacer iglesia, a hacer una religión jerárquica y autoritaria, todo menos espiritual. Este hombre no tenía conocimientos secretos ni elevación espiritual alguna, al igual que no lo tienen los cristianos y la iglesia actual.

En el antiguo testamento en el libro del Génesis, que significa origen, después de la expulsión de Adán y Eva del paraíso, está escrito -"y los hijos de dios se mezclaron con los hijos de los hombres".

Lo que quiere decir que la tierra se encontraba habitada de hombres. Con la creación de Adán y Eva por dios, querían decir que ellos los judíos procedían directamente de dios y que los demás humanos procedíamos de los hombres. Esto era para enaltecer su raza, en todas tierras de este mundo se encuentran historias, mitos, leyendas o mentiras similares, en la antigua Babilonia, en Egipto, Persia, Sumeria, Roma, Grecia en Perú, Méjico, India y un sin fin de países.

Me he desviado de nuestra conversación primera. Nosotros utilizábamos esos lugares que los antiguos conocían y captaban con su sensibilidad. En estos lugares construimos iglesias y ermitas con el número sagrado de oro, también llamado phi que es 1,618. Este número phi es la proporción áurea o número de relación de proporciones,

al mismo tiempo comprendíamos el universo y la vida matemáticamente con las octavas musicales.

Puedo señalarte alguno de estos lugares de especial resonancia energética, el monasterio de Bonoval en Guadalajara, el cañón de Río Lobos en Soria y su cercana Cueva Grande, la iglesia de San Juan de la Peña en Huesca, el castillo y monasterio de Tomar en Portugal.

El cocinero es gallego, pues bien, en esa tierra teníamos posesiones y encomiendas de importantísima preferencia. En la población del Temple, que todavía hoy lleva nuestro nombre se encuentra la ermita que fue de nuestra orden, pero todavía más especial, y concentrador de alto fluido energético, es la hermosa iglesia románica de Cambre, población muy cerca del Temple y ambas no lejos de la ciudad de Coruña.

¿Has estado en Galicia? preguntó Roberto.

He estado en muchos lugares, pero Galicia por las especiales características de su ubicación, es la reserva dormida espiritual de Europa.

Por Santiago de Compostela, apostilló Roberto.

Te equivocas, la catedral de Santiago de Compostela fue un montaje político con Alfonso II rey de Asturias y Galicia. Después siguió siendo una montaje político, pero además religioso y económico. En Santiago de Compostela solamente encontrarás comerciantes, bribones, pícaros, curas y ladrones, que todos vienen a parar en lo mismo. También encontrarás todo tipo de enfermedades. Paracelso el gran médico y alquimista repetía a sus discípulos, si quieres conocer la enfermedad permanece a la cabecera del enfermo, si quieres conocer las enfermedades viaja a Santiago de Compostela.

Nicolás Flamel el famoso alquimista fue también a Santiago de Compostela, pero en realidad viajó por Galicia, sabía de esos lugares que debía visitar meditando profundamente en ellos. En estos lugares debe buscarse el sitio apropiado, ahí es

donde interviene el conocimiento secreto o la sensibilidad desarrollada tras muchos años de esfuerzo y dedicación. Te señalaré algunos de estos lugares, Santa Marta de Ribarteme, la Franqueira, San Andrés de Teixido o el Corpiño. Todos ellos antiguos santuarios y espacios sagrados de religiones mucho más antiguas que la cristiana.

Habrán de pasar muchos años para que vuelva a despertarse la preocupación espiritual, preocupación espiritual que nada tiene que ver con la frivolidad religiosa.

Hasta ese momento solamente queda esperar, todo intento de acortar el tiempo resultará vanamente inútil.

Pero Santiago de Compostela es el gran centro espiritual de la cristiandad, en el tiene que haber en grandes cantidades, las energías de las que hablas. Afirmando Roberto.

Sí, algo hay, pero poca cosa, unas corrientes de agua que se entrecruzan por la zona donde está situado el sepulcro del que se dice el apóstol Santiago.

Quiero indicarte que lo que llaman *campus estelae*, y que se interpreta como campo de la estrella, es por aquella leyenda de que una estrella brillaba día y noche iluminando un lugar preciso y que en ese lugar preciso al excavar se encontró el sepulcro con los restos del Apóstol Santiago.

Debo decirte que en realidad significa campo de estelas funerarias, quiero decir que en ese sitio había un cementerio romano, las estelas eran las lápidas que indicaban el nombre de los finados allí enterrados.

Con la acidez, la lluvia y la humedad que hay en esa tierra, no cabe en la cabeza de nadie que pudiesen conservarse durante mil años restos de algún cadáver.

En la antigua catedral se realizaban los oficios sobre el ara marmórea del famoso sepulcro del Apóstol. Una de sus placas de mármol que tiene las dimensiones de noventa por setenta y por siete centímetros de grosor. Según dejó constancia Ambrosio de Morales en el año 1574, que era una especie inspector eclesiástico.

Ambrosio de Morales transcribió la inscripción de esta placa perteneciente al sepulcro y dejó por escrito constancia de ella. Después por no parecerle cristiana y que no secundaba los intereses de la iglesia católica, ordenó repicarla para que no quedase vestigio de ella.

En mi visita a los archivos de la catedral, un canónigo hermano templario me mostró el documento.

Esto es lo que estaba escrito si la memoria no me falla:

***CONSAGRADO A LOS DIOSES MANES
ATIA MOETA POR DISPOSICIÓN
TESTAMETARIA HIZO COLOCAR
ESTE EPITAFIO AL SUEÑO ETERNO
DE VIDIA MOETA SU BUENISIMA
NIETA DE 16 AÑOS Y PROVEYO
A SU PROPIO ENTERRAMIENTO***

Los dos nombres mencionados no son romanos como los de otras tumbas enterradas en el mismo lugar.

Estos nombres son de origen celta.

De haber estado enterrado en ese lugar un hombre de conocimiento avanzado y de espíritu desarrollado, ese sería Prisciliano que en su tiempo, allá por el año cuatrocientos, fue obispo de Ávila. Prisciliano conocía los escritos esenios, monjes místicos de la zona del mar muerto. Algunos de estos escritos estaban en poder de nuestra orden. Prisciliano intentó volver al ideal místico originario, preconizaba que los sacerdotes podían casarse, él mismo lo hizo con Eucrocia una mujer al parecer extraordinaria y altamente espiritual. Preconizaba también que las mujeres podían officiar los cultos religiosos al igual que el hombre.

Prisciliano fue detenido y juzgado como hereje, Agustín obispo de Hipona y Martín obispo de Tours, ambos elevados posteriormente al santoral católico, salieron

en su defensa, sobre todo Martín de Tours, de nada valió, a Prisciliano, le cortaron la cabeza por disentir de la ideología de la iglesia, ya poderosa de Roma.

Menciono a Prisciliano porque él había nacido en Padrón lugar cercano del actual Santiago, y perteneciente a la diócesis de Iria-Flavía, hoy desaparecida, ocupando su lugar la próspera Santiago de Compostela.

Tres discípulos transportaron el cuerpo de Prisciliano en barco a su tierra natal, Padrón. La leyenda que se cuenta sobre el apóstol Santiago, de que le cortan la cabeza y que su cuerpo es trasladado por tres discípulos en barco hasta Padrón, mas que una extraordinaria coincidencia, es una extraordinaria y burda manipulación de la realidad.

Si quieres encontrar cosas realmente importantes, búscalas siempre en lugares y en personas sencillas, los grandes mensajes están continuamente rodeándonos y al alcance de nuestra mano.

A menudo se tomas las maneras sencillas por cosas de poco valor.

-¿Los restos del apóstol Santiago no se encuentran enterrados en el sepulcro de la catedral?, pregunto con inquietud Roberto.

-Alma de Dios, es lo que estuve intentando explicarte durante todo este tiempo.

-Otro embuste más. Estas gentes han alcanzado el mayor de los descaros.

-Todavía hay más, hicieron correr el rumor que en la batalla de Clavijo aparecía el apóstol Santiago a lomos de un caballo blanco y espada en mano matando moros y que gracias a esta intervención divina se ganó tal batalla.

De ahí en adelante se le llamó Santiago matamoros y así se le representa a caballo espada en mano y repartiendo mandobles.

Lo mejor de todo esto, es que Santiago era pobre y no tenía dinero para comprarse un caballo, ni que decir tiene que tampoco sabía montarlo. Los apóstoles junto con Jesús de Nazaret se desplazaban caminando.

Santiago, el hijo del trueno, es lo que su nombre significa, el apóstol del que Jesús dijo "afortunado tú, que posees el don de la doble vista". No mató jamás a nadie, y menos a congéneres suyos ya que él era medio moro, por no decir moro entero.

Desde ese momento hasta ahora y me temo que por largo tiempo, han puesto una división más entre los hombres, la cruz contra la media luna. Han hecho que estos símbolos sean irreconciliables y sus seguidores enemigos acérrimos que se odian y matan por los engaños y mentiras de sus religiosos.

El espíritu creador es uno allí donde esté, da exactamente igual el color de piel que posea la persona, la religión que practique o la vestimenta que lleve encima.

-Estoy asombrado por las palabras que acabo de oír, se descubre la niebla de mis ojos y veo el mundo desde otra perspectiva. Añadió Roberto pensativo, al mismo tiempo que con pesadumbre.

-Cosas peores veredes. Le dijo Don Quijote a Sancho. A propósito, has leído el libro de Cervantes Don Quijote de la Mancha. No, pues debes leerlo, todos deben leerlo. Lo que más me gusta es cuando Don Quijote dice "cuidado Sancho, con la religión hemos topado".

Tenía la orden nuestro sello propio que era el *sigillum templi*, representaba a dos caballeros con armadura, escudo y lanza, sobre un solo caballo. Esta representación explicaba las dos vertientes de la orden, la material, la militar, la política, la económica y la del otro caballero la del conocimiento y desarrollo espiritual. El guerrero espiritual estaba siempre en paz con su espíritu, era consciente de que la muerte permanecía constantemente a su lado y debía estar preparado para recibirla como una compañera que no tuviese nada que reprocharle y el poder ofrecerse limpio de corazón y con su espíritu lleno de la mayor pureza alcanzada por su esfuerzo.

Esta era la idea que en general movía a los caballeros templarios aunque solamente una pequeña parte alcanzaban o seguían el difícil y espinoso camino del guerrero espiritual.

La orden fue fundada en Jerusalén por los cruzados y caballeros Hugo de Payns y Godofredo de San Adémar junto con algunos caballeros cruzados más, todos ellos eran hombres de probado valor y preocupados por sus semejantes.

Los caballeros del temple participaron activamente en las cruzadas ayudando a Ricardo Corazón de León en Jerusalén, tenían tratos comerciales y de intercambios de conocimientos con una orden pareja y similar de monjes guerreros musulmanes, frecuentemente se realizaban rituales cristianos en sus mezquitas y ellos en las nuestras. La búsqueda era común, como común era el objetivo y los lugares donde se situaban las construcciones que albergaban las características que propiciaban dicha búsqueda.

El temple había adquirido gran capacidad financiera, desarrollamos la banca alcanzando gran prestigio y solvencia, se realizaban préstamos a comerciantes pero también a reyes, a la iglesia y al propio papa.

El oro y la plata no abundaban, los templarios la teníamos, esta plata y oro eran traídas por nuestros navíos de América, descubrimiento que manteníamos en secreto y que Colón haría mucho tiempo después.

Participamos en una parte importantísima en la batalla de las Navas de Tolosa, en la toma de Sevilla, en la conquista de Cuenca y de Valencia ayudando al rey Jaime I, famoso por su elevada estatura llevando más de una cabeza al más alto de los hombres de su época.

Jaime I rey de Aragón llamado el conquistador era también templario como templario fue el caballero inglés Guillermo el conquistador cruzado y héroe imbatido en todo torneo al que se presentaba. Has de saber que por aquél tiempo un caballo equivalía a la posesión de quince bueyes y los pertrechos de armadura y espada a otros tantos bueyes, un caballero llevaba sobre sí toda una fortuna, éste era su ganancia cada vez que vencía a otro caballero, además de los premios ofrecidos al ganador de la justa.

Este Guillermo fue el que arrojó del caballo al rey Ricardo Corazón de León y poniéndole la espada al cuello le dijo, en combate hay hombres pero no reyes.

Ricardo no se lo perdonó y trató de perjudicarlo en todo lo que pudo mientras vivió.

Templario fue también el bretón Bertrand du Guesclin, el capitán y jefe de las famosas compañías blancas, aquél que ayudando en la lucha a Enrique de Trastámara contra su hermano Pedro I el Cruel, en la batalla de los Campos de Montiel pronunció aquella famosa frase "Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor".

Templario lo fue pero ya en secreto, el famoso Bayard, conocido como el caballero sin miedo y sin tacha, tan grande era su prestigio que el rey de Francia Franciso I, se hizo armar caballero por él.

Bayard fue muerto de un tiro de arcabuz en la guerra que sostuvo España contra Francia por los reinos de Italia, murió con la espalda reclinada en un árbol y apoyando sus manos en la cruz de su espada. Fue Bayard el último caballero conservador del código de caballería, una de las veces que habían tomado sus tropas una ciudad italiana le llevaron para que se distrajese, como jefe que era, a una hermosa y joven muchacha, Bayard le preguntó si tenía enamorado, a lo que la joven temerosa y con los ojos bajos, respondió que sí, depositó en sus manos una bolsa con monedas de oro, diciéndole -te servirá de dote para el desposorio, y ordenó que la condujeran a su casa sin que fuese molestada.

Tan respetado y admirado era Bayard, el caballero sin miedo y sin tacha, que el día de su funeral se pararon las hostilidades acudiendo a sus exequias en el ejército francés, veinte capitanes de las tropas españolas, lamentando ambos ejércitos su gran pérdida.

Tenía el temple más de nueve mil prioratos repartidos por Europa y Oriente y veinte mil hombres pertenecientes a la orden. La envidia de la riqueza y el poder del temple por parte del rey de Francia, del de Inglaterra, del de España, de la iglesia y el

Papa, hicieron que Felipe IV de Francia llamado el hermoso junto con el papa Clemente V vertieran acusaciones detractoras y tan falsas como irracionales sobre la orden. Los acusaron de sacrilegio, prácticas satánicas, prácticas mágicas, de brujería y de realizar pactos con el diablo. En el año 1340 fueron detenidos ciento treinta destacados caballeros del temple con esta acusación, torturados y posteriormente muchos de ellos quemados vivos como el gran maestro de la orden Jacques Molay. Los bienes fueron repartidos entre los reyes y el Papa. Gran parte de nuestro tesoro fue salvado y ocultado de los ladrones reales y eclesiásticos, como ocultado fue nuestro verdadero tesoro que era el conocimiento de las fuerzas de la naturaleza y del cosmos que no era otro que el conocimiento de la fuerza del espíritu.

La orden fue disuelta y perseguida por la fuerza y bulas papales, solamente el rey de Portugal rechazó de plano las acusaciones como falsas y partidariamente interesadas.

Desde ese momento hemos permanecido ocultos en las más diversas profesiones desarrollando desde la oscuridad la luz que de una manera u otra contribuye a dulcificar el espíritu del hombre y hacer más llevadera su vida y paso por este planeta.

Roberto preguntó -¿Cómo siendo tan poderosos militarmente fueron tan fácilmente desbaratados?.

-La única y real respuesta a esta pregunta, es que los templarios teníamos una norma que juramos no saltarnos nunca. Si éramos atacados por tropas cristianas, nosotros no atacaríamos a su vez hasta haber sufrido tres ataques consecutivos.

Los atacantes lo sabían, se habían enterado por los templarios sometidos a torturas indecibles. No hubo resistencia alguna, de haberla tenido quien sabe la orientación y rumbo que hubiese tomado la historia europea.

Cruzar el Mediterráneo de Libia a la costa mediterránea Española y parar en otros lugares recogiendo familiares les llevó más de treinta días en llegar a las costas

de Libia de nuevo. Abdul llevaba una semana esperando con su amada, estaba radiante y feliz.

En un puerto se abastecieron de víveres, volviendo a cruzar por cuarta vez el Mediterráneo saliendo al Atlántico con rumbo a la ría gallega.

Durante la travesía se planteó ¿Qué hacer con las embarcaciones? El hundirlas no fue aceptado, venderlas pareció la mejor solución y como estaban frente a la costa portuguesa, el Halcón se dirigió a Porto, tratando la venta con comerciantes de la ciudad. El precio de ambos barcos era muy por debajo de su coste, lo que facilitaba su compra, a pesar de su bajo coste eran mucho las cantidades que se recibirían a cambio. En aquel momento las relaciones entre España y Portugal estaban más que tirantes y la ocasión de hacerse con dos buenos barcos a bajo precio, era una oportunidad que los comerciantes no dejarían de aprovechar.

La sociedad se interesó por ambos barcos, pero no podían abonar enteramente su coste, Roberto les propuso una alternativa comercial, que abonasen la cantidad que pudiesen pagar, la cual alcanzaba solamente la mitad del precio del galeón, sin contar con muchas de las mercancías que en el iban y que Roberto y sus hombres no necesitarían. Roberto y varios marineros, en representación de sus compañeros, entraría a formar parte como socios de la compañía, aportando como capital, el Halcón, la mitad del galeón y las mercancías que las bodegas del galeón contenían mercancías, de gran valor en los mercados europeos. Roberto dio una semana de plazo para decidir su propuesta y formalizar los acuerdos, acuerdos que de llevarse a cabo, los convertirían en socios con un buen capital en la compañía. La finalidad de una semana de plazo no era otra que ganar tiempo para realizar el traslado del oro y plata de las bodegas del galeón a las bodegas del Halcón.

El traslado comenzó inmediatamente, los pasillos utilizados para el abordaje sirvieron de puentes entre los dos barcos, la tripulación por turnos trabajó durante día y noche durante todo este tiempo, mientras unos realizaban el traslado, otros

disimulaban el oro y la plata en embalajes, no demasiado grandes para evitar que su peso fuese excesivo.

Un barco transportó desde tierra hasta ellos, que se encontraban en el mar, tablas con que confeccionar las cajas y pequeños toneles donde introducir el valioso cargamento.

En seis días, todo quedó resuelto, el Halcón con sus bodegas repletas, el galeón con las suyas medio bacías, en ella solamente había ya, especies y maderas raras, mercancías ambas de mucha demanda en Europa donde llegaban a alcanzar precios altísimos en el mercado, sin mencionar las sedas de la India.

El Halcón debía transportar además de la carga, a todos los marineros y tripulantes del galeón y del otro barco. El trayecto que debían cubrir les llevaría dos días y sin peligro porque navegarían cerca de la costa, a la que se acogerían buscando refugio en alguna cala, en caso de temporal, o de mar embravecido.

Volvió Roberto a reunirse con los socios de la compañía, que aceptaron gustosos, por el aporte de capital, ya que con ello pasaban a ser la sociedad más importante de la ciudad. Con los beneficios obtenidos de la venta de las mercancías existentes en las bodegas del galeón, libre ya de gastos, costas y riesgos, amortizaron gran parte del dinero desembolso por la compra de la mitad del navío. Los socios quedaron encantados, al decirles Roberto, que no interferirían en la marcha de los negocios de la sociedad, que ese cometido lo dejaba en sus manos, por considerarlos conocedores del negocio y hábiles en el comercio. Solamente se le rendirían cuentas de la marcha comercial, de los gastos y de los beneficios obtenidos a final de año o cuando ellos lo requiriesen.

Un notario acreditó los documentos dándoles legalidad. Desde ese momento, se convirtieron en socios de una compañía naviera.

Los marineros se reían de las vueltas que pueden dar los hombres en su vida, de ser marineros, considerados con menos valor que un animal y peor que los animales tratados, de la noche a la mañana se convierten en propietarios de barcos. De no tener

un lugar donde siquiera poder reposar a la hora de su muerte, a ser propietarios de una tierra en la que poder vivir con dignidad, sin hambre y del esfuerzo de su propio trabajo.

El Halcón levó anclas, arrió velas y partió rumbo a la ría gallega.

Poseedores de una gran fortuna todo proyecto que intentaran realizar sería viable, al menos económicamente. La voluntad y el deseo de una vida diferente a la que habían llevado haría el resto y aún con una ínfima parte del dinero podrían llevarla a buen término igualmente.

En una pequeña población de la ría, los esperaban con ansiedad los cinco marineros que no apartaban sus ojos del mar. Tenían buenas noticias que comunicarles, todas aquellas tierras habían sido compradas, y otras muchas más por menos dinero del calculado.

Todos ellos habían comprado buenas ropas, su aspecto con la nueva vestimenta no parecía rudo, el cocinero no fue reconocido por su antiguo señor, iba vestido con buena ropa de abrigo, montados a caballo y a comprar. Se presentaron como socios con negocios en ultramar y querían la compra de tierras con todo su contenido, casas, graneros, chozas, fincas, bosques, aldeas, todo lo que tuviese. El dueño estaba deseoso de la vida en ciudad y de residir en lugares más concurridos. La hacienda no le proporcionaba lo suficiente como para llevar una vida disipada como era su deseo. Vendió con facilidad. Como él, tres propietarios más, uno de ellos no quería vender el pazo, pero la condición era la compra de todo o de nada, cedió ante el tintineo del oro.

La décima parte de los terrenos adquiridos llegaban para la realización de la utopía y tenían nueve veces más territorio del necesario, eso los alegraba pensando en el futuro.

La tripulación de los tres navíos se encontraba toda en el Halcón, en una asamblea, Roberto propuso ya de firme, tenemos ya un lugar donde permanecer, tierras que trabajar y socios de una compañía. Se debería para mayor seguridad, fundar otra

de las mismas características en otro país, si ocurriese alguna persecución o surgieran contratiempos siempre habría dos lugares en lugar de uno donde acogerse. Misson, Tew y Caraccioli eran también de esta opinión, Madagascar no reunía las condiciones de seguridad necesarias en el futuro.

Tenemos entre nosotros un marinero que ya nos ha hablado del Perú y su antigua organización, es conocedor de su tierra como el cocinero de la suya, he hablado con él y ha visto el proyecto viable sin descartar las dificultades en su ejecución. Pensémoslo y votemos si consideramos la creación de otra colonia en Perú.

Se habló y se consideró durante algún tiempo, finalmente todos sin excepción votaron que dos colonias ofrecían más seguridad que una y por supuesto gran apoyo moral.

La colonia aquí formada se quedaría con la mitad del cargamento y con el interesante paquete de acciones de la compañía portuguesa, que les proporcionaría cuantiosos dividendos.

Para el Perú se llevarían el Halcón y la otra mitad del cargamento.

Comenzaron a trasladar lo almacenado en el vientre del Halcón. Varios hombres del pueblo fueron contratados para comprar en las aldeas y pueblos cercanos, carros y yuntas de bueyes. Ellos servirían de transporte hasta llegar a las tierras del interior de su propiedad. Era necesario que todo fuese trasladado en un solo viaje, carros arrastrados por vacas y bueyes, sería más seguro y levantaría menos sospechas, que realizar varios viajes con menos gente en compañía. Por otra parte, si el traslado se realizaba con celeridad las autoridades no tendrían tiempo de recabar información ante posibles sospechas.

En una bodega que servía como almacén de pescado salado, instalaron los toneles, cajas, maderas nobles y otras mercancías, quedando destinados día y noche en su vigilancia diez hombres fornidos y bien armados.

Desde el primer momento de su llegada, envió Roberto a dos hombres en una embarcación con una carta suya para que la entregasen a sus padres, en ella le explicaba su intención y les pedía que en compañía de los dos marineros viviesen con él, al igual que los familiares de sus compañeros estaban con ellos. Le explicó también, que en estos momentos le era imposible acudir personalmente, pero que su presencia a su lado era muy importante para él, y que los conocimientos de su padre eran necesarios allí adonde iban. Por si su deseo era quedarse en el lugar, les enviaba una bolsa de monedas suficiente para no preocuparse económicamente el resto de sus días.

Todo iba sucediendo sin incidentes, las dificultades que surgían se iban allanando lentamente. El pueblo recibía a los forasteros con servicialidad, su estancia les reportaba un dinero fácil, tanto por la venta de alimentos, de enseres agrícolas, de ropas y la estancia y pensión en sus propios hogares. El incremento de la población de esos días, hacía que el pequeño pueblo pareciese una fiesta por su actividad.

El alcalde y su familia habían sido agasajados por Roberto con diversos obsequios, con el fin de facilitar la resolución de inconvenientes que pudieran surgir, esta medida fue de gran utilidad, ya que el alcalde puso a su servicio toda su influencia para lo que pudiesen necesitar.

Abdul vivía con su amada momentos felices. Ella, había cambiado sus ropas del desierto por las españolas, su rostro era hermoso, su figura bonita y esbelta. Abdul estaba orgulloso de ella, y ella de él, sintiéndose cómoda entre gentes de diferentes hábitos y costumbres.

Los padres de Roberto, decidieron no acompañarle, la idea de estar cerca de su hijo los llenaba de contento pero se encontraban mayores, su vida era apacible, pero sobre todo no deseaban ser una carga para Roberto, que tenía toda una vida por delante por vivir y en la que no le faltarían dificultades y preocupaciones, como para ellos añadirles una más. Reunidos en asamblea propusieron, donar una cantidad de dinero para la construcción de una escuela para los niños, y otra no menos importante, con la que comenzar un seguro para ayudar a las viudas y huérfanos de marineros

mueritos en el mar, este seguro sería gestionado por los mismos marineros, a la que ellos mismos añadirían una pequeña cuota mensual que incrementase poco a poco su capital, esta seguridad garantizaría la asistencia a aquellas familias que hubiesen sufrido la pérdida del marinero cabeza de familia.

Compraron una buena embarcación de pesca y la donaron al pueblo, de forma que los beneficios obtenidos con ella, ingresasen íntegramente en la sociedad, con el compromiso de que dos carretas con pescado en salazón, en escabeche o secado, partirían cada quince días al lugar a donde iban a instalarse. El costo se abonaría en el instante de la entrega, aunque por adelantado entregaron el valor de ocho carros. Todo este dinero ingresaría también en la asociación marinera.

Dicha idea fue bien acogida, aquellas gentes se habían portado excelentemente con todos ellos, ayudándolos en cuanto podían y con los medios que estaban a su alcance.

Roberto partió en el Halcón sin sus padres y aproximadamente con la mitad de la tripulación de los tres barcos, con destino a Perú. Abdul prefirió quedarse al lado de su amigo el cocinero.

Les quedaba mucho por hacer, cruzar el Atlántico, rebasar el cabo de Hornos, llegar al Perú y comenzar la esforzada y gratificante aventura.

Los carros estaban cargados, los animales fueron uncidos a ellos, el pueblo en pleno con el alcalde a la cabeza acudió a despedirlos, algunas muchachas jóvenes secaban sus ojos con pañuelos, y algunos marineros les decían que muy pronto vendrían a buscarlas. La caravana comenzó su marcha, tenían mucho trayecto por delante que recorrer.

Los caminos eran malos, estrechos y llenos de piedras, ascendían lentamente por las cuestas, en los descensos, por el contrario, frenaban los carruajes con cuerdas que los hombres sujetaban. El verdor, la belleza de los paisajes y la riqueza de la tierra, entusiasmaban a estos hombres y mujeres de otros climas. Llegados a su destino,

conocieron sus tierras, que eran muchas más de las imaginadas, bosques con abundantes árboles, pequeños ríos trucheros, prados de verde hierba y ganado. Las grandes casas de los anteriores propietarios, amuralladas y de sólida construcción de piedra, contrastaba con las chozas miserables de los campesinos medio hambrientos de las aldeas.

Las grandes casas se utilizarían como hospital y como escuela, por un lado, por otro, como almacenes colectivos, graneros y para guardar el ganado en periodos invernales.

En uno de ellos, en las mazmorras que antes habían servido para encadenar y encarcelar a quienes los dueños de la tierra arbitrariamente querían, ocultaron el oro y la plata, dejando una cantidad suficiente para cubrir las necesidades de compras que pudiesen necesitar.

Estas mazmorras fueron selladas, cubiertas y tapiadas con un doble muro de piedra de tres metros de grosor. No obstante cada día un hombre o una mujer distintos cada vez, estarían encargados de su guarda realizando alguna actividad o trabajo cercano al lugar.

El tesoro sería empleado en caso de necesidad o en la futura compra de tierras en otros lugares en los que se organizarían colonias semejantes a la que habían fundado. Por otra parte de las tierras y el ganado también se obtendrían beneficios, así como de la compañía naviera de la que eran socios. No era la economía lo que preocupaba, sino que allí todo estaba por hacer, todo estaba allí por construir. El anciano quería quedarse, pero Roberto le rogó que lo acompañase que su presencia era más necesaria en la fundación del otro establecimiento en el que serían necesarios sus conocimientos en construcción.

CAPÍTULO XVIII. LOS INMORTALES

-Lo mejor y más deseable es convertirse en inmortal, no morirse nunca. Dijo uno de los marineros.

-Convertirse en inmortales y no morirse nunca, es la gran aspiración del hombre, su gran sueño, la verdad es que sería fantástico. Dijo otro de los marineros.

Roberto que pasaba en ese momento cerca del grupo se paró a escucharlos. No es solamente que no puedas morirte, es además que no puedes enfermar, jamás estarías enfermo y si lo estuvieras no sería de enfermedades mortales que albergasen algún serio peligro. Agregó otro marinero del grupo.

-¿La inmortalidad sería para uno o para todos?, si es para uno, aun tendría cierta comprensión, pero si fuese para todos nadie se moriría y de seguir habiendo nacimientos, en pocos años la tierra estaría totalmente ocupada empujándonos unos a otros al mar.

Así iban expresando sus opiniones sobre la cubierta del barco.

Llegados a este punto de la conversación, Roberto intervino.

-No debéis olvidar que no puede existir una cosa sin su opuesto o si queréis, sin su contrario.

No puede existir el día si no existiese la noche, no puede existir lo blanco si no existiese su opuesto lo negro, al igual ocurre con el calor y su contrario el frío, lo dulce con su contrario lo salado. Si no existe la muerte considerada como ausencia de vida, tampoco puede existir el nacimiento como origen de vida.

-¿Quieres decirnos que si fuésemos inmortales no habría nacimiento alguno posible?. Por lo que has dicho, tus palabras dicen una verdad como una montaña.

-Eso mismo quiero decir.

Poco a poco se iban acercando más marineros que iban gustando de la conversación, se habían aficionado a la controversia, remontaban con sus mentes las alturas de la razón despejando las nubes de su intelecto.

El anciano se acercó también al grupo, que poco a poco sin intención previa se incremento a prácticamente toda la tripulación, excepto los que estaban en faena. El tiempo estaba tranquilo, una suave brisa desplazaba la embarcación. La marinería ocupada, hacía más vigilancia que trabajo real, el timonel requería a cada poco que le fuese repitiendo los comentarios, hasta que ya harto gritó. -¡Hablad más alto, aquí no se escucha nada!.

-La muerte dejaría de ejercer su cometido, todo absolutamente todo quedaría parado, los moribundos se quedarían en esa horrible condición de no ser ni muertos ni vivos, ni sanos ni enfermos porque la enfermedad no acabaría con ellos, pero tampoco permitiría que se curasen.

-Prefiero tener la condición que ahora tengo que no esa de la que se habla.

-¿La inmortalidad afectaría a los humanos o también afectaría a los animales y las plantas?.

Se hizo un profundo silencio, el comentario no dejaba salida alguna, cada cual intentaba buscar en sí mismo una solución. Roberto dirigió una mirada al anciano que con el rostro reconcentrado movía la cabeza afirmativamente.

-Si los animales son inmortales, no morirían y nosotros no podríamos comerlos. Ellos a su vez no podrían comer a otros animales.

-Tampoco podríamos comer vegetales, los animales tampoco podrían, si los vegetales fuesen inmortales.

-Un mundo de vivos eternamente hambrientos. Sentenció el anciano, sería como el suplicio de Tántalo, que estaba condenado por los dioses a no comer y a no beber, encontrándose sin embargo rodeado de manjares y bebida. Cada vez que tomaba una

copa en sus manos, el líquido desaparecía, cada vez que intentaba coger alimento este también desaparecía.

La voz del timonel se escuchó.

-Se puede hacer una pequeña trampa, solamente los seres humanos inmortales.

-Esa no es una pequeña trampa, eso es ser un gran tramposo. La inmortalidad alcanzaría a todo ser viviente o no habría tal inmortalidad.

-La inmortalidad, no puede existir, ni tiene razón alguna de ser.

Uno de los esclavos liberado del barco negrero escuchaba atentamente, a veces esbozaba una sonrisa, había permanecido callado todo el tiempo pero se decidió a hablar.

-Visto de esa manera la inmortalidad no tiene razón alguna de ser, pero si la vida y la muerte no existiesen en realidad como algo separado, sino como una continuidad de algo que no puede separarse ni romperse, la inmortalidad si tendría razón de ser. Podría llamarse existencia.

Varias voces pidieron que se explicase mejor.

-Me refiero a que la existencia es lo inmortal, lo eterno. La vida y la muerte es lo equivalente a la existencia, lo que la vigilia y el sueño es a la vida. Son clasificaciones que hacemos, al igual que el año lo dividimos en estaciones, el día lo dividimos en horas, al igual que dividimos en partes nuestro cuerpo. Todas ellas son divisiones irreales e inventadas para mayor comodidad nuestra. El día lo dividimos en día y noche, a su vez en horas nocturnas y diurnas. El día lo dividimos en horas, las horas en minutos, los minutos en segundos, el año en meses, los meses en semanas.

Si no hiciésemos divisiones y si no dividiésemos la existencia, la comprenderíamos como un todo. Ese todo que es la existencia no puede aislarse ni separarse, porque en la esencia de la existencia, lo que llamamos partes estarían unidos esencialmente entre si.

Varios marineros expresaron que no acababan de entenderlo.

-Todo en la naturaleza y en el universo también, puedo asegurarlo, se encuentra unido por cordones y lazos sutiles, sutiles pero irrompibles.

La existencia es eterna, para ella no existe la muerte, la muerte no deja de ser otra de nuestras clasificaciones o de nuestras absurdas divisiones. A pesar de ello, la inmortalidad existe y tiene su razón de ser.

-¿Cómo es eso? Se oyeron varias voces.

-El animal come la planta, su esencia vital pasa al animal que la come pasando a ser parte de él, participando en un organismo superior y más complejo que el suyo, nosotros a nuestra vez comemos a estos animales, que participan con su esencia vital en la nuestra, que al ser muy similar la aceptamos y se immortaliza en nosotros. Nosotros a su vez somos comidos por otros animales carnívoros o a la hora de nuestra muerte, por la tierra que alimentamos con nuestra esencia material, mientras que la esencia del espíritu se dirige por el camino de la existencia, buscando su perfeccionamiento y uniéndose al todo del universo. Para la esencia del espíritu, la tierra tiene límites muy pequeños.

Esto es a mí entender la inmortalidad.

La voz del timonel volvió a oírse.

-También puede hacerse inmortal una persona por los hechos y por sus obras realizadas en vida, permaneciendo en nuestro recuerdo.

-Cada uno immortaliza a quien quiere.

Le respondieron desde el grupo.

-El marido a la mujer que falleció, los reyes se immortalizan a si mismos por el hecho de ser reyes, los generales por ganar batallas, y son los gobernantes quienes lo hacen por su propio interés.

Los buenos hechos y las buenas obras se ocultan y acallan o se le cambia la intención con la finalidad para que no puedan servir de ejemplo. Es así timonel, dale vueltas y siempre llegarás a lo mismo.

El anciano dijo.

-Estoy de acuerdo contigo, aunque no totalmente. ¿Que decir de aquellos autores que nos han dejado excelentes obras escritas?

-No pongo en duda que sean excelentes obras. Yo no conozco ninguna de ellas porque no sabía leer ni escribir hasta hace pocos meses. ¿Habéis leído alguno de vosotros alguna de estas excelentes obras, conocéis algún nombre de estos inmortales autores?

Nadie respondió a sus preguntas.

-La inmortalidad, insisto, así entendida es un camelo, ya que aunque se supiera leer, no teniendo dinero para comer, mucho menos dinero se tendría para comprar libros. Y llevando una vida de trabajo sin apenas tiempo para vivir, de donde lo sacaríamos para dedicarlo a la lectura.

Los privilegiados y la gente rica, pueden hablar así. Ellos immortalizan o entierran a quien le interesa.

-En lugar de ser toda la humanidad inmortal, podrían serlo algunas personas solamente. Eso podría suceder, creo yo.

Comento uno de ellos.

A Roberto le vino el recuerdo de sus padres y de cómo le hubiese gustado participar en esta conversación. Tanto su madre como su padre pasaban horas enteras divagando sobre cualquier tema, cualquier cosa, el motivo aparentemente más trivial servía para extenderse en largas reflexiones que volvían a ser retomadas de nuevo pasados varios días, para reflexionar un poco más sobre el asunto ya tratado.

Después de oír Roberto la última intervención, volvió a hablar.

-Tampoco eso sería posible. Una persona inmortal no envejecería nunca, si lo hiciese estaría muriéndose, ya que envejecer es morirse lentamente. Si es niño no crecería y si naciese inmortal se quedaría eternamente sujeto al pecho de su madre siendo su edad aunque pasasen los años, de un solo día.

Si se volviese inmortal de repente, pongamos que a los veinte años, en esa edad se quedaría para siempre, no creciendo ni desarrollándose físicamente ni tampoco mentalmente.

Quiero decir que un inmortal permanecerá tal y como es en ese momento, dando igual que fuese por fuera como en el interior de su mente, sus recuerdos habrían de ser por fuerza pasados, de ahí en adelante no podría tener ni sentir experiencias nuevas y por tanto nuevos recuerdos. En pocas palabras no crecería mental ni espiritualmente. Bien es sabido que todo lo que no se desarrolla, ni crece, ni evoluciona es que está estático y lo estático es la ausencia de vida y eso no es otra cosa que la muerte.

Ni un solo individuo puede llegar a ser inmortal, va contra las leyes de la razón.

Y estoy de acuerdo con la explicación de que una esencia sutil e invisible une a todos los seres vivos de la tierra y del universo, incluso me atrevería a decir, que une a todo, absolutamente a todo, sea vivo o materia inerte.

-Sin embargo, dicen que en la Biblia está escrito que hubo hombres que llegaron a alcanzar la edad de novecientos años, como era el caso de Matusalén. Eso es como decir que alguien es inmortal.

Roberto esbozo una sonrisa.

-Sí, si fuese cierto, pero no lo es. Esa cantidad asombrosa de años, está calculada en base al año lunar que es de veintiocho días, lo que significa que Matusalén no vivió novecientos sesenta y nueve años, sino tan solo setenta y cuatro, cifra asombrosa para aquel tiempo y aún para el nuestro.

El anciano con el rostro iluminado se dirigió a Roberto.

-¿Cómo has sabido eso?

-A mis padres les gusta la matemática, sobre todo a mi madre. Ella ha sido quien lo descubrió y realizó el cálculo al igual que el de otros personajes mencionados en la Biblia como el de Adán y Noé del que mencionan edades parecidas a la de Matusalén.

-En conclusión, dijo Roberto. La inmortalidad no existe ni puede existir, y de existir la única manera de serlo es según lo que aquí se ha dicho. Nada de vivir eternamente ni de vivir mil años..

Una voz que hasta ese momento no se había oído durante el debate dijo.

-Añadir una cosa más. No debe ser nuestro objetivo poner años a la vida, nuestro objetivo debe ser poner vida a los años.

El anciano dio un respingo.

-Que frase más acertada, que maravillosa conclusión. En verdad que sois halcones, halcones con las alas desplegadas.